

sigan sus pasos, se imite su vida, y se pongan en práctica sus palabras.

Mantened viva la fe y la esperanza en Jesús de Nazaret, el que murió, resucitó y, "exaltado por la diestra de Dios, recibió del Padre el Espíritu Santo prometido" (Act 2, 33) derramándolo en nuestros corazones, para que vivamos con él y en él; para que vivamos como él, en total entrega al designio del Padre en favor de todos los hombres.

6. Quien cree en Cristo lo confiesa presente en la Iglesia que es su Cuerpo. No es posible separar de Cristo a la Iglesia; no se puede disociar a Jesús de su Iglesia. La identidad cristiana, que tiene su raíz en el bautismo, que os ha incorporado a la fe de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, os hace sentir miembros del mismo Cuerpo, hijos de la misma Madre, la Santa Madre Iglesia.

No seáis indiferentes a la Iglesia, Madre vuestra. Reconoced en ella a Cristo, pues es ella la que lo hace presente, la que os lo ofrece en su palabra, en los sacramentos, en la Eucaristía, la que os ayuda a sentirlos miembros de una familia que es a la vez la de esta tierra y la que vive ya en la gloria.

Es verdad que, mientras peregrina por la tierra, está sometida a la debilidad del pecado de sus propios hijos; pero ¿qué hacéis vosotros mismos para que brille mejor la luz de Cristo en el rostro de su Iglesia? Sentíos plenamente responsables de la vida y misión de la Iglesia; sed esa presencia nueva que vosotros mismos deseáis. Sed santos con su santidad para que ella sea santa con vuestra conversión y vuestro testimonio. Sed críticos, pero con ese amor y esa coherencia propia de los hijos que aman de verdad a la Madre.

7. Sea bien visible vuestra identidad cristiana a través de la presencia, el servicio, la comunión, la colaboración dentro de vuestras comunidades eclesias-

les, en las parroquias, en las veredas, en los grupos y movimientos apostólicos, para que con vosotros sea también visible la presencia de Cristo en medio de los jóvenes, sed los evangelizadores de Cristo en medio de vuestros compañeros de estudio, de trabajo, de deporte.

Bajo la guía de vuestros Pastores, sois también responsables de la misión que Jesús mismo tiene encomendada a su Iglesia y que es intrínsecamente propia de todo bautizado.

La misión de la Iglesia es asimismo misión de justicia, de compromiso con el hombre, de defensa de sus derechos y de su dignidad, porque el hombre es imagen de Dios. La misión evangelizadora de la Iglesia se proyecta hacia la vida de los hombres en todas sus dimensiones, ya que "el amor que impulsa a la Iglesia a comunicar a todos la participación en la vida divina mediante la gracia, le hace también alcanzar por la acción eficaz de sus miembros el verdadero bien temporal de los hombres, atender a sus necesidades, proveer a su cultura y promover una liberación integral de todo lo que impide el desarrollo de las personas" (*Instrucción sobre libertad cristiana y liberación*, n. 63).

8. Para realizar plenamente esta tarea que brota del mandamiento del amor y del mensaje de las bienaventuranzas, la Iglesia tiene necesidad de vosotros, queridos jóvenes de Colombia.

El fruto de la justicia es la paz. El don de Jesucristo resucitado es la paz: "La paz os dejo, mi paz os doy" (Jn 14, 27). Hacedos acreedores de la bienaventuranza que el Señor promete a los que trabajan por la paz (cf. Mt 5, 9). No os dejéis seducir por la tentación de la violencia que siempre engendra otra violencia más terrible y jamás logra los resultados que prometen sus instigadores. Que la paz y los jóvenes caminen siempre juntos, que los

jóvenes sean en Colombia artífices convencidos de una nueva era de paz social en la justicia, en la igualdad, en el amor que vence toda violencia y recomponen todas las cosas según el designio de Dios.

Os lo digo a vosotros, jóvenes trabajadores, campesinos, estudiantes, sed artífices de paz.

Os lo grito desde aquí también a vosotros jóvenes que quizá habéis emprendido el camino de la guerrilla o abrigáis simpatías por ella, apartaos de los caminos del odio y de la muerte y convertíos a la causa de la reconciliación y de la paz.

Os lo pido a vosotros, los que buscáis trabajo y no lo encontráis, los que por un misterioso designio de la Providencia vivís en el dolor de la enfermedad, los que estáis en las cárceles o bien os sentís marginados: trabajad vosotros también por la paz, con vuestro esfuerzo, vuestro sufrimiento, vuestra oración.

9. En nombre de Jesucristo, Príncipe de la Paz, os exhorto a que emprendáis una gran cruzada de reconciliación fraterna, de diálogo constructivo, de cooperación social, para que prevalezca el entendimiento entre todos y se instaure una justicia, un progreso digno de los hijos de Dios. *¡Sed constructores de la paz y seréis de veras hijos de Dios!*

Queridísimos jóvenes, antes de terminar este encuentro quisiera, en nombre del Señor, lanzaros un desafío, comprometeros en un pacto de fidelidad al Evangelio, que sea como el eco y la prueba de la adhesión a Jesucristo que hicisteis en el bautismo.

El os ha llamado sal de la tierra. Os aliento por ello a darle una respuesta con las obras de una nueva vida.

¿Queréis ser en todas partes testigos de Jesucristo? ¿En vuestra familia, en vuestros lugares de estudio y de trabajo?

¿Queréis ser fieles a Jesús y a su doctrina en vuestra vida personal, en el respeto de vuestro cuerpo, en las relaciones de amistad, en vuestros noviazgos?

¿Queréis ser testigos de Cristo respetando la vida humana, que es siempre sagrada, y defendiendo los derechos de toda persona que es imagen viva de Cristo?

¿Queréis ser testigos de Cristo en vuestros quehaceres y en vuestro descanso, en la solidaridad del trabajo y en el deporte?

10. La gracia de este encuentro, queridos jóvenes, amigos, es precisamente la presencia de Jesús, aquí y ahora, en medio de nosotros, porque estamos reunidos en su nombre (cf. Mt 18, 20). El os mira en los ojos, interpela vuestra generosidad, espera una respuesta que no debéis dejar para mañana. El os mira quizá con ese amor intenso y personal con que miró al joven del Evangelio y os lanza el reto que puede cambiar vuestra vida: "Ven y sígueme" (cf. Mc 10, 21).

Vale la pena seguir a Cristo. El es el único que no defrauda. A cada uno de vosotros Jesús os dirige una palabra que tenéis que meditar en el corazón para ponerla luego en práctica. El os llama y os envía. Respondecle con entusiasmo y decisión.

¿Aceptáis la misión que os encomienda? ¿Seréis testigos suyos y difusores de su palabra entre los demás jóvenes? ¿Os comprometéis a construir, desde el Evangelio, una sociedad más justa y fraterna? ¿Pondréis todo vuestro empeño en edificar la nueva civilización del amor?

Que en este compromiso de fidelidad a Cristo os acompañe María, nuestra Madre, tan querida por todo el pueblo colombiano. ¡Ella, la joven Virgen de Nazaret, respondió con generosidad y transformó la historia humana en historia de salvación acogiendo y en-

tregando a Cristo, el fruto bendito de su vientre!

El Papa os bendice para que en vosotros se haga realidad el mensaje del Evangelio: "¡Vosotros sois la sal de la

tierra! ¡Vosotros sois la luz del mundo! ¡Que brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos!" (Mt 5, 13-14, 17). Así sea.



**"Con la
paz
de Cristo
por los
caminos de
Colombia"**

HOMILIA DURANTE LA CONCELEBRACION EN CHIQUINQUIRA

CHIQUINQUIRA,
PARQUE "JUAN PABLO II"
(03-07-1986)

1. ¡Dichosa tú que has creído: (cf. Lc 1, 45):

Como peregrino a tu Santuario de Chiquinquirá, me postro ante tí, oh Madre de Jesús, pronunciando las palabras con las que te saludó Isabel, la esposa de Zacarías, en el umbral de su casa.

¡Dichosa tú, que has creído!

Dichosa, porque a impulsos de tu fe, en respuesta al anuncio del ángel, acogiste en tu seno la palabra del Dios vivo.

Dichosa tú, por haber pronunciado aquel bienaventurado "fiat" que te convirtió por virtud inefable, de Sierva del Señor en la Madre del Verbo Eterno: Dios de Dios, Luz de Luz, hecho hombre en tus entrañas virginales. ¡El Verbo se hizo hombre! (cf. Jn 1, 14).

¡Dichosa tú, porque gracias a tu acatamiento de la Palabra de Dios, se cumplió, ya en la plenitud de los tiempos, el acontecimiento más señalado por los profetas para la vida y para la historia de la humanidad: "El pueblo que andaba en tinieblas, vió una luz grande" (Is 9, 2): tu Hijo Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, el Redentor del hombre, del Redentor del mundo.

2. ¡Dichosa tú, que has creído!

Son muchos los lugares en la tierra, desde los cuales, los hijos del pueblo de Dios, nacidos de la nueva Alianza, te repiten a porfía las palabras de esta bienaventuranza: "Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre; ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? (Lc 1, 42-43).

Y uno de esos lugares, que tú has querido visitar, como la casa de Isabel, es este: el santuario mariano del Pueblo de Dios en tierra colombiana.

Aquí en Chiquinquirá quisiste, oh Madre, disponer para siempre tu morada. Durante cuatro siglos, tu presencia vigilante y valerosa, ha acompañado ininterrumpidamente a los mensajeros del Evangelio en estas tierras para hacer brotar en ellas, con la luz y la gracia de tu Hijo, la inmensa riqueza de la vida cristiana. Bien podemos repetir hoy, recordando palabras de mi venerado predecesor, el Papa Pío XII, que "Colombia es jardín mariano, entre cuyos santuarios domina, como sol entre las estrellas, Nuestra Señora de Chiquinquirá".

Amadísimos hermanos y hermanas: Al cumplirse el cuarto centenario de la Renovación de esta venerada imagen, me sumo gozosamente a vosotros en esta peregrinación de fe y de amor. He venido a este lugar a postrarme a los pies de la Virgen, deseoso de confortaros en la fe, esto es, en la verdad de Jesucristo, de la cual forma parte la verdad de María y la verdadera devoción hacia ella. Quiero también orar con vosotros por la paz y la prosperidad de esta amada Nación, ante aquella que proclamáis Reina de la Paz y que con afecto filial invocáis como Reina de Colombia.

3. En mi peregrinación a este Santuario, quiero abrazar en mi saludo de fe y de amor a la Virgen, a todos cuantos estáis viviendo con vuestra presencia o en espíritu, estos momentos de gracia: en primer lugar a mis hermanos en el Episcopado, en particular, a los Pastores de la provincia eclesiástica de Tunja: los Obispos de Chiquinquirá, Duitama, Garagoa y Casanare. Asimismo a las Autoridades, a los sacerdotes y seminaristas, a los religiosos y religiosas, a todo el Pueblo de Dios que en este Santuario de María se encuentra como en su propia casa, por ser casa de la Madre común. Mis manos se alargan, en aras de fervor mariano, para estrechar de modo singular en el mismo abrazo a todos vosotros, los campesinos, quienes a base de esfuerzo y de sudor cultiváis esta tierra, participando en el misterio de Dios, creador y providente: Dios que da la lluvia para que la tierra dé sus frutos (cf. *Sal* 85, 13).

Este, queridos amigos campesinos de Boyacá, es vuestro Santuario. También a vosotros os ha querido visitar la Virgen María, más aún, quiso quedarse entre vosotros y con todo el pueblo colombiano, como Madre llena de ternura, decidida a compartir sin desmayo vuestros sufrimientos y alegrías, dificultades y esperanzas. ¡Cuántas veces Ella, invocada con urgente necesidad ante esta imagen, ha dejado su Santuario para ir a remediar calamidades y penas de sus hijos, llevada por la misma premurosa caridad con que fue a visitar a Isabel.

Y es así como de generación en generación y desde este Santuario, tan esmeradamente custodiado por la Orden Dominicana, sube a diario hasta el cielo su voz, haciéndose eco fiel de la vuestra: "Engrandece mi alma al Señor... porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso" (*Lc* 1, 46-49).

4. "Yo te bendigo, Padre... porque has revelado estas cosas a los pequeños" (*Mt* 11, 25). Estas palabras de Jesús brotan hoy espontáneamente en mi corazón al escuchar la tradición de la Renovación de esta imagen de Chiquinquirá, que a través de una devoción firme y sencilla, habéis conservado a lo largo de vuestra historia. Vuestra querida imagen, coronada el año 1919, fue proclamada Patrona de Colombia; y el pueblo colombiano quiso consagrarse a María para afianzar los lazos de afecto que lo unen a la Madre de Dios.

5. La devoción mariana, característica de toda la historia de Colombia, forma ya parte de vuestra alma nacional, es tesoro preciado de vuestra cultura. El amor a la Virgen María es a la vez garantía de unidad y de fe católica: "el Pueblo sabe que encuentra a María en la Iglesia católica" (Puebla, 284). Sí, Ella nos lleva a Jesús. Nos lo muestra como Maestro y Salvador; nos invita a meditar sus misterios y a vivirlos en nuestra propia experiencia.

Mostrándonos el *Rosario*, nos está anunciando a Cristo, nos descubre los misterios de su Humanidad, la gracia de la Redención, la victoria sobre la muerte y su gloriosa resurrección, el misterio de la Iglesia que nace en Pentecostés, la esperanza de la vida eterna y de la futura resurrección en el misterio de su gloriosa Asunción en cuerpo y alma a los cielos. ¡Qué fuente inagotable de inspiración para la piedad cristiana, la contenida en el Santo Rosario! No dejéis de alimentar vuestra vida espiritual, queridos hermanos, con el rezo de esta oración mariana por excelencia.

María sigue siendo la Madre del Señor, la que lleva por los caminos del mundo, irradiando la salvación, a aquel que es el Emmanuel, el Dios con nosotros, el Dios cercano que ha venido a habitar en medio de los hombres (cf. *Jn* 1, 14).

6. Por eso María es la "estrella de la Evangelización", la que, con su bondad maternal, acerca a todos —y en especial a los humildes— a los más sublimes misterios de nuestra religión.

Bien lo sabéis vosotros, mis queridos campesinos, para quienes María es como la síntesis del Evangelio, la que ilumina vuestras vidas, da sentido al gozo y al dolor, os infunde esperanza y os alienta en vuestras dificultades, mostrándonos a Cristo, el Salvador.

La sentís cercana porque es Madre, pero también porque ella "sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de El la salvación" (*Lumen gentium*, 55).

Pero además, con una intuición profunda, sabéis que en ella se cifran también las esperanzas de los pobres porque el canto de la Virgen es el anuncio profético del misterio de la salvación integral del hombre. "Ella nos muestra que es por la fe y en la fe, según su ejemplo, como el Pueblo de Dios llega a ser capaz de expresar en palabras y de traducir en su vida el misterio del deseo de salvación y sus dimensiones liberadoras en el plano de la existencia individual y social" (*Instrucción sobre la libertad cristiana y liberación*, n. 97).

"El Señor derriba a los potentados de sus tronos y enaltece a los humildes" (cf. *Lc* 1, 52).

7. Guiados por esa fe sencilla y por esa esperanza sin límites con amor filial, vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, visitáis con frecuencia el Santuario de vuestra Madre.

Y hoy estáis aquí reunidos conmigo, Obispo de Roma, Sucesor de San Pedro, en esta común peregrinación jubilar.

Sí. Estamos. Y juntos gritamos a María: "Bienaventurada tú, que has creído".

Tu fe es incesantemente la guía de nuestra fe. El Espíritu Santo se vale de tí, oh sierva del Señor, para derramar sobre nosotros la gracia de la que fuiste llena con el anuncio del Ángel.

Participamos en tu fe, María.

En el horizonte de nuestra vida —de esta vida nuestra, a veces difícil y llena de oscuridad— aparece una gran luz: Jesucristo tu Hijo, al que nos entregas con amor de madre. El profeta Isaías nos dice del Mesías en la primera lectura de esta celebración litúrgica: "Se llamará su nombre Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre para siempre, Príncipe de la Paz" (*Is* 9, 5).

8. "Príncipe de la Paz... para dilatar el principado, con una paz sin límites... para sostenerlo y consolidarlo con la justicia y el derecho" (*Is* 9, 5-6).

Con qué ardor deseamos que este poder salvador de Cristo penetre también los problemas de nuestro mundo, que penetre las acciones del hombre, las conciencias

y los corazones, toda la vida moral de las personas, de las familias, de los ambientes, de la sociedad entera.

Con cuánto ardor anhelamos que el "*derecho y la justicia*" de que Cristo es portador, *se conviertan en piedra angular, en sólido principio* para afrontar y resolver en paz y concordia las diferencias y los problemas que hoy contraponen a los pueblos, a los grupos, a los individuos.

*"La misericordia y la fidelidad se encuentran,
la justicia y la paz se besan" (Sal 85, 11).*

El reinado de Cristo, al que ha abierto el camino el "fiat" de María, es la actuación del plan salvífico del Padre en la justicia y la paz; la paz nace de la justicia, esa justicia que tiene en Dios su principio firme y supremo. En Dios creador, que ha encomendado al hombre el dominio de la tierra y le ha fijado las leyes del respeto a sus hermanos, para que sean valorizados sus esfuerzos y retribuidos sus trabajos.

A este respecto, particular atención debe dispensarse al campesinado. Con su trabajo, hoy como ayer, los agricultores ofrecen a la sociedad unos bienes que son necesarios para su sustento. Por su dignidad como persona y por la labor que desarrollan ellos merecen que sus legítimos derechos sean tutelados, y que sean garantizadas las formas legales de acceso a la propiedad de la tierra, revisando aquellas situaciones objetivamente injustas a las que a veces muchos de ellos son sometidos, sobre todo en el caso de trabajadores agrícolas que "se ven obligados a cultivar la tierra de otros y son explotados por los latifundistas, sin la esperanza de llegar un día a la posesión ni siquiera de un pedazo mínimo de la tierra en propiedad" (*Laborem exercens*, n. 21).

9. Sed vosotros, queridos campesinos, por vuestra fe en Dios y por vuestra honradez, por vuestro trabajo y apoyados en adecuadas formas de asociación para defender vuestros derechos, los artífices incansables de un desarrollo integral que tenga el sello de vuestra propia humanidad y de vuestra concepción cristiana de la vida.

La devoción a la Virgen María, tan firmemente arraigada en vuestra genuina religiosidad, tan popular, no puede y no debe ser instrumentalizada por nadie, ni como freno a las exigencias de justicia y prosperidad que son propias de la dignidad de los hijos de Dios; ni como recurso para un proyecto puramente humano de liberación que muy pronto se revelaría ilusorio. La fe que los pobres ponen en Cristo y la esperanza de su Reino tienen como modelo y protectora a la Virgen María.

María, aceptando la voluntad del Padre, abre el camino de la salvación y hace posible que con la presencia del Reino de Dios se haga su voluntad en esta tierra así como ya se hace en el cielo. María; proclamando la fidelidad de Dios por todas las generaciones, asegura la victoria de los pobres y de los humildes, esa victoria que ya se refleja en su vida y por la cual todas las generaciones la llamarán bienaventurada (cf. *Lc 1, 46-53*).

10. *Te damos gracias, santa Madre de Dios, por tu visitación. Hoy te damos gracias por la visitación que desde hace cuatro siglos sigues haciendo a esta tierra colombiana en tu santuario de Chiquinquirá.*

Contigo, oh María, cantamos el "Magnificat" con ocasión de este jubileo. "Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador" (*Lc 1, 46-47*).

Te damos gracias por todas las generaciones que han pasado por este santuario y han experimentado el fortalecimiento de su fe, encontrando en él la reconciliación

con Dios y el perdón de los pecados.

A Ti, Virgen María, confiamos los anhelos de renovación de nuestra humanidad, porque tú eres la mujer nueva, la imagen de la nueva creación y de la nueva humanidad.

Al celebrar el cuarto centenario de la renovación milagrosa de la imagen de la Virgen de Chiquinquirá, la Madre de Jesús y Madre de la Iglesia nos invita, queridos hermanos, a una *profunda renovación espiritual*, a un esfuerzo por vivir con toda intensidad los compromisos de fidelidad del bautismo recibido, ahora va a hacer cinco siglos, por esta Nación que con razón se precia de llamarse *católica*.

Es una invitación, con palabras del apóstol San Pablo, "a renovar el espíritu de vuestra mente y a revestiros del hombre nuevo creado según Dios, *en la justicia y santidad de la verdad*" (*Ef 4, 23-24*). En la *justicia de Dios* que renueva con su perdón los corazones para que de un corazón nuevo se irradian las obras nuevas de los hijos de la luz; en la *santidad* que tiene que ser distintivo de la comunidad eclesial y que se traduce en una vida moral y en un compromiso de servicio fraterno en plena coherencia con la voluntad del Señor; una renovación *en la verdad* de la conciencia, en la sinceridad de las relaciones sociales, en la transparencia evangélica del modo de ser y de comprometerse.

La Virgen María invita hoy a todos sus hijos de Colombia, como en otro tiempo en Caná de Galilea, a escuchar a su Hijo: "*Haced lo que él os diga*" (*Jn 2, 5*). En el Evangelio de Jesús está el programa de una renovación personal, comunitaria, social que asegura la justicia y la paz entre todos los hermanos de esta noble nación.

11. *¡Renovaos en la verdad de Cristo! ¡Renovaos en el Espíritu de Cristo!* ¡Para que podáis reflejar esa imagen de la nueva humanidad que os promete María al ofreceros a Cristo, el Hombre nuevo, el Salvador y Redentor del hombre, el Príncipe de la paz! Así, el canto de María será también vuestro canto de acción de gracias porque el Poderoso ha hecho maravillas en la Iglesia de Colombia, en toda vuestra patria, proyectándola hacia un nuevo compromiso de evangelización y de testimonio misionero en América Latina y en el mundo entero.

Junto a Ti, oh María, nuestra alma engrandece al Señor que ha hecho grandes cosas en tí y también en nosotros, por tu mediación, por tu intercesión ante tu Hijo, por tu maternal protección.

Glorifiquemos a Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo:
*Su salvación está ya cerca de sus fieles
y su gloria habita ya en nuestra tierra (cf. Sal 85, 10).*

PLEGARIA Y CONSAGRACION EN LA BASILICA DE NUESTRA SEÑORA DE CHIQUINQUIRA

CHIQUINQUIRA,
BASILICA DE N. SRA. DE CHIQUINQUIRA
(03-07-1986)

1. *¡Dios te salve, María!*
Te saludamos con el Ángel:
Llena de Gracia.
El Señor está contigo (cf. *Lc 1, 28*).
Te saludamos con Isabel:
¡Bendita tú entre las mujeres,
y bendito el fruto tu vientre!
¡Feliz porque has creído
a las promesas divinas! (cf. *Lc 1, 42. 45*).
Te saludamos con las palabras
del Evangelio: Feliz porque has
escuchado la palabra de Dios
y la has cumplido (cf. *Lc 12, 27*).
2. *¡Tu eres la llena de gracia!*
Te alabamos, Hija predilecta del
Padre.
Te bendecimos, Madre del Verbo
divino.
Te veneramos, sagrario del
Espíritu Santo.
Te invocamos, Madre y Modelo
de toda la Iglesia.
Te contemplamos, imagen realizada
de las esperanzas de toda la
humanidad.
3. *¡El Señor está contigo!*
Tú eres la Virgen de la Anunciación,
El Sí de la humanidad entera al
misterio de la salvación.
Tú eres la Hija de Sión y el Arca
de la nueva Alianza
en el misterio de la visitación.
Tú eres la Madre de Jesús,

nacido en Belén,
la que lo mostraste a los sencillos
pastores
y a los sabios de Oriente.

Tú eres la Madre que ofrece a su
Hijo en el templo,
lo acompaña hasta Egipto,
lo conduce a Nazaret.
Virgen de los caminos de Jesús,
de la vida oculta y del
milagro de Caná.
Madre Dolorosa del Calvario
y Virgen gozosa de la Resurrección.
Tú eres la Madre de los discípulos
de Jesús en la espera y en el gozo
de Pentecostés.

4. Bendita porque creíste en la
Palabra del Señor,
porque esperaste en sus promesas,
porque fuiste perfecta en el amor.

Bendita por tu caridad premurosa
con Isabel,
por tu bondad materna en Belén,
por tu fortaleza en la persecución,
por tu perseverancia en la búsqueda
de Jesús en el templo,
por tu vida sencilla en Nazaret,
por tu intercesión en Caná,
por tu presencia maternal junto a
la Cruz,
por tu fidelidad en la espera de la
Resurrección,
por tu oración asidua

en Pentecostés.

Bendita eres por la gloria de
tu Asunción a los cielos,
por tu materna protección sobre
la Iglesia,
por tu constante intercesión por
toda la Humanidad.

5. *¡Santa María, Madre de Dios!*
Queremos consagrarnos a tí.
Porque eres Madre de Dios y
Madre nuestra.
Porque tu Hijo Jesús nos confió
a todos a tí.
Porque has querido ser Madre de
esta Iglesia de Colombia
y has puesto aquí en Chiquinquirá
tu Santuario.
Nos consagramos a tí todos los que
hemos venido a visitarte en esta
celebración solemne de los
cuatrocientos
años de la renovación de tu imagen.

Te consagro toda la Iglesia de
Colombia, con sus Pastores y fieles:
Los Obispos, que a imitación del
Buen Pastor
velan por el pueblo que les ha sido
encomendado.
Los sacerdotes, que han sido
ungidos por el Espíritu.
Los religiosos y religiosas, que
ofrendan su vida por el Reino
de Cristo.
Los seminaristas, que han acogido
la llamada del Señor.
Los esposos cristianos en la unidad
e indisolubilidad
de su amor con sus familias.
Los seglares comprometidos en el
apostolado.
Los jóvenes que anhelan una
sociedad nueva.
Los niños que merecen un mundo
más pacífico y humano.
Los enfermos, los pobres, los
encarcelados, los perseguidos,

los huérfanos, los desesperados,
los moribundos.

Te consagro toda esta nación
de Colombia de la que eres,
Virgen de Chiquinquirá, Patrona
y Reina.
Que resplandezcan en sus
instituciones los valores del
Evangelio.

6. *¡Ruega por nosotros pecadores!*
Madre de la Iglesia, bajo tu
patrocinio nos acogemos
y a tu inspiración nos
encomendamos.
Te pedimos por la Iglesia
de Colombia,
para que sea fiel en la pureza de la fe,
en la firmeza de la esperanza,
en el fuego de la caridad,
en la disponibilidad
apostólica y misionera,
en el compromiso por promover
la justicia y la paz
entre los hijos de esta tierra bendita.

Te suplicamos que toda la
Iglesia de Latinoamérica
se mantenga siempre en perfecta
comunidad de fe y de amor,
unida a la Sede de Pedro con
estrechos vínculos
de obediencia y de caridad.

Te encomendamos la fecundidad
de la nueva evangelización,
la fidelidad en el amor de preferencia
por los pobres
y la formación cristiana de
los jóvenes,
el aumento de las vocaciones
sacerdotales y religiosas,
la generosidad de los que se
consagran a la misión,
la unidad y la santidad de
todas las familias.

7. *¡Ahora y en la hora de nuestra*

muerte"

¡Virgen del Rosario, Reina de Colombia, Madre nuestra!
Ruega por nosotros *ahora*.
Concédenos el don inestimable de la paz,
la superación de todos los odios y rencores,
la reconciliación de todos los hermanos.

Que cese la violencia y la guerrilla.
Que progrese y se consolide el diálogo y se inaugure una convivencia pacífica.
Que se abran nuevos caminos de justicia y de prosperidad.

Te lo pedimos a tí a quien invocamos como Reina de la Paz.

¡Ahora y en la hora de nuestra muerte!

Te encomendamos a todas las víctimas de la injusticia y de la violencia,
a todos los que han muerto en las catástrofes naturales,
a todos los que en la hora de la muerte acuden a tí como Madre y Patrona.

Sé para todos nosotros,
Puerta del Cielo,
vida, dulzura y esperanza,
para que juntos podamos contigo glorificar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo

¡Amén!

DISCURSO A LOS TRABAJADORES CONGREGADOS EN EL PARQUE EL TUNAL

BOGOTÁ, PARQUE "EL TUNAL"
(03-07-1986)

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

1. Me siento feliz de hallarme entre vosotros, hombres y mujeres de Bogotá, que trabajáis en esta populosa metrópoli cuya vida pujante y cuyo crecimiento urbanístico depende en buena parte de vuestra acción laboriosa y tenaz. En este día, mi palabra quiere llegar a todos los trabajadores de Colombia, en la diversidad de profesiones y oficios, que se esfuerzan por construir una ciudad más humana, más acogedora para las personas y las familias, en la que se vaya afianzando la esperanza de un mañana mejor.

No necesito deciros cuán cerca estoy de vuestras alegrías y tristezas, de

vuestros temores y esperanzas, porque mi corazón —lo sabéis muy bien— es al igual que el vuestro el corazón de un trabajador. Escuchando la parábola de los talentos, que acaba de ser proclamada, alzamos con confianza nuestra mirada hacia Cristo Jesús, quien con su propia actividad santificó el trabajo, y a quien habremos de rendir cuentas de los dones recibidos.

Entre vosotros habrá muchos que encuentran en el trabajo grandes satisfacciones. Un trabajo seguro, con un salario suficiente para poder sustentar la propia familia, felices de poder ofrecer a los hijos una mesa bien servida, en un hogar decente y acogedor, vestirlos bien, darles una buena educación con miras a un futuro mejor. Mostrad por ello siempre un corazón agradecido a Dios.

Habrán también no pocos con grandes dificultades. Me refiero a cuantos sufrís el dolor de ver a los hijos privados de lo necesario para su alimento, vestido, educación; o que vivís en la estrechez de un humilde cuarto, carentes de los servicios elementales, lejos de vuestros sitios de trabajo, un trabajo a veces mal remunerado e incierto; angustiados por la inseguridad del futuro. Y hay también, por desgracia, muchos de entre vosotros que sois víctimas del desempleo. Sufrís porque no tenéis trabajo, después de haberlo buscado inútilmente y a pesar de estar capacitados para ello. Me conmueven hondamente estas situaciones difíciles, las cuales van ligadas a toda una serie de factores que inciden en el complejo fenómeno del mundo laboral.

En mi encíclica "Laborem exercens" he considerado el trabajo humano como clave esencial de toda la cuestión social, ya que una solución gradual de la misma requiere de manera insoslayable una mayor humanización del trabajo y de la vida del trabajador. Os invito, pues, en esta tarde, queridos hermanos trabajadores, a reflexionar juntos sobre algunos aspectos del trabajo humano desde la perspectiva del Evangelio, fuente de luz y esperanza, que ennoblece y dignifica toda actividad auténticamente humana.

PARTICIPACION DEL HOMBRE EN LA ACTIVIDAD CREADORA

2. En el plan de Dios, el trabajo constituye una dimensión fundamental de la persona. En efecto, por medio del trabajo el hombre participa en la obra del Creador a la vez que crece en su propio ser, se perfecciona y se realiza, sometiendo la materia a su servicio.

El hombre es pues responsable de todos los bienes que Dios le ha confiado desde el principio. Sois responsables también vosotros, hombres y mujeres de Colombia. El Creador se ha complacido en dotar pródicamente esta tierra vuestra de inmensos recursos. A vosotros os incumbe, por tanto, la responsabilidad de hacer que fructifiquen y que sirvan para el bienestar de todos. Nadie debe olvidar que los bienes que Dios ha confiado al hombre tienen un destino universal y, por consiguiente, no pueden ser patrimonio exclusivo de pocos, sean estos individuos, grupos o naciones. Por ello, quienes desempeñan la responsabilidad de administrar los bienes de la creación han de tener en cuenta —en conformidad con la voluntad divina— no sólo las propias necesidades, sino también las de todos los demás, de tal manera que nadie, pero sobre todo los más pobres, quede excluido del acceso a dichos bienes.

Necesitáis del trabajo para atender a las necesidades vitales. Pero mucho más que una necesidad biológica, el trabajo es una necesidad moral. El hombre se realiza mediante su actividad creadora; por ella percibe mejor su condición de imagen

de Dios, dueño y señor de la creación; por el trabajo se hace más hombre. Por lo tanto, es preciso que el trabajo sea también un camino de liberación; hay que liberar el trabajo de todo aquello que impide el desarrollo del hombre como imagen de Dios. El trabajo debe siempre elevar a la persona en su dignidad y no degradarla jamás.

Puesto que el hombre ha menester del trabajo para su realización como tal, tiene derecho a él, esto es, a una ocupación digna que contribuya a su perfeccionamiento. Ya se ve cuán grave y central es el problema de que no haya puestos de trabajo para todos y de que, a pesar de vuestro empeño y capacitación profesional, no todos tengáis acceso a aquellos.

La solución de este gravísimo problema no es fácil, pero a encontrarla deben examinarse las oportunas iniciativas de los poderes públicos y de las personas y entidades que puedan contribuir a crear puestos de trabajo que permitan a los desocupados encontrar un quehacer digno y justamente remunerado. Como indicó mi venerado predecesor el Papa Pablo VI en su discurso a la Conferencia Internacional del Trabajo, en 1969, es necesaria la "participación orgánica" de todas las fuerzas sociales y de todas las asociaciones empeñadas en hallar vía de solución a tan acuciantes problemas.

Particular atención por parte de los responsables deben merecer las cooperativas y las organizaciones de artesanos, que, con una ayuda suficiente en materia de créditos y de formación profesional, podrían dar una válida contribución a aliviar el grave problema del desempleo.

CONCIENCIA DE LA DIGNIDAD DEL TRABAJO

3. Todos los que trabajáis para ganar el pan de cada día debéis alabar a Dios porque podéis hacerlo digna y honestamente. El trabajo, que lleva siempre el sello de la dignidad del hombre, no es superior o más digno porque sea objetivamente más importante o mejor remunerado; también los trabajos más humildes y fatigosos tienen como distintivo propio la dignidad personal. En consecuencia, no olvidéis que la dignidad del trabajo depende no tanto de lo que se hace, cuanto de quien lo ejecute que, en el caso del hombre, es un ser espiritual, inteligente y libre. Por lo mismo, rechazad los trabajos que degradan al hombre o a la mujer, como son aquellos que son contrarios a la ley moral, o los que atentan contra la vida de las personas, incluidos los aún no nacidos.

Sobre la base firme de esta dignidad común a todos, la doctrina social de la Iglesia recuerda que la solidaridad es una exigencia prioritaria del amor y de la justicia. El hombre no puede encerrarse en su egoísmo, de espaldas a las necesidades de los demás o a los requerimientos de la sociedad, como enseña la reciente Instrucción sobre libertad cristiana y liberación; en efecto, "la doctrina social de la Iglesia se opone a todas las formas de individualismo social o político" (n. 73). Sí, amados trabajadores, todos los egoísmos, como el del siervo perezoso, del que nos habla la lectura del Evangelio, son síntoma de una fe debilitada o inexistente. La fe verdadera hace presente, en toda su urgencia y dramatismo, las exigencias del amor y de la justicia, como reconocimiento del derecho de la persona humana a ser más persona, a crecer individual y colectivamente en dignidad.

El principio de solidaridad requiere que los intereses particulares se sometan al interés general. Esto tiene valor en relación también con el trabajo y sus espe-

ciales circunstancias, tanto respecto a los niveles de remuneración, como respecto a la urgencia de crear nuevos puestos de trabajo o reconocer el derecho a los que ya lo tienen.

DISTINTAS FORMAS DE TRABAJO

4. En la encíclica "Laborem exercens" quise referirme a toda la gama de la actividad humana en sus amplios y diversos sectores, que también vosotros representáis en la sociedad colombiana. Deseo ahora dirigirme, de modo particular, a los *campesinos* a quienes la Iglesia dedica una especial solicitud pastoral. Vosotros, hombres y mujeres del campo, cumplís cabalmente el mandato del Señor de someter la tierra, extrayendo de ella los bienes necesarios para el sustento de todos. Cuántos de vosotros pasáis la vida en el duro trabajo de los campos con salarios insuficientes, sin la esperanza de conseguir un mínimo de tierra en propiedad y sin que lleguen a vosotros los beneficios de una reforma agraria debidamente programada, audaz y efectiva. Y los que sois pequeños propietarios, cuántas dificultades tenéis que afrontar para obtener créditos suficientes, a tiempo y con intereses moderados; ¡cuánta inseguridad de las cosechas y riesgos para la vida misma o la integridad personal! Mas estos problemas se agravan aún más cuando a los campos llega también el flagelo del desempleo.

Os asalta entonces la tentación seductora de la ciudad, en la que no raras veces, por desgracia, os veis obligados a aceptar condiciones de vida todavía más deshumanizantes. Esta no es la solución. Con la colaboración solidaria de todos, animada de espíritu cristiano, con el apoyo de las instancias intermedias y con la necesaria ayuda de los organismos del Estado, es urgente propiciar la creación y funcionamiento eficaz de estructuras organizativas que, inspiradas por una voluntad de servicio y libres de toda influencia que distorsione su finalidad, se consagren a la búsqueda y puesta en práctica de formas de defensa, tutela y acompañamiento del mundo campesino, y a impulsar la prestación de mejores servicios de educación, vivienda, salud, seguridad, etc.

También vuestra labor, hombres y mujeres de la industria, de la construcción, del comercio, de los servicios, es objeto de la solicitud del Papa y merece una palabra de consideración y de estímulo. Muchos de vosotros estáis organizados en sindicatos, y siento singular complacencia porque aquí, en Colombia, generaciones de líderes sindicales se han formado en el seno de la Iglesia, lo cual comporta particulares exigencias de compromiso cristiano para llevar el "Evangelio del trabajo" al mundo obrero y trabajador.

LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA AL SERVICIO DEL HOMBRE

5. A este respecto, deseo alentaros vivamente a profundizar en el conocimiento de la doctrina social de la Iglesia y a poner toda vuestra confianza en sus orientaciones, las cuales no buscan otra cosa que el bien de cada uno en particular y de la sociedad en su conjunto; así como la dignificación de vuestras personas y de vuestra actividad; el reconocimiento de vuestros legítimos derechos y obligaciones; el justo salario como verificación concreta de la justicia del sistema socio-económico, mediante el cual podéis acceder a los bienes que el Creador ha destinado para todos; la necesaria armonía y colaboración entre el capital y el trabajo y otros muchos aspectos que propician la justicia social y el bien co-

mún, en orden al progreso integral, material y espiritual, económico y social, personal y comunitario de todos los miembros de la sociedad.

La doctrina social de la Iglesia inspira la praxis cristiana en su noble lucha por la justicia, pero *excluye*, porque es extraña al Evangelio, la *lucha programada de clases* que conduce a nuevas formas de servidumbre. Dicha doctrina social enseña que no deben darse odiosas discriminaciones en cuanto al trabajo que pueden realizar hombres y mujeres, y a su justa remuneración. Pero enseña igualmente que un justo salario familiar debe permitir a la mujer que es madre dedicarse a sus insustituibles tareas de cuidado y educación de los hijos, sin que se vea obligada a buscar fuera de su casa una remuneración complementaria con perjuicio de las funciones maternas, que deben ser socialmente revalorizadas en bien de la familia y de la misma sociedad.

Bien sabéis que en vuestro país muchos niños se ven obligados a trabajar desde muy temprana edad para ayudar con sus modestos ingresos a su propio sostenimiento y al de su familia. Muchos de estos trabajos, realizados en condiciones físicas y morales poco saludables, perjudican y obstaculizan su instrucción y formación física, psicológica y moral. Es urgente que encontréis caminos de solución a tan grave problema.

ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO

6. Amados hermanos y hermanas: La Iglesia considera como deber propio pronunciarse sobre el trabajo desde el punto de vista de su valor humano y del orden moral. Por el trabajo podéis acercaros a Dios, Creador y Redentor, y participar en sus planes de salvación respecto al hombre y al mundo. En unión de Cristo, que pasó la mayor parte de su vida dedicado al trabajo manual en su humilde taller de carpintero siendo incluso conocido como "el carpintero" (cf. Mc 6, 3), podéis contribuir al bien de vuestras familias y de los demás miembros de la sociedad, y hacer que con vuestros esfuerzos se desarrolle cada día mejor la obra del Creador.

Dios, como el señor de la parábola que hemos escuchado, nos ha confiado un cierto número de "talentos" que hay que hacer fructificar. Son, en primer lugar, los "talentos" de la gracia divina en orden a alcanzar la vida eterna; los "talentos" de la inteligencia, de las virtudes, de las energías para desempeñar con honestidad y competencia nuestro trabajo. Por otra parte, la Sagrada Escritura, junto a la necesidad del trabajo, enseña también la necesidad del descanso. Mi venerado predecesor el Papa Juan XXIII recordaba cómo el descanso constituye un derecho y una necesidad (*Mater et Magistra*, 220 ss.). Aprended a descansar en beneficio del cuerpo y del espíritu, de la honesta distracción y de la unidad de vuestras familias; y recordad especialmente que, como criaturas e hijos de Dios, como Pueblo de Dios, estamos urgidos a congregarnos cada domingo para celebrar en familia la Santa Misa. Cada día recibimos todo de las manos de Dios; su providencia nos protege, su bondad nos ama, su misericordia nos perdona. ¿Cómo no reunirnos cada domingo para agradecer sus beneficios y pedir perdón de nuestras culpas, escuchar su Palabra, celebrar sus misterios y comer el Pan de los hijos, "el verdadero pan del Cielo" que el Padre nos da? (Cf. Jn 6, 32). No despreciéis la invitación dominical a celebrar juntos la Eucaristía. Ella es la fuente de inmensos beneficios espirituales. Y recordad que el domingo debe contribuir a la *unidad de la familia* y no a su disgregación. Desterrad de vosotros la

terrible plaga de la embriaguez, que trae tantos males individuales, familiares y sociales, y vivid en amorosa fidelidad a vuestros hogares.

Cristo, como vosotros, pertenece al mundo del trabajo. Trabajando, Jesús es para nosotros el más elocuente "Evangelio del Trabajo". ¿No es realmente consolador, y motivo de estímulo y aliento, contemplar al Hijo de Dios hecho hombre que gana el sustento con el trabajo de sus manos? El, siendo Dios, "se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo" (Fil 2, 7) para redimir el trabajo desde dentro.

7. Haced de vuestra vida de trabajo no sólo un medio de subsistencia y un instrumento de servicio, sino un *camino de perfección*: todo trabajo entraña una fatiga, que unida a la Pasión de Cristo, Redentor del hombre, se hace salvadora para cada uno y para todos. "Hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús dando gracias por su medio a Dios Padre" (Col 3, 17). De esta manera podréis también vosotros, como los siervos buenos y fieles de la parábola del Evangelio que hemos escuchado, entrar en el gozo del Señor, porque hicisteis fructificar los "talentos" con que Dios os ha enriquecido.

A vosotros, hombre y mujeres del mundo del trabajo aquí presentes, a todos los trabajadores de Colombia y a sus familias, en particular a vuestros niños y a vuestros enfermos, imparto con afecto mi Bendición Apostólica.

LA IGLESIA MISIONERA EN COLOMBIA

TUMACO, CANCHA "SAN JUDAS TADEO"
(04-07-1986)

Queridos hermanos y hermanas:

1. La alegría que siento al encontrarme hoy en Tumaco la quiero expresar con un saludo afectuoso a todos los aquí presentes y a cuantos espiritualmente nos acompañan.

Saludo, en primer lugar, al Pastor de este Vicariato Apostólico de Tumaco y a los otros Pastores misione-

ros, que desde aquí hasta la Guajira, Casanare y la Amazonia edificáis, con celo apostólico y grandes sacrificios, la Iglesia de Cristo.

Saludo a los misioneros y misioneras, sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares, testigos abnegados y sembradores del Evangelio. Todos, queridos misioneros, estáis muy dentro de mi corazón y muy presentes en mis

oraciones.

Saludo igualmente a los amados hijos, habitantes de Tumaco y de Nariño, del litoral, las islas y las orillas de los ríos. Vosotros, tan probados por la naturaleza con terremotos, marejadas e incendios, tan lejanos en la geografía y, a veces, sumidos en la pobreza; a vosotros os digo que sois muy amados por la Madre Iglesia y, en ella, por mí, que con profundo afecto he querido venir a veros.

En este mi saludo afectuoso quiero abrazar a toda la Colombia misionera, del pasado, del presente y del futuro. Quiero también dejaros un mensaje que sea un programa misionero, como continuación del "sígueme" evangélico, pronunciado por Jesús para todos y cada uno de vosotros, pero especialmente para los que han querido, quieren y querrán dedicar su vida al anuncio del Evangelio.

2. Con cuánta actualidad resuenan las palabras del Maestro en esta hermosa costa colombiana. Jesús, dirigiéndose a los discípulos, como hemos escuchado en el Evangelio de San Juan, les dice: "¿qué buscáis?" (Jn 1, 38).

La humanidad busca, de muchas maneras, a Dios. Tiene sed de salvación. Desea la verdadera felicidad, la verdadera libertad. Como la tierra necesita la lluvia, el mundo tiene necesidad del Evangelio, de la Buena Nueva de Jesús. La historia toda se orienta hacia Cristo, hacia su verdad, que nos hace libres (cf. Jn 8, 32). El Espíritu Santo conduce a los pueblos hacia el Señor. "El es la fuente del valor, de la audacia y del heroísmo: 'donde está el Espíritu del Señor está la libertad' (2 Cor 3, 17)" (*Liberatis conscientia*, 4).

Los hombres, a veces entre dudas y sombras, buscan al Mesías, el único capaz de iluminar la vida y la historia porque él es la luz del mundo (cf. Jn 8, 12).

La Iglesia fundada por Jesucristo tiene como misión esencial hacer que esa luz llegue hasta los extremos del orbe. Por eso la Iglesia es evangelizadora y misionera: "Id, pues, enseñad a todas las gentes" (Mt 28, 19).

3. En este encuentro con la Iglesia misionera de Colombia ¿cómo no recordar que, dentro de poco, el Nuevo Mundo cumplirá quinientos años de evangelización? La evangelización de este continente constituye el testimonio de una Iglesia universal, unida y apostólica, que va agregando al Reino de Cristo a todos los pueblos, con su pluralidad de culturas y de valores humanos.

Nos podemos preguntar: ¿de dónde deriva esta preocupación permanente de la Iglesia por una evangelización sin fronteras?

Desde el comienzo de la narración evangélica, constatamos cómo todos los llamados a seguir a Cristo fueron llamados también a la evangelización: "Llamó a los que él quiso... para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar" (Mc 1, 13-14). El "estar con él", característica del seguimiento vocacional (Jn 1, 39; 15, 27), se traduce espontáneamente en el anuncio: "hemos encontrado a Jesús de Nazaret" (Jn 1, 45).

Este encargo misionero corresponde principalmente a Pedro y a los demás Apóstoles, como principio de unidad y como estímulo de la responsabilidad misionera de todo el Pueblo de Dios: "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación" (Mc 16, 15).

Los Apóstoles cumplieron su tarea misionera con toda fidelidad. A Pedro, el Señor le había confiado la misión de mantener la unidad, confirmando la fe de los demás Apóstoles (cf. Lc 22, 32; Jn 21, 15-17). Los sucesores del colegio apostólico han extendido

incansablemente la fe, y los Papas, como sucesores de Pedro, la han confirmado y animado, defendido y propagado. Y aquí está con vosotros, queridos hermanos y hermanas, el Papa, sucesor de Pedro; para confirmaros en vuestra fe, en vuestra entrega total y en vuestra misión sin fronteras.

4. Recordar la historia de la evangelización de Colombia es en nuestros días —ya al final del segundo milenio cristiano— estímulo a incrementar una labor imprescindible que será índice de vitalidad de la Iglesia en el futuro. Vuestra "hora misionera", la de Colombia y la de toda América Latina, es el compromiso de una herencia recibida.

Desde hace casi cinco siglos, mis predecesores se han prodigado ininterrumpidamente para que no faltaran misioneros que promovieran la evangelización de estos pueblos. Santa Marta, Cartagena, Popayán y Santa Fe de Bogotá fueron las primeras comunidades diocesanas, pujantes de vitalidad; gracias a sus celosos Pastores y a incansables misioneros, la semilla del Evangelio echó raíces muy pronto por las tierras que entonces se llamaba Nueva Granada. Bien podemos decir que la gracia divina obró aquí maravillas. Todavía hoy causan admiración las iniciativas pastorales emprendidas entonces —"doctrinas" reducciones y parroquias— para dar consistencia y ulterior aliento a la propagación de la fe. Con razón ha dicho el Concilio Vaticano II que en las Iglesias particulares "se encuentra y opera la verdadera Iglesia de Cristo" (*Christus Dominus*, 11).

Demostrando particular atención hacia los lugares más apartados, la Sede Apostólica encargó a Propaganda Fide algunos territorios, siendo el primero Casanare, encomendado al celo pastoral del Santo Obispo Ezequiel Moreno, el cual vendría después a esta

bendita tierra de San Andrés de Tumaco, Vicariato Apostólico desde hace veinticinco años. Vaya nuestra gratitud eclesial a las Ordenes religiosas que misionaron Nueva Granada, así como a las demás Congregaciones, Institutos y asociaciones que han desarrollado una labor incansable para la implantación y crecimiento de la Iglesia en los territorios misionales.

5. La historia de las misiones en Colombia ha sido grande y gloriosa. Mediante la labor educativa de los misioneros, la Iglesia ha realizado, al mismo tiempo, una inmensa obra cultural y ha llevado el sentido de Patria y de Nación hasta los límites del territorio colombiano, no siempre fáciles de alcanzar por otros agentes. Y si ha habido circunstancias históricas que más bien han sido obstáculos a la evangelización, la Iglesia ha sabido sufrir amando, avanzando con libertad en el anuncio del Evangelio, como ejemplo de la libertad y de la actitud de martirio que todo evangelizador debe adoptar: "No podemos dejar de hablar" (Act 4, 20).

Por esta costa de Nariño y del Cauca, desde la sede de Pasto, el Beato Ezequiel Moreno dedicó lo mejor de sus energías para anunciar el Reino de Cristo. Algunos territorios misionales se han convertido, en los últimos años, en Iglesias diocesanas relativamente maduras, y hay misioneros, hijos e hijas de Colombia, que han salido ya para ayudar a otras Iglesias más necesitadas. Cabe esperar que crezca, cada día más, el ímpetu misionero, a lo cual contribuirá sin duda el Tercer Congreso Misionero Latinoamericano que se celebrará en vuestro País el año próximo.

Al recordar la historia de la evangelización y de vuestra responsabilidad misionera, se deja oír de nuevo, en esta costa colombiana, el eco del "sígueme" de Jesús. Y yo vislumbro en vues-

tros rostros e intuyo en vuestros corazones, la misma respuesta de los primeros Apóstoles: "Siguiéron a Jesús... se quedaron con él... Hemos encontrado al Mesías, Jesús de Nazaret" (Jn 1, 34-45).

Sólo a la luz de las palabras de Cristo se puede entender y cumplir el compromiso eclesial y misionero que subrayaron audazmente los obispos reunidos en Puebla el año 1979: "Ha llegado para América Latina la hora de intensificar los servicios mutuos entre Iglesias particulares y de proyectarse más allá de sus propias fronteras, 'ad gentes'. Debemos dar de nuestra pobreza" (Puebla, 368). Yo mismo, en aquella ocasión les había recordado la naturaleza misionera de la Iglesia: "Evangelizar es la misión esencial, la vocación propia, la identidad más profunda de la Iglesia a su vez evangelizada. Enviada por el Señor, ella envía a su vez a los evangelizadores a predicar... Evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial" (Discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla, 28 de enero 1979, 17).

6. Señal de la madurez de una Iglesia es sentirse cada día más misionera. Nosotros todos hemos escuchado el llamado del Señor que nos invita a seguirle para darle a conocer a los hermanos. A veces sentiremos la tentación de encerrarnos en nuestros propios problemas y necesidades, olvidando el campo sin fronteras de la redención y de la misión. "No obstante estas adversidades, la Iglesia reaviva siempre su inspiración más profunda, la que le viene directamente del Maestro: ¡A todo el mundo! ¡A toda creatura! ¡Hasta los confines de la tierra!" (Evangelii nuntiandi, 50).

Cuántos jóvenes sienten hoy el llamado fascinante de Cristo y se deci-

den a arriesgarlo todo por él! ¡Cuántas familias se ofrecen a evangelizar plenamente su círculo familiar de "iglesia doméstica" (cf. *Lumen gentium*, 11) y todo el ámbito de influencia en la sociedad humana y eclesial! Todos necesitan experimentar vivencialmente que la misión es el dinamismo operante de Cristo presente en la Iglesia. La Iglesia es signo "de una nueva presencia de Jesucristo, de su partida y de su permanencia. Ella lo prolonga y lo continúa. Ahora bien, es ante todo su misión y su condición de evangelizar lo que ella está llamada a continuar" (Evangelii nuntiandi, 15).

En efecto, la Iglesia que se siente unida a Cristo, no puede dejar de ser misionera; pues la vitalidad misionera brota espontáneamente del mismo ser de la Iglesia, como Cuerpo vivo de Cristo que tiende a difundirse a todos los lugares, culturas y tiempos.

A este cometido nos impulsa la presencia de Cristo resucitado, especialmente en la Eucaristía, que es "como la fuente y la culminación de toda la evangelización" (Presbyterorum ordinis, 5). Cuando somos y nos sentimos Iglesia, contamos con la fuerza del Espíritu Santo, que fue prometido y comunicado a la misma Iglesia, para que éste se abriera al mundo entero (cf. *Act* 1, 8; 13, 3ss; *Ad gentes*, 4).

Y ¿cómo no alegrarnos al ver aquí presentes a tantos grupos de cristianos que buscan una auténtica renovación a la luz de la Palabra de Dios y de la acción del Espíritu enviado por Jesús? Hoy todos queremos ver renovada nuestra Iglesia; pero no podemos olvidar que "la gracia de la renovación de las comunidades no puede crecer si no extiende cada uno los campos de la caridad hasta los últimos confines de la tierra; y no tiene por los que están lejos una preocupación semejante a la que siente por

sus propios miembros" (*Ad gentes*, 37).

7. La Iglesia ha dedicado siempre sus mejores esfuerzos a la obra evangelizadora entre los "indígenas", pero hay que recordar que están "habitualmente marginados de los bienes de la sociedad y, en algunos casos, o no evangelizados o evangelizados en forma insuficiente" (Puebla, 365). Personalmente, en mis viajes al continente latinoamericano, he hablado a ellos mismos o sobre su situación. La Iglesia no puede quedar en silencio ni pasiva ante la marginación de muchos de ellos; por esto los acompaña valiente y pacíficamente, como exige el Evangelio, en especial cuando se trata de defender sus legítimos derechos a sus propiedades, al trabajo, a la educación y participación en la vida pública del País. La evangelización de los indígenas enriquece a la Iglesia universal y a toda la humanidad, desde el punto de vista cultural, social y religioso. La obra misionera no es nunca destructora, sino de purificación y de construcción (cf. *Redemptor hominis*, 12; cf. *Ad gentes*, 11).

8. Finalmente, quiero insistir en el deber particular de todo creyente y de toda comunidad eclesial, de orar y sacrificarse por la obra misionera. La oración y el sufrimiento cristiano son imprescindibles para la evangelización. "Rogad al Señor de la mies" (Mt 9, 37), nos enseñó Cristo.

Orad, pues, todos, a ejemplo de Santa Teresa de Lisieux, patrona de las misiones, por la labor abnegada, muchas veces difícil, a menudo incomprendida, de los misioneros y de todos los agentes de la evangelización. Orad también por el trabajo de animación misionera en todo el Pueblo de Dios, ya desde la infancia, puesto que de esta animación depende el futuro

de la propagación de la fe en todo el mundo. Orad asimismo por aquellas Iglesias que un día, mediante el envío de misioneros y recursos, hicieron nacer y ayudaron al crecimiento de las Iglesias del Nuevo Mundo, y hoy necesitan de vuestra oración ante Dios, para consolidar una vez más la esperanza y la caridad, sintiéndose unidas entre sí y plenas de vitalidad, para seguir siendo, con vosotros, la luz del mundo y la sal de la tierra. "La oración es siempre la voz de todos aquellos que aparentemente no tienen voz" (*Dominun et Vivificantem*, 65).

9. Amados misioneros y misioneras: Mis palabras van dirigidas de modo especial a todos vosotros que habéis entregado vuestras vidas para anunciar el Evangelio a todos los pueblos. Os exhorto a ser siempre fieles a vuestra misión que es religiosa y evangélica. No cedáis a la tentación de una antropología estrecha que no entendiera plenamente la verdad sobre el hombre y que no respetara la prioridad absoluta del anuncio del Evangelio. Continúa vuestra obra educativa y asistencial, que es labor de Iglesia y que habéis realizado siempre en espíritu de progreso integral y de civilización plenamente humana, de modo especial con los más pobres y necesitados. Sabéis que contáis con el cariño y el aprecio de vuestras comunidades, servidas por vosotros con sacrificio y constancia: estad seguros de que el Papa, los Obispos y el pueblo colombiano os profesan profundo aprecio y gratitud.

El Cuarto Centenario de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá lleve a los misioneros de Colombia de prontitud para anunciar el Evangelio de paz, a imitación de Ella que, al concebir el Verbo de Dios en su seno, sale con premura para llevar a Cristo a los demás (cf. *Lc* 1, 39). Confiémosle a la Virgen Madre la labor misionera

en Colombia, y de Colombia para el mundo; con Ella nuestra esperanza no desfallecerá y así las generaciones futuras podrán gozar, como todos nosotros, del privilegio de haber sido llamados, por la misericordia de Dios, a recibir la fe, y con ella, la exigencia de

compartirla con todos los hermanos.

A todos los aquí presentes, vuestras familias, en particular a los enfermos, a los niños, a los que sufren, imparto de corazón, en prenda de abundantes gracias divinas, mi Bendición Apostólica.

HOMILIA A LOS INDIGENAS DE COLOMBIA

POPAYAN, CARRETERA PANAMERICANA
(04-07-1986)

*"Gracia a vosotros y paz de
parte de Dios, nuestro Padre, y del
Señor Jesucristo" (Gal 1, 3)*

Amados hermanos y hermanas:

1. Venido desde Roma hasta vosotros, como *Peregrino y Mensajero de Evangelización*, quiero en primer lugar saludar fraternalmente al Arzobispo de Popayán y a los Obispos de esta provincia eclesiástica: de Ipiales y de Pasto; así como a los Ordinarios de las diócesis del sur de Colombia; saludo afectuosamente a los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles aquí congregados. Me uno también a todos para *dar gracias a Dios y alabar al Señor con alegría*: "A Dios den gracias los pueblos, alaben los pueblos a Dios" (Sal 66, 6).

Es hermoso y conmovedor escuchar hoy de vuestros labios este canto que seguramente llenó de fervor a vuestros antepasados. Sois en verdad un pueblo que, desde hace más de cuatro siglos, *celebra a Jesucristo, Maestro, Salvador y Redentor*, alabándole y dándole gracias.

Sé, hermanos queridísimos, que vosotros los indígenas aquí reunidos, pertenecéis a distintos grupos étnicos esparcidos por el vasto territorio de vuestra patria. A todos os saludo y, desde aquí, envío mi saludo junto con mi bendición a todos los nativos que, en los valles, en las montañas, en las veredas y en las orillas de los ríos colombianos me están escuchando, y les invito a *alabar y ensalzar con mi gozo las grandezas de Dios*.

De modo especial saludo a los indios paeces y guambianos.

"KIAY CUENTATE YUS TATA JESUCRISTO PA
MIPAKAUE IKUESH EUFINSEYA YUSIAK
ANYA UALA UECHANA UST
YATSKATE LUCHIAK NA KIUTE UESHYAK PUCHUICHA
KIA LUCHIAK NA KIUTE UESHYAK PUCHUICHA
KIA PACATE YUSYATA UENYICHA JICHA SELPINA USA"

"Kietii ñimún, kuayab, chigabénd inzhimanrai, ñimui,
tius Masgáwain guentá,
Jesucristo ñimúi puaig, Nai Kasrákabig larr nuikiatán,
mai ñimún wetarrawá, saludanrrab, ñimúi asig patamisák
Kufngucha, yu Colombia misaamerá razúnbé, mayealán
peemái undakuinzhib purugúmiikatán; nasia waínguentá
Naá ashikabpé mundo arabá.

Mi gozo es inmenso al reunirme hoy con vosotros y poder saludar, en cada una de vuestras personas, a una porción del pueblo colombiano, que es objeto de amor preferencial y de servicio singular por parte de la Iglesia.

2. A la luz de la lectura del Apóstol San Pablo, que hemos escuchado, quisiera, amados hermanos, celebrar hoy con vosotros esta unidad cristiana que tiene su fundamento en el Señor Jesús. Por este deseo recordar brevemente las gracias que habéis recibido de Dios durante vuestra historia cristiana, lo cual ha de traducirse, por vuestra parte, en compromiso de respuesta generosa al Señor en este momento privilegiado y difícil de vuestro caminar actual como Iglesia, Cuerpo de Cristo y Pueblo de Dios.

En el año 1546 el Papa Pablo III creó ya esta diócesis de Popayán, dando por así decirlo, forma canónica a la *gesta evangelizadora* realizada por intrépidos misioneros y celosos obispos en las primeras décadas que siguieron al descubrimiento del Nuevo Mundo. Aquellos insignes evangelizadores sembraron aquí la *semilla de la fe*, enseñando la doctrina y las costumbres cristianas a un pueblo que se abrió generosamente a la Palabra de Dios y se incorporó a la Iglesia.

Desde el principio, la ciudad fue puesta bajo el patrocinio de Nuestra Señora de la Asunción, y la Virgen ha hecho de este lugar un terreno *fértil para el Evangelio*. Fértil espiritualmente en los tiempos pasados y fértil también ahora, puesto que en Popayán hay una comunidad eclesial muy viva y prometedora, llena de afanes apostólicos, en el campo de la juventud, de la educación, de la familia y de los servicios de caridad para con los más pobres. ¿No es éste un motivo singular para *dar gracias y alabar a Dios*?

3. Vuestra raigambre espiritual ha hecho de vosotros un pueblo fuerte, azeado a la prueba y al sufrimiento. ¿Cómo no recordar el último terremoto del 31 de marzo de 1983, día de Jueves Santo, que devastó gran parte de la ciudad y llenó de dolor a los habitantes de toda esta comarca? Entonces, como ahora, quise mostraros mi solidaridad y la de la Iglesia entera a fin de que aquel Jueves y Viernes Santo se transformaran por la Resurrección en nueva primavera de vida comunitaria sobre la base del mandamiento del amor.

Acabo de visitar la catedral, centro y símbolo de la Iglesia local. He orado en ella por vosotros y por vuestros seres queridos, y he pensado que los majestuosos

muros de esa basílica, cuatro veces quebrantados por catástrofes sísmicas, son a la vez signo de la tragedia acacida y presagio de un pujante resurgir, al que todos estáis generosamente entregados.

Que Dios os dé firme *esperanza* y que El sea vuestra *fortaleza* en esta dura tarea, pues "si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los constructores" (Sal 126, 1). Os acompaño con afecto de padre en vuestros afanes y deseo que mi presencia aquí sea estímulo para vuestra total reconstrucción espiritual, social y material, llevada a cabo con la mirada puesta en nuestro Padre que está en los cielos y que quiere ver vuestra comunidad cristiana como una familia de hermanos que saben convivir y caminar unidos compartiendo generosamente sus bienes.

4. En vuestro pueblo y en toda la comarca sudoccidental de Colombia, gracias a la plurisecular evangelización, se encuentra una fe arraigada profundamente, que se expresa de manera eminente en extraordinarias *manifestaciones de religiosidad y de piedad popular*. También esto es expresión de la fe católica que ha marcado la identidad histórica y cultural de Colombia. Os aliento pues a perseverar en estas manifestaciones, que son una catequesis constante que estimula a una práctica religiosa más intensa y auténtica, reforzando los lazos de unión en el seno de la familia de los hijos de Dios. Una genuina piedad eucarística y mariana es garantía de profunda y sólida vida cristiana, que os defenderá también de ideologías ajenas al Evangelio.

Se puede decir que la piedad popular responde al acervo de valores con que la sabiduría cristiana y el sentido religioso de los fieles, sobre todo de la gente sencilla, afronta los grandes interrogantes de la existencia humana, bajo la luz de Dios Padre, orientándolo hacia el reino de los cielos y esperando al desarrollo de la historia humana, según los designios salvíficos del Señor.

¿Que no disminuya vuestro aprecio por estas prácticas religiosas!

En ellas encontraréis una *síntesis vital* que fortalece la fe en todas las circunstancias de la vida, en la alegría, como en el dolor, que refleja sed de bien y comporta una fina sensibilidad ante los atributos divinos, como la paternidad y la providencia, que hace presente en nuestra existencia a Cristo Redentor y a su Santísima Madre, que ilumina el corazón y que robustece la vida nueva en el Espíritu, que da fuerza para la generosidad y el sacrificio; que engendra actitudes interiores de paciencia, amor a la cruz, valoración del sufrimiento, aceptación de los demás y desapego de las cosas terrenas; que confirman los sentimientos cívicos y patrios elevándolos hacia Dios, que une a los diversos sectores de la sociedad a través de las manifestaciones comunitarias y estrecha los vínculos de la comunidad eclesial, convirtiéndolos en una expresión de la catolicidad de la Iglesia.

5. Son éstos algunos de los *grandes aspectos positivos* de la piedad popular, que mi venerado predecesor el Papa Pablo VI señaló en la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (n. 48) y a los que se refiere también la reciente Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe, sobre *libertad cristiana y liberación* (cf. n. 22). Esta fue también la enseñanza del Episcopado latinoamericano reunido en Puebla (cf. nn. 444-459).

La piedad popular debe ser instrumento de evangelización y de liberación cristiana integral; de esa liberación de que están sedientos los pueblos de América Latina, conscientes de que sólo Dios libera plenamente de las esclavitudes y de los signos de muerte presentes en nuestro tiempo (cf. *Dominum et Vivificantem*, 57).

Pero observamos, por otro lado, que una religiosidad popular mal concebida tiene sus límites y está expuesta a peligros de deformación o desviaciones. En efecto, si esta piedad quedara reducida solamente a meras manifestaciones externas, sin llegar a la profundidad de la fe y a los compromisos de caridad, podría favorecer la entrada de las sectas e incluso llevar a la magia, al fatalismo o a la opresión, con grandes peligros para la misma comunidad eclesial (cf. *Evangelii nuntiandi*, 48).

El llamado "catolicismo popular", la misma piedad popular, son realmente auténticos cuando reflejan la comunión universal de la Iglesia, con manifestaciones de una misma fe, un mismo Señor, un mismo Espíritu, un mismo Dios y Padre.

Os invito, pues, amados hermanos, sobre todo los que os habéis comprometido en las tareas catequísticas y apostólicas, a no cejar en vuestro empeño por evangelizar las masas, tal vez propensas a conformarse con un catolicismo débil o superficial; trabajad por revitalizar los movimientos apostólicos, renovando su espiritualidad, sus actitudes y sus líneas de acción misionera sin fronteras, por enriquecer las prácticas piadosas infundiéndoles auténtico espíritu bíblico y eclesial, por hacer que la liturgia —realizada siempre según las normas de la Iglesia— sea el centro y culmen de la vida comunitaria.

6. La vida del cristiano, que ha de ser un verdadero e ininterrumpido culto a Dios, tiene su manifestación más profunda y espléndida en la *caridad*. Nos lo inculca claramente san Pablo quien, al recordarnos que todos "somos un solo cuerpo en Cristo" (Rom 12, 5), pone de relieve las relaciones recíprocas que existen entre nosotros, y nos invita a amarnos "con amor fraternal" de forma que nos honremos "a porfía unos a otros" (cf. Rom 12, 19).

En este espíritu, mi mensaje de hoy desde Popayán se dirige a todo el Pueblo de Dios de la región sudoccidental, pero de modo particular a los queridos hijos e hijas de las comunidades indígenas aquí presentes, así como a todos los indios esparcidos por la amplia geografía de Colombia. Vosotros sois objeto de un *amor preferencial de la Iglesia* y ocupáis un puesto de privilegio en el corazón del Papa. Veo en vosotros la presencia de los aborígenes del inmenso continente americano, que hace cinco siglos se encontró con el continente europeo, formando con la fusión de razas y culturas, el rico panorama étnico del Nuevo Mundo (cf. *Puebla*, 409). Pero sobre todo, veo en vosotros un signo especial de la presencia de Cristo, en su misterio de dolor y de su resurrección. El Papa ha venido para honrar a Cristo que vive en vuestros corazones, en vuestras familias y en vuestro pueblo.

Con los indígenas del Cauca y de toda Colombia quiero agradecer a Dios el don de la fe, que hace ya casi cinco siglos ha arraigado fuertemente en vuestros corazones y en vuestras comunidades. Los misioneros procedentes de España os trajeron el *Mensaje salvador de Cristo* y os anunciaron la doctrina de Jesús según vuestros moldes culturales. En medio de grandes vicisitudes y dificultades, a veces también de incomprensiones, limitaciones o fallas, la tarea evangelizadora se llevó adelante con la ayuda de Dios. Siempre ha habido obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, y también laicos catequistas, que llenos de gran sentido eclesial y de afecto hacia vosotros, dedicaron totalmente su vida a estar a vuestro lado, corriendo vuestra misma suerte para así poder atenderos espiritual y materialmente.

7. Con vuestra fidelidad constante a la fe profesada al recibir el bautismo y los demás sacramentos, con vuestra correspondencia a los dones recibidos, vosotros habéis enriquecido a la Iglesia universal. Sé que os mantenéis firmes en esta fe católica, resistiendo los embates de sectas o ideologías extrañas a vuestra idiosincrasia y a vuestra tradición. Sed siempre *fieles* a la Iglesia de Cristo, al mandamiento del amor fraterno y a la reconciliación. Esta es la consigna que hoy os da el Papa.

Sé también que lucháis por la defensa de vuestra cultura representada en vuestras lenguas, vuestras costumbres y estilo de vida; por la defensa de vuestra dignidad humana y también por la consecución de los derechos que os competen como ciudadanos. Que vuestra lucha esté siempre en la línea evangélica del amor a todos los demás hermanos y de acuerdo con las normas de la moral cristiana.

La Iglesia apoya estas aspiraciones vuestras; por esto *quiere, pide y se esfuerza* para que vuestras condiciones de vida sean cada vez mejores, de tal manera que podáis gozar de todas las oportunidades en el terreno de la educación, trabajo, salud, vivienda, etcétera, de las cuales gozan los demás ciudadanos colombianos. Por ello, mi predecesor el Papa Pablo VI, de feliz memoria, quiso que el fondo "Populorum progressio", creado a raíz de su visita a Colombia en el año 1968, fuera íntegramente aplicado en favor de los campesinos indígenas, concretamente los del Cauca.

8. Que vuestro ordenamiento social, humano y cristiano se vea fortalecido cada día por vuestro propio empeño, sostenido por vuestros obispos, misioneros y líderes cristianos, que ya están surgiendo numerosos entre vosotros. Especialmente deseo y pido con insistencia al Señor que haga surgir de vuestras comunidades nuevas vocaciones al apostolado, a la vida consagrada, a los diversos ministerios y, de modo particular, al sacerdocio ministerial, para que podáis contar con sacerdotes de vuestra misma sangre.

Queridos hermanos y hermanas: Termino exhortándoos con las mismas palabras de san Pablo, que han inspirado este encuentro eclesial de oración, diálogo y amistad: "Vuestra caridad sea sin fingimiento, detestando el mal, adhiriéndoos al bien, amándoos cordialmente los unos a los otros" (Rom 12, 9).

Que la Virgen santísima, que, al comienzo de la evangelización del continente, en Guadalupe, manifestó su predilección por los indios en la persona de Juan Diego, y que la ha manifestado también en Chiquinquirá para los colombianos, os siga ayudando y protegiendo siempre como Madre bondadosa y solícita.

A todos los aquí presentes, a vuestras familias, a vuestros niños, ancianos, enfermos y a todos cuantos sufren, os bendigo de corazón.

HOMILIA SOBRE LA FAMILIA

CALI, ESTADIO DE LA UNIDAD
DEPORTIVA PANAMERICANA
(04-07-1986)

Amadísimos hijos e hijas:

1. Con inmensa alegría, la propia de un padre de familia que, en este maravilloso Valle del Cauca, se reúne con sus hijos, deseo celebrar con vosotros la fe común en Jesucristo resucitado; él está presente en vuestros corazones, en medio de vuestras familias, en todas vuestras tareas cotidianas.

Saludo con el abrazo de caridad fraterna al Arzobispo de Cali, así como a los Pastores de las diócesis de Palmira, Buga, Cartago, del Vicariato Apostólico de Buenaventura y de otras diócesis vecinas, junto con sus sacerdotes, religiosos y religiosas. Ante la venerada imagen de la Virgen de las Mercedes, madre vigilante y amorosa de esta tierra, saludo con afecto a todas las familias presentes y a las que están espiritualmente unidas con nosotros en esta celebración.

¡"Gustad y ved qué bueno es el Señor"! (Sal 33, 9).

Sí, el Señor ha sido de verdad bueno y generoso con esta tierra maravillosa, a la que ha dotado de abundantes bienes naturales; pero su liberalidad se ha prodigado aún más con vuestro pueblo renombrado por sus cualidades de gente trabajadora, servicial y bondadosa.

Mi presencia en esta ciudad de Santiago de Cali coincide con una celebración jubilar: la de sus 450 años de fundación. Con gran gozo me sumo

a vosotros en esta celebración, coronando la imagen venerada de Nuestra Señora de las Mercedes, patrona de la ciudad. Ella ha sido signo de la misericordia de Dios para con sus habitantes y presencia maternal en la vida de sus gentes. Bien podemos decir con el alma rebosante de felicidad: "La madre de Jesús estaba allí" (Jn 2, 1).

Es un hecho consolador para la Iglesia recordar ahora que esta ciudad, fundada bajo el amparo maternal de María, se ha ido desarrollando sobre la base de familias cristianas que tuvieron como ideal la unidad, la fidelidad, el servicio a los demás, el trabajo emprendedor. Es también una realidad que la familia, con todos sus valores e ideales, humanos y cristianos, contribuyó a formar la nacionalidad colombiana. Las raíces cristianas de la familia han penetrado profundamente y, ante el vendaval de la violencia, Colombia sigue manteniéndose firme gracias a la solidez que le da el núcleo familiar, como transmisor fidedigno de los valores humanos y de la fe cristiana.

2. "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gén 1, 26).

La liturgia de la palabra nos invita a contemplar, en sus albores, los "comienzos" del hombre sobre la tierra; primeramente en el pensamiento y en los designios de Dios,

luego en la creación y finalmente en la bendición. Todos recordamos este relato maravilloso del libro del Génesis que nos muestra a Dios dando culmen a la obra de la creación.

Obedeciendo a su Palabra, había desaparecido el caos inicial; la misma palabra divina había ido poniendo orden en el universo hasta poblarlo de lumbreras y de toda clase de seres vivientes. A continuación, como descorriendo un velo, he aquí que el autor sagrado sorprende, por así decirlo, al Creador en ese diálogo íntimo —vestigio revelador de la Familia divina—, con el cual pone broche final a la narración. "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza".

Para seguir más de cerca el desarrollo de la narración y asimilar mejor su profundo significado, vamos a reflexionar juntos sobre los tres momentos que aparecen en el texto sagrado:

En primer lugar, amadísimos hermanos, el texto del Génesis presenta al hombre, a la humanidad, a todos nosotros, dentro del pensamiento de Dios, objeto de sus designios. Hemos sido hechos según un proyecto original, concebido en el seno de su sabiduría infinita: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza* (Gén 1, 26).

He aquí la razón más alta de la dignidad humana. Somos expresión del corazón de Dios vivo, revelación de sus eternos designios, que no son sino los de comunicar con el hombre, *hacernos imagen suya*.

Hombre y mujer, hechos a imagen divina, fueron pensados desde el principio para prolongar en el tiempo el diálogo de amor existente en el corazón de Dios y transmitir su Palabra creadora, que es fuente de vida, al igual que —en glosa de Santo Tomás— la llama de una antorcha va propagando el fuego donde fue encen-

dida (cf. *Summa contra gentes* 2, 46).

En un segundo momento, el autor del Génesis nos relata la *actuación del designio sobre el hombre*: "Creó Dios el hombre a su imagen; a imagen de Dios lo crea, varón y hembra los creó" (Gén 1, 27). La institución de la comunidad conyugal, conforme al plan divino, es el primer brote, la expresión primera de la vocación del hombre sobre la tierra. La primera comunidad humana lleva en sí la vocación a la unión con Dios y a la comunión de personas. El amor de Dios tendrá de este modo su reflejo no en la soledad del hombre (cf. Gén 2, 19ss) sino en su condición interpersonal, como una invitación al diálogo con Dios mismo y con los demás.

A tal fin, —he aquí el tercer momento de la narración bíblica— descendiendo sobre hombre y mujer la bendición divina, *expresión y signo del amor que crea el bien y se goza en él*: "creced y multiplicaos, dominad la tierra" (Gén 1, 28).

Al dar su bendición, Dios, antes que la posesión de la tierra, promete a la pareja humana la fecundidad y le confiere la misión de procrear y propagar la semilla de la vida, como fruto y signo del amor conyugal. La misma fecundidad del amor, el bien de los esposos y de la prole, han de ser vistos a la luz del favor de Dios, como reflejo de la imagen divina y signo del crecimiento progresivo en la comunidad de vida: "ya no son dos, sino una sola carne" (Mt 19, 6). Y en el ocaso de aquel día, el más espléndido de la creación, el autor sagrado anota a modo de conclusión: "Y vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno" (Gén 1, 31).

En rápidas secuencias hemos contemplado tres momentos de la creación, tan ricos de enseñanza para nosotros. Antes que nada el hombre es *imagen de Dios*; hombre y mujer,

comunidad de diálogo y de vida, son *semejanza* del mismo Dios; en la bendición divina la posesión y el dominio sobre las demás creaturas no prevalecen, sino que ceden la primacía a la comunidad de vida, al amor.

Sería bueno que repasáramos con frecuencia este primer pasaje bíblico hasta que calara hondamente en nuestra mente y quedase grabado en los corazones. Porque, si miramos a nuestro alrededor observamos que por desgracia esa escala de valores establecida por Dios es invertida con harta frecuencia en nuestro mundo de hoy.

El Señor nos está recordando en este día: Todos somos semejantes a El; su amor al hombre nos hace semejantes a El; las demás criaturas han sido destinadas a nuestro servicio, por eso, anteponer las cosas al bien de nuestros semejantes constituye una verdadera ofensa a Dios creador.

3. La lectura del Evangelio de san Juan que hemos escuchado es como un eco lejano de aquellos "comienzos" del libro del Génesis. El evangelista nos narra que se celebraba una boda en Caná de Galilea: "Estaba allí la madre de Jesús; fue invitado Jesús, como también sus discípulos" (Jn 2, 1-2).

Con el corazón lleno de fe, habéis escuchado, familias de Colombia, este significativo pasaje del Evangelio. Fue precisamente en aquella ocasión cuando Jesús "dio comienzo" a sus señales, es decir, a los grandes prodigios con los que inauguraba los tiempos mesiánicos.

"El maestresala... probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía... entonces llamó al novio y le dijo... te has guardado el vino bueno hasta ahora" (Jn 2, 9-10).

No es el joven de Caná el que ofrece el vino nuevo sino Jesús. San Juan, que nos habla en su Evangelio a través de símbolos, nos está diciendo

que la boda de Caná es ante todo un signo, el primer signo de la nueva alianza, de la nueva comunión de vida entre Dios y los hombres. Jesús es el esposo que comienza a manifestar su gloria mediante la señal del vino. La madre de Jesús estaba allí y representa a la comunidad llamada a la alianza con Cristo esposo; representa a todo el pueblo de Dios, sobre cuyos miembros ejercerá, cuando llegue la hora, las funciones de madre. Jesús, pues, presente en Caná con su madre, *lleva a los nuevos esposos la misma bendición que al principio fue dada por Dios al hombre y a la mujer*. El matrimonio, la familia, como el buen vino, ha de llevar el sello de la alianza única con Dios, de la *comunión fecunda e indisoluble en el amor*.

Con esta primera señal, el Señor nos invita también a nosotros a gustar este vino, esto es, la *verdad sobre la vocación del hombre y la divina semilla que en éste se oculta*; la verdad sobre los esposos, alianza de amor como mutua entrega entre dos personas, "que exige plena fidelidad conyugal y reclama su indisoluble unidad" (cf. *Familiaris consortio*, 20).

¿Dónde hallaremos ese vino bueno, ofrecido por el Señor a quienes han sido injertados en su familia? A esta pregunta podemos responder con San Agustín, "Cristo guardó hasta ahora su vino, es decir, su evangelio" (In Jo, ev. 9, 2; PL 1459). Nuestra bendición será por tanto, la aceptación de la verdad de Cristo, y nuestra adhesión personal a él, capaz de obrar en nuestros corazones el gran prodigio de "ser hijos de Dios, por haber creído en él" (Jn 1, 12).

En conclusión, a esta página de Caná podríamos considerarla como una gramática indispensable, en la que encontraréis resumido en pocas líneas el evangelio de los esposos. Cristo os ha bendecido y desea que seáis felices. Cristo y su Madre esperan de todo ma-

trimonio que sea manifestación de esa gloria divina que acompaña a los nacidos de Dios.

Así es, amadísimos esposos colombianos. Con la bendición de Cristo, en vuestros hogares, desde su "comienzo", estáis llamados a dilatar la morada del mismo Dios. Este es vuestro evangelio, esta es vuestra ennobecedora misión, la cual, responsablemente asumida y santificada por el sacramento, os asemeja a la unión de Cristo y su Iglesia. Así lo dice, usando expresiones ciertas, san Pablo: "por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos un solo ser (Gén 2, 24). Grande misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia" (Ef 5, 31).

"Haced lo que él os diga". Este suave toque de atención de María sea motivo de aliento para los matrimonios colombianos. La Nueva Eva, madre de los creyentes, quiere persuadirnos a que abráis sin vacilar las puertas de vuestra mente y de vuestro corazón al hábito definitivo de Cristo y su Evangelio. La bendición divina inicial, recuperada para siempre por el esposo, Jesús "Hecho semejante a nosotros" y obediente hasta la muerte (cf. Fil 2, 7 ss.), será fecunda verdad, si vosotros, semejantes a él, refrendáis la alianza de vuestra unión sacramental con un servicio auténtico, de por vida, a la comunión con Dios.

4. A impulsos del aliento de esta bendición, los hombres son llamados a hacer de su vida en la tierra un servicio a la civilización del amor, como nos ha dicho hoy san Pablo: "ceñíos el amor mutuo, que es el cinturón perfecto" (cf. Col 3, 14).

La función de la familia, es precisamente ésta: consagrarse al servicio del amor y de la vida, y consiguiente-

mente actuar en pro de la vida y del amor.

En efecto, el matrimonio, en cuanto comunidad querida por Dios mismo (cf. *Familiaris consortio*, 11c), no se agota en un mero intercambio del consentimiento con valor humano y jurídico. Tanto el matrimonio, como la familia que de él nace, es una realidad que hunde sus raíces en los designios de Dios, expresión de su amor y de su poder creador. De ahí que el hombre y la mujer, al unir para siempre sus vidas, concreción de su "ser a imagen de Dios", no pueden aprobar inferencias extrañas a su fe, que mermen las exigencias del pacto de amor conyugal, el cual, incluso públicamente, ha de ser único y exclusivo, si de veras se quiere vivir con plena fidelidad al designio del creador (cf. *Familiaris consortio*, 11).

Así como Dios se realiza en el amor recíproco de las tres Personas de la Santísima Trinidad, así también el matrimonio y la familia deben ser comunidad de amor entre los cónyuges y los hijos.

De un matrimonio, de una familia fuerte y unida, donde esté presente el amor cristiano en toda su riqueza (cf. Col 3, 16), cabe esperar una contribución efectiva a la civilización del amor: de un amor que tiene primariamente su expresión en el hogar, donde se vive como un solo corazón y una sola alma (cf. *Act 2, 44*); de un amor que es como el vino nuevo para la vocación de los esposos: Si todos están volcados en el amor, alimentado en la conversación con Dios y revestido de compasión, de bondad, de dulzura y longanimidad (cf. *Col 3, 12*), existirá también alegría serena, profunda y madura.

Se puede decir por tanto que, "desde el principio" y más aún en

conformidad con el mensaje de Cristo, la familia ha sido querida por Dios para ser radicalmente una comunidad al servicio del amor y de la vida.

Este y no otro, hay que repetir, es el plan de Dios, que la Iglesia respeta y obedece, buscando por todos los medios fortalecer el amor y la unidad de la familia, en servicio a la vida, a la sociedad y sobre todo a la dignidad de los esposos y de sus hijos.

Como ya dije en mi *Exhortación apostólica sobre la misión de la familia cristiana en el mundo*, la familia cristiana está insertada de tal forma en el misterio de la Iglesia, que participa, a su manera como comunidad íntima de vida y de amor, en la misión de salvación que es propia de la Iglesia (*Familiaris consortio*, 49-50).

A su vez el matrimonio y la familia cristiana cumplen maravillosamente el designio de Dios, cuando se aprestan por sí mismos a sembrar y cultivar los valores del evangelio.

El hogar, la familia —Iglesia doméstica— han de ser también evangelizadores. En efecto, los esposos cristianos por su bautismo y confirmación y por la fuerza sacramental del matrimonio, tienen que transmitir la fe y llevar a la sociedad los valores que la transformen de acuerdo con el plan de Dios. Convencidos de que Cristo está presente en el hogar deben ser los más aptos evangelizadores de sus hijos a quienes transmitirán su propia experiencia de fe con la palabra, pero sobre todo con el testimonio diario de su vida de esposos, de miembros de la Iglesia y de la sociedad.

Padres de familia, vosotros debéis ser además los primeros catequistas y educadores de vuestros hijos, en el amor. Si no se aprende a amar y a orar en familia, difícilmente después se podrá superar este vacío. La vida y la fe de vuestros hijos son

tesoros incalculables que el Señor ha puesto en vuestras manos responsables. Mostradles el camino del bien y acompañadlos para que en los momentos de dificultad o de crisis vuestra firmeza en la fe, vuestro testimonio cristiano sea para ellos referencia obligada que avive la llama de su fe y el amor que vosotros sembrasteis en sus corazones. La evangelización y la catequesis que los esposos realizan en el seno de su familia tiene que hacerse en comunión eclesial. Los padres de familia tienen derecho y esperan con justa razón rectas orientaciones de sus pastores en sus parroquias y comunidades mediante la predicación y una auténtica catequesis cristiana.

5. Cuanto acabamos de decir a propósito de ámbito familiar, hemos de referirlo asimismo, como repercusión, a todas las demás formas de coexistencia y de convivencia entre los hombres.

Cuando dice el Apóstol: "la paz de Cristo reine en vuestros corazones", estas palabras hemos de aplicarlas con no menor vigor doctrinal al corazón, al núcleo de toda asociación, movimiento o institución y en definitiva a la sociedad en cuanto tal.

Pero no olvidemos que todos estos círculos de personas se nutren de la comunidad familiar, donde brota, se robustece y consolida la civilización del amor. Cuando la institución familiar cruje o se viene abajo, los vínculos de la solidaridad se aflojan, se fomenta la segregación allí donde la armonía y la paz son el clima más propicio para el bien común y en conclusión las células básicas de la sociedad irán expandiendo su condición enfermiza a todo el organismo.

Si la paz de Cristo no reina en el corazón mismo de la familia y la sociedad, los pueblos no sólo pierden pujanza y lozanía, sino que también se va perdiendo el respeto a la vida y a

la dignidad humana. Es algo que he querido recordar en mi reciente encíclica *Dominum et Vivificantem*: "Se hace cada vez más patente —decía— la grave situación de extensas regiones del planeta... Se trata de problemas que son no sólo económicos sino también y ante todo éticos. En el horizonte de nuestra época se vislumbran "signos de muerte" aún más sombríos; se ha difundido el uso... de quitar la vida a los seres humanos aun antes de su nacimiento o también antes de que lleguen a la meta natural de la muerte" (n. 57).

¡Madres colombianas! ¡Esposos responsables! defended siempre la vida. Recordad cómo Jesús quiso ser reconocido por Juan el Bautista que aún estaba en el vientre materno, se alegró y saltó de gozo ante su presencia en las entrañas virginales de María.

Esposos y padres de familia, defender la dignidad del amor es defender la sociedad. Atentan contra la familia las ideologías e instituciones que sicológicamente o con cualquier otra forma de coacción presionan a la pareja e inducen a las personas a cegar las fuentes de la vida y a negarse a acoger con amor una nueva existencia.

La paternidad y la maternidad responsables son prueba de amor y de servicio a la paz y a la vida.

6. Amadísimos colombianos, si no nos decidimos a extirpar de nuestros corazones estas espinas punzantes, que ahogan en su propio germen el dinamismo de la vida, de la cultura y de la civilización, nuestra sociedad, la humanidad entera, se irá sumiendo en un progresivo entumecimiento de la conciencia de todos sus miembros e instituciones, deslumbrados sus ojos por engañosos modernismos o falsos progresos que niegan la verdad sobre el hombre y son propensos a ver en Dios

un estorbo y no la fuente de liberación, la plenitud del bien. He ahí la falsa libertad que en vez de construir la paz y la civilización del amor engendra sólo amargura y desolación (cf. *Ibid.* 37-38).

7. La paz en los corazones forma parte del reinado de Cristo, que es también supremacía de la verdad y de la justicia: paz en los corazones que es también amor social, cuando logra eficazmente la concordia entre las personas, las familias y las instituciones.

Hombres y mujeres que me escucháis: todos juntos componéis la gran familia colombiana, deseosa de conseguir y disfrutar este bien insustituible, condición indispensable para defender y promover la vida en todos sus planos.

Esta querida comunidad ama —lo sé muy bien— desde sus entrañas la paz, imagen y efecto de la paz de Cristo, y se sacrifica por ella. Es esta una aspiración y una tarea, que no debe arredrar vuestro ánimo, ni siquiera en momentos de desasosiego, de turbación o de amenaza para el orden social, internacional o mundial. ¿Se puede confiar juiciosamente —me pregunto— el bien de los hombres y de los pueblos, el progreso de la civilización, a iniciativa de personas o de grupos organizados que, por ejemplo pretenden implantar *sistemas o ideologías* que conllevan la violencia, perturban sistemáticamente el equilibrio social con *medios subversivos*, o también pretenden resolver las situaciones críticas por la vía breve del terrorismo o de la guerrilla?

Me consta, amadísimos míos, que vuestro corazón no ha estado, no está totalmente lejano de estas inquietudes; pero no es menos cierto que, merced a la guía sabia de vuestros Pastores y a la acción paciente y constante de los

responsables de la administración pública —unos y otros en su propio campo—, se han ido consolidando sus apremiantes tareas, orientadas respectivamente a extender el reinado de Cristo y a "crear una orden político, social y económico que sirva mejor al hombre y que ayude a las personas y a los grupos a afirmar y desarrollar la propia dignidad" (*Gaudium et spes*, 9).

"La palabra de Cristo permanezca entre vosotros en toda su riqueza" (*Col* 3, 16).

Sí, la palabra de Cristo es rica. Sirve a la construcción y no a la destrucción, sirve a la justicia, al amor, a la paz y no al odio. Establece y corrobora los vínculos entre los hombres y no

excava abismos entre ellos. Fomenta la unión y no la discordia.

Oremos para que esta palabra de salvación "permanezca" en vosotros con toda su riqueza: en vuestras familias, en vuestras comunidades, en todas las gentes que pueblan la Patria colombiana, en toda la humanidad.

¡Ojalá permanezca en vosotros esta palabra de salvación! ¡Que sea viva y operante! ¡que construya la "civilización del amor!"

Amados hermanos y hermanas:

"Toda actividad vuestra, de palabra o de obra,

hacedla en honor al Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre, por medio de él" (*Col* 3, 17).

Así sea.

HOMILIA EN LAS ORDENACIONES SACERDOTALES DE MEDELLIN

MEDELLIN, AEROPUERTO "OLAYA HERRERA"
(05-07-1986)

1. Queridos hermanos en el sacerdocio de Cristo:

"No os llamo ya siervos... A vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer" (*Jn* 15, 15).

Durante la celebración de la última Cena Jesucristo pronunció estas palabras, dirigidas a los Apóstoles, al instituir el sacramento de su cuerpo y de su sangre, a la vez que les encargaba: "Haced esto en conmemoración mía" (*Lc* 22, 19).

Estas palabras están relacionadas de modo particular con la *vocación sacerdotal*: Cristo hace sacerdotes a los Apóstoles; *confiando en sus manos el sacramento de su cuerpo y de su sangre*. Este cuerpo que será ofrecido en la cruz, esta sangre que será derramada (ahora bajo las especies de pan y vino) constituyen la *Memoria* del sacrificio de la cruz de Cristo.

En el cenáculo, Cristo llama a los Apóstoles amigos porque les ha entregado su Cuerpo y su Sangre. Desde aquel momento, realizando sacramentalmente este sacrificio, debían obrar en su nombre, representándole personalmente, *"in persona Christi"*.

2. En esto consiste la *grandeza esencial del sacerdocio ministerial*; del que hoy se os hará partícipes, por medio del sacramento del Orden, a vosotros, hijos de la Iglesia en Colombia, de la Iglesia en Medellín.

Es un día muy importante en vuestra vida y en la vida de esta Iglesia, a la que en esta ocasión quiero saludar cordialmente.

Saludo con cariño al pueblo cristiano que se ha reunido esta tarde en el aeropuerto "Olaya Herrera". Sois fieles, en gran mayoría, de la Provincia eclesiástica de Medellín: Antioquia, Jericó, Santa Rosa de Osos, Sonsón-Rionegro, y de otras circunscripciones vecinas. La nobleza cristiana de vuestros hogares —semillero de vocaciones sacerdotales y religiosas— y la profunda adhesión a la Iglesia, han sido características de esta querida región de Colombia.

3. La liturgia de este día nos muestra, de modo particularmente profundo, la *verdad sobre la vocación sacerdotal*. La vocación es ante todo *iniciativa del mismo Dios*. Continuamente Dios llama al sacerdocio a personas concretas como anteriormente llamó al Profeta. Es impresionante la descripción que de esta llamada hace Jeremías:

"Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía" (Jer 1, 5). El "conocer" de Dios es elección, llamada a participar en la realización de sus planes salvíficos. A la luz del misterio de la Encarnación, esta elección se relaciona estrechamente con Cristo Sacerdote: "Nos ha elegido en él antes de la creación del mundo" (Ef 1, 4).

"Antes que naciese, te tenía consagrado" (Jer 1, 5). La consagración a Dios es dedicación plena, total, de por vida, a un encargo o misión, bajo la acción del Espíritu del señor que unge y envía (Is 61, 1). Por la ordenación sagrada el sacerdote participa de la unción y misión de Cristo Sacerdote y Buen Pastor, "ungido y enviado por el Espíritu Santo para anunciar a los pobres la Buena Nueva" (Lc 4, 18).

De ahí que el compromiso del sacerdocio lleve el sello de lo eterno. Sois consagrados para siempre. No es una decisión sujeta al vaivén del tiempo ni a las vicisitudes de la vida. Ni puede fundarse tampoco en sentimientos o emociones pasajeras. Implica, como el verdadero amor, la permanencia de la fidelidad. Sois llamados a estar siempre con el Señor, a perpetuar día a día su amistad para moldearos en su Corazón. Sólo a la luz de este amor comprenderéis y viviréis las exigencias evangélicas del sacerdocio ministerial. Vuestra juventud la habéis de poner plenamente y sin reserva al servicio de Cristo, para convertirlos en instrumentos de salvación sin fronteras.

"No les tengas miedo" (Jer 1, 8) nos dice la primera lectura del profeta Jeremías. Ya no hay lugar para las dudas y los desalientos. "Estoy contigo" (Jer 1, 8) nos repite el profeta. La debilidad humana no es obstáculo cuando la sabemos reconocer y la ponemos fiel y confiadamente en las manos de Dios. Jesús resucitado subraya esta presencia: "Soy yo" (Lc 24, 38), "estaré con vosotros" (Mt 28, 20). Por esto es posible cumplir la misión del Señor: "Adondequiera que yo te envíe, irás" (Jer 1, 7).

"Mira, he puesto mis palabras en tu boca" (Jer 1, 9). Son "palabras de vida

eterna" (Jn 6, 68), que sostienen la generosidad del enviado y aseguran el fruto del apostolado, aunque sea a través del misterio de la cruz.

4. ¿Sería ilícito tener miedo a la palabra, a la llamada de Dios? ¡No! Se puede temer la *debilidad humana*, pero la llamada que viene de Dios, nunca. Ella, de hecho, indica siempre un camino maravilloso: llama a una participación peculiar en "las grandes cosas de Dios". Conviene, por tanto, escuchar atentamente las palabras del Apóstol en la carta a los Efesios: "Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia" (Ef 4, 1-2).

Así pues, amadísimos hijos, pensad que el camino hacia la santidad sacerdotal y el apostolado es camino de pobreza bíblica. Cuando reconocemos la propia debilidad, entonces somos fuertes (cf. 2 Cor 12, 10). Esta actitud de humildad, que es de autenticidad y verdad, os hará reconocer con gozo que la vocación sacerdotal es un don del Corazón de Cristo y una opción que llega al fondo del corazón y de la conciencia.

En la vocación sacerdotal se experimenta el contraste entre la fuerza y la santidad del Maestro que llama, y la fragilidad y pequeñez de quien es elegido. El temor ante la sublimidad y la magnitud de la misión que se os encomienda, lo habéis experimentado ya vosotros; pero sentís también la seguridad y la alegría de saber que es Jesús quien os llama, que El estará siempre con vosotros y os dará las energías y la alegría para ser fieles a su servicio. El no abandona nunca a los suyos.

5. La *vocación sacerdotal es un don para la Iglesia*. En la Iglesia existen dones diferentes, como nos enseña el Apóstol: "A cada uno de nosotros le ha sido concedida la gracia a la medida del don de Cristo" (Ef 4, 7). Todos estos dones diferentes constituyen una "parte" esencial e irrepetible de aquel "don de Cristo". En efecto, todas las gracias y carismas sirven conjuntamente "para edificar el Cuerpo de Cristo" (Ef 4, 12). Entre todos estos dones, el sacerdocio ministerial adquiere peculiar importancia.

Participamos de modo singular en el sacerdocio de Cristo. Aunque "todos hemos recibido de su plenitud" (Jn 1, 16), cada uno participa de este "don de Cristo" (Ef 4, 7) según las gracias o carismas particulares, siempre al servicio de la comunidad eclesial que es comunión de hermanos. La diversidad y la peculiaridad de los dones hay que reconocerla, amarla y vivirla, precisamente para construir el "único Cuerpo" de Cristo que es la Iglesia animada por "un solo Espíritu" (Ef 1, 4). En la medida en que améis gozosamente vuestro sacerdocio, os sentiréis llamados a apreciar, respetar, suscitar y cultivar los otros carismas de la comunidad eclesial, para construir el Cuerpo de Cristo hasta la perfección y la plenitud (cf. Ef 4, 12). La identidad sacerdotal es pues una realidad gozosa que se experimenta cuando amamos el don recibido para servir mejor a los demás, con la actitud de "dar la vida" como el Buen Pastor (Jn 10, 15).

6. Si la vocación sacerdotal es un don tan grande para la Iglesia, ello quiere decir que ya no os pertenecéis a vosotros mismos, sino que sois propiedad de Cristo que vive en la Iglesia y que os espera en los múltiples campos de apostolado. Pertenecéis a Cristo y pertenecéis a la Iglesia, que es su "Esposa inmaculada", "a la que Cristo amó hasta darse en sacrificio por ella" (Ef 5, 25).

Esto mismo se os pide a vosotros: que améis.

El amor a Cristo y el amor al sacerdocio no serían posibles sin amar hondamen-

te a la Iglesia, la cual, a pesar de las limitaciones propias de su condición de peregrina, no deja de ser el Cuerpo de Cristo, su Esposa y el Pueblo de Dios.

7. Servid a la grey como Presbíteros, "vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón... siendo modelos de la grey" (1 Pe 5, 2-3).

Que las comunidades os puedan distinguir como anunciadores del Evangelio, dedicados a esta misión de la que el mundo tiene tanta urgencia, de tiempo completo, sin invadir otros campos y trabajos seculares, que ni son los vuestros, ni han sido el lugar indicado por el Obispo, de quien seréis colaboradores, en leal unidad, como pastores solícitos que reflejan en todo su condición sacramental: en lo profundo del alma, en las actitudes pastorales y también en vuestro exterior.

El seguimiento de Cristo implica que os sintáis de veras Iglesia, con amor de hijos, dispuestos a la colaboración responsable, con un acatamiento pronto y generoso de su disciplina y de sus normas, cooperando lealmente con el propio Obispo.

Sólo estando con Cristo, viviendo con El, haciendo que El informe nuestra vida, será posible anunciarlo con decisión, con franqueza, con arrojo, comunicando la experiencia de lo que se vive en el misterio y comunión de la Iglesia "sacramento universal de salvación" (Ad gentes, 1).

8. Así, pues, queridos hermanos y hermanas, *exprimentamos hoy*, todos los aquí presentes, de un modo muy particular, aquel amor del Padre del que habla Cristo a los Apóstoles la víspera de su muerte. "Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros" (Jn 15, 9). En Cristo, el amor del Padre se convierte para nosotros, en fuente inagotable de vida y de luz. "El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús", acostumbraba a decir el Santo Cura de Ars, cuyo segundo centenario de nacimiento celebramos este año de vuestra ordenación.

Efectivamente, "nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15, 13). Y es precisamente Cristo quien da la vida por nosotros. Y este acto suyo de "dar la vida", este sacrificio, *permanece en la Iglesia*, y, a través de la Iglesia, *permanece en la humanidad de generación en generación*. Permanece a través de la palabra del Evangelio y por medio de la Eucaristía, *sacramento de la muerte y resurrección de Cristo*. Permanece, por tanto, *por medio del ministerio de los sacerdotes*. Y por este ministerio se renueva y se hace presente en todos los tiempos.

Desde lo alto de la cruz y desde el corazón de su sacrificio salvífico, Cristo continúa diciéndonos: "Permaneced en mi amor" (Jn 15, 9).

9. El Señor os dice hoy a todos vosotros, queridos ordenandos, y de un modo muy particular: "Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor" (Jn 15, 10). ¡Sí! "Como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor" (Ibid.). En estas palabras se nos muestra en verdad *el vínculo o relación divina trasladada a la dimensión de la existencia del hombre*.

Sabemos bien cuáles son los mandamientos que constituyen la firmeza de este vínculo de permanencia en el amor de Cristo. Sabemos muy bien *cuáles son los principios de la vida sacerdotal*, cuáles son *las exigencias de la disciplina sacerdotal* que constituyen la firmeza de esta relación.

Se trata, bien es verdad, de un seguimiento sacrificado, que excluye toda forma de instalación exigiendo la mayor disponibilidad, como es debido a quien no tiene donde reclinar la cabeza (cf. Lc 9, 57-62). Es un compromiso que abarca la existen-

cia toda, sin aplazamientos, sin componendas, tal como lo exige el Mesías, el hijo de Dios, por cuya palabra la tempestad se serena, los enfermos son curados, son evangelizados los pobres, expulsados los demonios, reconciliada la humanidad y regenerada la vida. Exige el pleno sometimiento a la voluntad del Padre, lo cual os puede llevar, como a Pedro, a donde no hubieráis querido (cf. Jn 21, 18). Pero El siempre va delante, llevando amorosamente la misma cruz que pone sobre nuestras espaldas y que El hace más llevadera. En efecto, dice el Señor: "Mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mt 11, 30).

La vida que corresponde a estas exigencias, la vida en el nombre de este amor, abre delante de nosotros, al mismo tiempo, la *perspectiva del gozo divino*. "Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado" (Jn 15, 11). Es el "verdadero gozo pascual" (*Presbyterorum ordinis*, 11), como característica de la identidad sacerdotal y como preludio al florecimiento de vocaciones sacerdotales.

He aquí la *vocación sacerdotal* y el servicio o ministerio sacerdotal en el Pueblo de Dios.

"No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros" (Jn 15, 16), dice el Señor. Estas palabras las tenemos todas grabadas a fuego en nuestros corazones: ¡vosotros y yo! Son las palabras de Jesús en el marco familiar e íntimo de la última Cena, cuando el señor abre de par en par su corazón a sus discípulos. Es la gratuidad de elección de aquellos a quienes constituye ministros suyos, a quienes confía una misión de particular importancia. Es Dios quien inicia el diálogo en la historia de la salvación, tejida en esa maravillosa realidad de su amor. Es él quien toma la iniciativa con la fuerza transformadora de su Palabra, que todo lo recrea. "El nos amó primero" (1 Jn 4, 2).

Por esto añade el Señor: "Os he destinado a que vayáis y déis fruto, y un fruto que permanezca" (Jn 15, 16). Así como permanece, de modo admirable, el fruto de la primera siembra del Evangelio en esta tierra y en este Continente, así *también permanece vuestro fruto*, hoy, en este final del segundo milenio cristiano, cuando se va a cumplir el quinto centenario del comienzo de la evangelización de América Latina.

10. ¿Por qué permanece este fruto de vida cristiana? Quizá especialmente porque aquellos que sembraron *supieron, al mismo tiempo, orar*, pedir en el nombre de Cristo: "De modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda" (Jn 15, 16). Y nos lo concederá también a nosotros. El amor fraterno será la garantía de nuestra unión con Cristo y un signo eficaz de evangelización: "Lo que os mando es que os améis los unos a los otros" (Jn 15, 17).

Es la eficacia del Evangelio, con unos frutos que muchas veces no ven nuestros ojos. La gracia del Señor espera secretamente en los corazones. Vivimos hoy de la semilla que generaciones de entregados misioneros plantaron en la tierra fecunda colombiana y que la gracia de Dios hizo germinar y dar fruto.

En este día tan importante para la Iglesia en Colombia, *miramos hacia el futuro con confianza*. La Iglesia os agradece el esfuerzo que vosotros, amados hermanos Obispos y Superiores Religiosos, estáis llevando a cabo en el campo vocacional, con la cooperación de solícitos e idóneos formadores, atentos, según las normas de la Iglesia, a la íntegra formación espiritual, académica y pastoral de los candidatos al sacerdocio y a la vida religiosa. Agradezco y bendigo todo el ingente trabajo que se ha realizado en la pastoral de las vocaciones. El incremento de ésta debe abrir generosamente el corazón, con espíritu solidario y misionero, de tal manera que pue-

da prestarse la ayuda necesaria a otras Iglesias hermanas que padecen hoy penuria de sacerdotes.

Al mirar a María, Madre de la Iglesia y madre amorosa de los sacerdotes, en este momento tan solemne, cada uno se sentirá invitado a imitar su amor materno: "La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres" (*Lumen gentium*, 65).

"Pasa la figura de este mundo" (1 Cor 7, 31). Pasan las generaciones de todo pueblo y nación. Mas las palabras del Señor no pasan. Las palabras de Jesús pronunciadas en la última cena se harán ahora realidad por medio del sacramento del Orden que vamos a conferir a los candidatos aquí presentes. La Iglesia entera de Colombia en torno a sus Obispos, la Iglesia universal en torno al Sucesor de Pedro, dirige confiada su oración al Padre por estos diáconos que hoy, en la ciudad de Medellín, van a recibir el orden del presbiterado. Así sea.

Al final de la Misa el Papa dijo:

Es este un día de gozo y de esperanza para la Iglesia de Dios que peregrina en Colombia, así como para la Iglesia Universal. Pero la alegría que suscita esta floreciente primavera sacerdotal de ordenaciones, se ve profundamente turbada en mi alma y en la de todos los hijos de la Iglesia; más aún, diría que también en todas las personas sensibles a la exigencia de libertad y del debido respeto a los derechos fundamentales del hombre y del ciudadano.

Se ve profundamente turbada, digo, por la triste noticia de que Monseñor Pablo Antonio Vega Mantilla, obispo prelado de Juigalpa, y vicepresidente de la Conferencia Episcopal de Nicaragua, ha sido alejado por la fuerza de su prelatura y expulsado de su propia patria. Este casi increíble hecho me ha entristecido hondamente, tanto más por cuanto evoca épocas oscuras, aun no muy lejanas en el tiempo, pero que bien se podía razonablemente creer superadas en la acción llevada a cabo contra la Iglesia. Bien querría esperar que los responsables de esta decisión recapaciten sobre la gravedad de tal medida, que además contradice reiteradas afirmaciones de querer una pacífica y respetuosa convivencia con la Iglesia.

En mi solicitud pastoral por la Iglesia nicaragüense, elevo, junto con mi más viva deploración, mi ferviente plegaria al Altísimo para que asista con su gracia a Monseñor Vega, al clero, religiosos, religiosas y fieles de su prelatura de Juigalpa y a mis hermanos en el Episcopado, con el querido Cardenal Obando Bravo, y a toda la Iglesia de Nicaragua en estos momentos de prueba, en los que cuentan con la oración de toda la Iglesia y con mi entrañable Bendición Apostólica.

Acto seguido el Santo Padre improvisó las siguientes palabras:

Quiero agradecer a Dios Padre Todopoderoso por este día grande en la vida de la Iglesia Colombiana.

Quiero expresar mis felicitaciones al Pastor de la Iglesia de Medellín y a todos los Pastores de la Iglesia Colombiana.

Espero que este día providencial sirva al progreso espiritual de la Evangelización en vuestra patria, en América Latina y en otros continentes del mundo porque cada Iglesia debe ser también una Iglesia misionera.

Quiero confiar estos nuevos sacerdotes a la Madre Virgen, porque se han podido ordenar en sábado, día dedicado a la Madre de Cristo y Madre de la Iglesia.

Sea alabado Jesucristo.

DISCURSO A LOS POBRES Y MARGINADOS

MEDELLÍN, ESTADIO "ATANASIO GIRARDOT"
(05-07-1986)

Queridos hermanos y hermanas:

1. Es para mí motivo de profundo gozo encontrarme esta tarde con vosotros, sacerdotes y laicos comprometidos de parroquias pobres y obreras que, junto con numerosas delegaciones de los barrios populares, representáis sectores del país en los que se vive una particular situación de pobreza y marginación.

Sé bien que este encuentro, preparado con tanto esmero, significa la culminación de un largo y paciente trabajo de conjunto, encaminado a conocer y servir mejor a vuestras comunidades parroquiales.

El Papa está con vosotros. Me siento unido a cada uno de vosotros y a cuantos actúan como el buen samaritano con los hermanos más necesitados. Por ello, quisiera que mis palabras llegaran a todas las parroquias pobres de Colombia, y de modo particular a vuestros hogares, a vuestros barrios, a vuestros lugares de trabajo.

Cuando el cristiano pone sin reservas su confianza en el Padre Celestial, brota espontáneamente de su corazón una corriente de gratitud y esperanza. Sabemos que de Él proceden todos los dones; que quiere el bien de los más débiles, de los necesitados, de quienes llevan en sus rostros las huellas de Cristo sufriente.

Al contemplaros, venidos de diversos lugares de Colombia, y en

especial de las zonas industriales de Medellín, elevo a Dios mi ferviente acción de gracias por el don de la fe, que tan arraigada está en vuestros corazones. Lo hago con las palabras de Jesús: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a los pequeños" (Mt 11, 25). Esta plegaria de Cristo resuena con especial fuerza y significación esta tarde, porque a los humildes, a los sencillos son reveladas las riquezas del Reino de Dios.

2. En este pasaje del Evangelio de San Mateo, Jesús, el Hijo de Dios, nos revela el misterio de la paternidad divina, y "se alegra porque le ha sido posible revelar esta paternidad; se alegra, finalmente, por la especial irradiación de esta paternidad divina sobre los pequeños" (*Dominum et Vivificantem*, 20).

En la Iglesia, queridos hermanos y hermanas, experimentáis de modo especial la dignidad de hijos de Dios, que es el título más noble y hermoso a que puede aspirar el ser humano. Mantened siempre viva y operante dicha dignidad, en ella reside la grandeza que la Iglesia, Cuerpo de Cristo, cuida, tutela y promueve. Nadie tiene tantas razones para amar, respetar y hacer respetar a los pobres como la Iglesia, que es depositaria de la verdad revelada sobre el hombre, imagen de Dios, redimido por Cristo. El

anuncio de la Buena Nueva del Reino da razón de esta alegría que hoy compartimos, a pesar de las particulares dificultades de vuestra existencia. La reciente Instrucción sobre libertad cristiana y liberación pone oportunamente de relieve: "Tal es su dignidad (la de los pobres) que ninguno de los poderosos puede arrebatarla; tal es la alegría liberadora presente en ellos" (n. 21). Sí, los "pequeños", los pobres, "se sienten amados por Dios como todos los demás y más que todos los otros. Viven así en la libertad que brota de la verdad y del amor" (*Ibid.*).

Jesús proclama *bienaventurados* a los pobres en una afirmación que rompe la aparente solidez de criterios que pretenden identificar la felicidad con el goce de los bienes temporales, con poseer, con la riqueza material.

3. Jesús, que se hizo pobre para salvarnos, es el único que nos revela al Padre: "Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar" (Mt 11, 27). Con estas palabras, el Señor nos manifiesta sus relaciones inefables y únicas con su Padre, invitando así a sus oyentes a hacerse sus discípulos, "pequeños" pobres de espíritu.

En su dignidad de Hijo de Dios es donde radican los derechos de todo hombre, cuyo garante es Dios mismo. Por eso, la Iglesia obediente al mandato recibido, urge los deberes de solidaridad, de justicia y de caridad para con todos, particularmente para con los más necesitados. "La Iglesia amando a los pobres da también testimonio de la dignidad del hombre" (*Libertatis conscientia*, 68).

El señor Jesús en el Evangelio que hemos escuchado se muestra compasi-

vo y misericordioso con todos los que sufren: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré, tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mt 11, 28-29). He aquí una invitación y una llamada que hoy, en modo particular, deseo haceros a vosotros, sacerdotes y fieles de las parroquias menos favorecidas de Colombia; a vosotros los cansados y oprimidos por la pobreza, por la injusticia, por la falta de puestos de trabajo, por las insuficiencias en educación, salud, vivienda, por la insolidaridad de quienes pudiendo ayudarlos no lo hacen.

4. En vuestras personas, queridos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, que dedicáis vuestro generoso esfuerzo a servir a los más necesitados, quiero agradecer el trabajo apostólico de tantas personas que ven en los pobres "los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que cuestiona e interpela" (*Puebla*, 31). El trabajo de la Iglesia en favor de los más necesitados es un hecho que ha animado siempre la vida de las comunidades cristianas. Ese amor de preferencia ha de continuar siendo característica y labor prioritaria de la Iglesia, fiel a su Señor, pobre y humilde de corazón "el cual siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriqueciérais con su pobreza" (2 Cor 8, 9).

Representáis, amados sacerdotes, a numerosos hermanos en el sacerdocio de Cristo, que con gozo evangélico ejercen su ministerio en las parroquias más necesitadas. Yo os pido encarecidamente continuéis ilusionados en esa edificante tarea de asistencia y de santificación, mediante la Palabra y los Sacramentos, en comunión plena con vuestros Pastores y con las enseñanzas de la Iglesia e inspirados en su doctrina social. Estáis llamados a dar testi-

monio de santidad y entrega con vuestra propia vida y ministerio, conscientes de que la misión que desempeñáis es de carácter religioso espiritual. No se puede ir a los pobres sin un corazón de pobre, que sepa escuchar y recibir la Palabra de Dios tal como es. Por eso se necesitan apóstoles que sigan e imiten a Cristo en su vida de pobreza, sin ambiciones egoístas y con gran capacidad de escucha y de sensibilidad para con los hermanos. Vosotros mismos sois testigos del aprecio y gratitud de los fieles, cuando no se mezclan intereses de carácter ideológico o político, que son extraños al Evangelio o a las exigencias de vuestra vocación. Actitudes no conformes con la misión evangelizadora del sacerdote harían daño a la comunidad y lesionarían la integridad del ministerio que el Señor os ha confiado en su Iglesia.

5. Sé que realizáis un importante y significativo esfuerzo de pastoral social con miras a la *promoción humana y cristiana de los más pobres*. Hay que recordar que esta dimensión de la pastoral no consiste solamente en el esfuerzo profético de la denuncia de los males; tampoco puede reducirse, como sucede, a veces por desgracia, a consignas y estrategias socio-políticas. Esta pastoral debe ser un auténtico servicio a los más pobres desde el Evangelio.

Se trata de una *pastoral social* no exenta de dificultades. Por ello, necesita seguir muy de cerca los pasos del Señor Jesús y ser fiel a sus enseñanzas en el espíritu del Sermon de la Montaña; es necesario que se alimente de la savia de la fe, a la luz de la Palabra de Dios y en la fidelidad y amor a la Iglesia. Para asegurar su eficacia, dicha pastoral ha de enmarcarse en la pastoral de conjunto de cada Iglesia particular, con gran sentido de colaboración con to-

da la comunidad cristiana y en espíritu de comunión con el Presbiterio, unidos todos íntimamente con el Obispo.

La presencia de la Iglesia entre los pobres en modo alguno puede reducirse a la sola dimensión de la promoción humana en el campo de la justicia social. Su misión con ellos es tan amplia que abarca todos los campos de la acción pastoral. Su eje ha de ser una preocupación evangelizadora, ya que ésta, concebida integralmente, es el mejor servicio a los hermanos más necesitados (cf. *Puebla*, 1145). En tal sentido, una catequesis sólida y profunda, que enseñe sin ambigüedades lo que se debe creer, según los criterios del Magisterio auténtico, es un servicio esencial para la promoción cristiana y para la conciencia de la dignidad del pobre, de su vocación cristiana y de su pertenencia al Cuerpo Místico de Cristo.

6. La Iglesia no puede en modo alguno dejarse arrebatar por ninguna ideología o corriente política la bandera de la justicia, la cual es una de las primeras exigencias del Evangelio y, a la vez, fruto de la venida del Reino de Dios. Esto forma parte del amor de preferencia por los pobres y no puede desligarse de los grandes principios y exigencias de la doctrina social de la Iglesia cuyo "objeto primario es la dignidad personal del hombre, imagen de Dios, y la tutela de sus derechos inalienables" (*Puebla*, 475). Por ello, un aspecto insoslayable de la evangelización de los más pobres es dar mayor vigor a una *activa preocupación social*, guiados siempre por la Palabra de Dios, en sintonía perfecta con el Magisterio de la Iglesia y en íntima comunión con los Pastores. De la Palabra de Dios y de toda la tradición cristiana, en la que el pobre ha ocupado siempre un puesto de predilección, la Iglesia ha extraí-

do el mejor tesoro y el más rico patrimonio para su doctrina social.

La Iglesia colombiana por su parte ha querido estar al servicio de los pobres y no cesa de ratificar este compromiso. En su seno, y por iniciativa suya, nació la organización sindical obrera. En numerosas parroquias hay servicios completos de asistencia y de promoción, según el espíritu liberador del Sermón de la Montaña, poniendo de este modo en práctica la primera bienaventuranza: "Bienaventurados los pobres de espíritu" (Mt 5, 3). Recuerda oportunamente, la instrucción sobre libertad cristiana y liberación que "La Bienaventuranza de la pobreza proclamada por Jesús no significa en manera alguna que los cristianos puedan desinteresarse de los pobres. . . esta miseria es un mal del que, en la medida de lo posible, hay que liberar a los humanos" (n. 67).

Por ello la Iglesia, en su enseñanza social, advierte a los que tienen de sobra y viven en el lujo de la abundancia que salgan de la ceguera espiritual; que la dignidad humana no está en el solo "tener"; que tomen conciencia de la situación dramática de quienes viven en la miseria y padecen hambre. Les pide, por otra parte, que compartan lo suyo con los que nada o poco tienen para construir así una sociedad más justa y solidaria. "El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene" (*Gaudium et spes*, 35).

7. Al veros aquí tan numerosos reunidos en este estadio, traídos por el impulso de vuestra fe, me sale del corazón haceros un llamado a la solidaridad. La fe común en un Dios Padre y Misericordioso, la esperanza en una tierra nueva a cuya creación todos colaboramos con nuestra actividad, y el saber que, precisamente por ese Padre común, somos todos hermanos en Jesucristo, debe impulsarnos a buscar solidariamente las con-

diciones necesarias, para que lo que puede parecer una utopía se vaya haciendo realidad ya en la vida de vuestras comunidades.

Será esto fruto de la "noble lucha por la justicia", que no es una lucha de hermano contra hermano, ni de grupo contra grupo, sino que habrá de estar siempre inspirada en los principios evangélicos de colaboración y diálogo, excluyendo, por tanto, toda forma de violencia. La experiencia de siglos ha demostrado, cómo la violencia genera mayor violencia y no es el camino adecuado para la verdadera justicia.

La solidaridad a la que os invito hoy debe echar sus raíces más profundas y sacar su alimento cotidiano de la celebración comunitaria de la Eucaristía, el sacrificio de Cristo que nos salva. En la participación eucarística descubriremos la exigencia de solidaridad y de compartir como expresiones de la maravillosa realidad de que todos somos miembros de una única familia: la Iglesia, Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo.

Sé que hay entre vosotros cristianos ejemplares que llevan a cabo acciones comunes en favor de vuestros vecindarios y del bien común en general. A ello debe moveros la conciencia de vuestra propia dignidad que es el fundamento de vuestros derechos inalienables. Debe moveros, sobre todo, el amor de los unos para con los otros. Cada mujer, cada hombre, es un hermano, una hermana. Que también de vosotros pueda decirse como de los primeros cristianos: "mirad cómo se aman". Tened un solo corazón y una sola alma. Compartid como verdaderos hermanos. Así mantendréis en vuestras parroquias y en vuestras comunidades el espíritu de los "pequeños", a quienes viene revelado el mensaje del Reino. Así, os haréis igualmente dignos de la bienaven-

turanza prometida por el Señor: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mt 5, 3).

En este espíritu solidario, conscientes de que todos formamos una gran familia, cada uno debe hacer frente a sus propias responsabilidades para que todos los colombianos puedan disfrutar de unas condiciones de vida conforme con su dignidad de hijos de Dios y miembros de una sociedad que se precia de ser cristiana.

8. Mirando la realidad de muchos países en vías de desarrollo, en particular, en América Latina, vemos que en el complejo problema de la pobreza existen causas no sólo coyunturales, sino también estructurales, relativas a la organización socio-económica y política de las sociedades. Es este un factor que ha de ser tenido muy en cuenta. Pero detrás de estas causas está también la responsabilidad de los hombres que crean estructuras y organizan la sociedad, está el hombre con el pecado del egoísmo, causa radical de tantos males sociales. Por eso la Iglesia pide la conversión del corazón para que todos, en empresa solidaria, colaboren en la creación de un nuevo orden social que sea más conforme con las exigencias de la justicia.

Desde el corazón de esta ciudad de Medellín, que fue sede de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, quiero lanzar un nuevo llamado a la justicia social. Un llamado a los países desarrollados para que, superando los esquemas de una economía orientada casi exclusivamente en función del rendimiento máximo con miras a su sólo beneficio, busquen conjuntamente con los países en vías de desarrollo soluciones reales y efectivas a los graves problemas que cada día van asumiendo proporciones más preocupantes y cuyas

víctimas son casi siempre los más débiles.

Igualmente deseo invitar a los países de América Latina a que se empeñen en crear una auténtica *solidaridad continental*, que contribuya a encontrar vías de entendimiento en las graves cuestiones que condicionan su propio progreso y desarrollo en el ámbito de la economía mundial y de la comunidad internacional.

A los responsables colombianos en la política, la economía, la cultura, dirijo una apremiante llamado. La paz, tan necesaria, es obra de todos, y una paz verdadera será realidad sólo cuando se hayan eliminado las causas de la injusticia. Poned todo vuestro empeño para que se creen estructuras renovadas que permitan a todos los colombianos vivir en paz y armonía.

9. Al concluir este encuentro en la fe y en el amor que nos une, elevo mi ferviente plegaria a la Virgen de Chiquinquirá, Reina y Patrona de Colombia, para que aliente en vosotros, amados sacerdotes, hermanos y hermanas, el espíritu del Magnificat. "Dependiendo totalmente de Dios y plenamente orientada hacia El por el empuje de su fe, María, al lado de su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos. La Iglesia debe mirar hacia ella, Madre y Modelo, para comprender en su integridad el sentido de su misión" (*Libertatis conscientia*, 97). Este es mi ardiente deseo y mi confiada petición a Dios por todos y cada uno de vosotros, a quienes bendigo de todo corazón.

DISCURSO A LAS RELIGIOSAS Y MIEMBROS DE INSTITUTOS SEculares FEMENINOS

MEDELLIN, CATEDRAL
(05-07-1986)

Amadas Religiosas y personas consagradas:

1. Os saludo con afecto a todas vosotras que colmáis esta hermosa Basílica Catedral de Villanueva, venidas de la Arquidiócesis de Medellín, de la Provincia Eclesiástica y de otros lugares de Colombia. A otras muchas religiosas he encontrado ya en diversos momentos de mi visita pastoral. Mi saludo se extiende también a todas aquellas que no han podido acudir y que ofrecen su vida al Señor en la enfermedad, en la soledad, en escuelas, hospitales, ancianatos y, en fin, en los numerosos campos de la vida de la Iglesia, muchas veces cerca de los más pobres y marginados. Quiero rendir homenaje a las que en estos servicios caritativos dieron su vida por Cristo, especialmente con ocasión de desastres naturales o de ministerios en lugares difíciles y lejanos.

Afortunada esta Iglesia, que tiene un número considerable de Religiosas y personas consagradas, felices de ofrendarse al Señor, tanto en la vida contemplativa como en la activa. Vosotras sois prueba evidente del vigor eclesial. Sois también fruto y legado de personas santas, que se precedieron en este camino evangélico y en estas mismas tierras colombianas. En vuestras mentes estarán tantos nombres que, como la Sierva de Dios Madre Laura Montoya, gastaron generosamente sus vidas por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

2. Sé que como preparación a este encuentro, en este Año Mariano Nacional, habéis estudiado con cuidado el Magisterio pontificio sobre la vida consagrada. En efecto, en muchas ocasiones os he querido presentar las enseñanzas de la Iglesia, indicando las actuales exigencias evangélicas para responder a la esperanza que todo el Pueblo de Dios pone en vosotras.

En esta ocasión, deseo invitaros a reflexionar, como lo haréis después en el seno de vuestras comunidades, sobre *quiénes sois y qué representáis* en la Iglesia y en el mundo.

El ser profundo de vuestra vida consagrada consiste, como bien sabéis, en un don permanente de Dios que se traduce en entrega esponsal y total al Señor. Vuestra donación es una respuesta incondicional a una declaración de amor, que se nutre en la fe y en la oración, a ejemplo de la Virgen María, modelo perfecto de unión con Cristo Redentor. "El punto directo de referencia de una vocación así es la persona viva de Jesucristo" (Exh. Apost. *Redemptionis donum*, 6). Ante el anuncio evangélico al intuir la sublime misión a que era llamada, Nuestra Señora se ofreció como "la esclava del Señor". La palabra "esclava" es un término que indica generosidad sin límites, expresión de amor encendido a la voluntad de Dios, actitud responsable de una personalidad madura. Es la proyección de la fecundidad de la fe.

"Bienaventurada tú que has creído" (Lc 1, 45), es la alabanza de Isabel a María. "Bienaventurados los que oyen la Palabra de Dios y la ponen en práctica" (Lc 8, 12), es la categórica afirmación de Jesús que indica en el dócil acatamiento la condición para formar parte de la comunidad de los "suyos" (cf. Jn 13, 1). La síntesis de vuestra vida, en la fidelidad y la docilidad, resuena por los siglos en labios de María a través de su cántico de esperanza: "Mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava" (Lc 1, 46).

3. No busquéis pues otro camino para la alegría honda y serena de la vida consagrada, porque no existe más que éste: el del abandono activo y responsable en aras de la voluntad de Dios, tanto en los momentos de oración y contemplación, como en los momentos de acción apostólica.

Por la oración contemplativa— como la Santísima Virgen, quien conservaba y ponderaba en lo íntimo de su corazón la Palabra de Dios (cf. Lc 2, 19-51)— os convertís en testigos audaces de la presencia del Señor y sois signos, ante el mundo, del encuentro definitivo con Él. La capacidad de contemplación se os convierte en capacidad de influjo evangelizador, la capacidad de silencio se os transforma en capacidad de escucha, y de donación a los hermanos.

Todo esto se compendia en el espíritu y la práctica de los consejos evangélicos, sobre todo a través de la profesión de los mismos ante la Iglesia. No consintáis que los compromisos de pobreza, castidad y obediencia pierdan su genuina significación religiosa que es de seguimiento evangélico a la luz de la fe. No ignoráis que existe, a veces, una cierta tendencia a vaciar el verdadero contenido evangélico de estos compromisos. Vuestra vida comunitaria y vuestro carisma específico serán la mejor escuela para aprender la autenticidad del seguimiento de Cristo y perseverar en él.

4. En la vida consagrada, la castidad o virginidad es "la expresión del amor esponsal por el Redentor mismo" (Exhort. Apost. *Redemptionis donum*, 11); estáis desposadas con Cristo que os llama al encuentro con Él no sólo en la contemplación sino también en los innumerables campos de la caridad. La pobreza evangélica es el desapego de todas las cosas para darse a sí misma por amor al Señor; por esta pobreza os hacéis pues don de vosotras mismas para todos los hermanos, a imitación de "Jesucristo que, siendo rico, por nosotros se hizo pobre" (2 Cor 8, 9). La obediencia sólo puede entenderse y vivirse como participación esponsal en la inmolación de Cristo, que "se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz" (Fil 2, 8). En medio de la comunidad eclesial sois un signo peculiar de Cristo crucificado por amor, ésta es vuestra teología de la cruz. Todos los hermanos, pero especialmente los pobres y los que sufren, necesitan ver en vosotras el modo de mirar, amar, escuchar, vivir y servir a Cristo, Buen Pastor, que vivió y murió amando y perdonando.

Sí, amadas hermanas. Vosotras mismas podéis atestiguar cuánta fuerza y alegría produce la verdadera entrega. Cuando se pretende arrancar la cruz y el sacrificio de la vida consagrada, ésta se hace estéril. En lugar de la alegría serena y contagiosa, propia de la experiencia de la intimidad con el Señor y de la vida en el Espíritu, crece la amargura y la sensación de frustración. El sufrimiento se vence amando y encontrando en él un nuevo modo de servir a los hermanos. El gozo de la maternidad espiritual, que es gozo del Espíritu Santo, brota en el corazón solamente cuando se ha sabido transformar el sufrimiento en donación y servicio

(cf. Jn 16, 21-22). "Cuanto más fervientemente se unen con Cristo por esa donación de sí mismos, tanto más fructífera se hace la vida de la Iglesia y más vigorosamente se fecunda el apostolado" (*Perfectae caritatis*, 1).

5. Sólo unidas a Cristo *representáis un signo liberador de santidad*, como el de María, portadora de Cristo en todo momento, "la gran señal" (*Ap* 12, 1), "Estrella de la evangelización" (Exhort. Apost. *Evangelii nuntiandi*, 82), La Buena Nueva es Cristo, muerto y resucitado, por esto, sólo podréis evangelizar si lo lleváis en vuestros corazones y le transparentáis en vuestras vidas. El Señor se quiere transparentar tal como es y vivió: casto, pobre y obediente, para dar la vida por el mundo "según el mandato del Padre" (*Jn* 10, 18).

El reto que el mundo de hoy lanza a la Iglesia, preguntando por una *esperanza liberadora*, solamente se soluciona presentando una vida que transparente las bienaventuranzas, es decir, el mensaje evangélico de *reaccionar amando* en toda circunstancia. Para ello es necesario hacer de vuestras vidas un *Magnificat*, es decir, un "sí" gozoso, un canto a la misericordia divina que libera a los pobres. Pero este *Magnificat* sólo es posible cuando se ofrece la propia vida en la actitud de "estar en pie", como María, junto a la cruz de Cristo. Esta es vuestra *teología de la cruz*.

6. Anunciáis al Señor con vuestra vida y con vuestro trabajo, siempre en comunión con la Iglesia. Mantened invulnerable la unidad con el sucesor de Pedro y con los Obispos, sucesores de los Apóstoles, con apertura y sincera sumisión al Magisterio. La Iglesia quiere que os alimentéis con el pan de la Palabra de Dios, tal como se predica y vive en la Iglesia. Así podréis sentirlos en clara sintonía con los genuinos valores del Concilio y de las Conferencias de Medellín y Puebla.

Vuestra consagración no se puede entender sin un gran amor a la Iglesia, como lo hemos recordado en la Exhortación Apostólica *Redemptionis donum*: "En el apostolado que desarrollan las personas consagradas, su amor esponsal por Cristo se convierte de modo casi orgánico en *amor por la Iglesia* como Cuerpo de Cristo, por la Iglesia como Pueblo de Dios, por la Iglesia que es a la vez esposa y Madre" (n. 15). Este amor a la Iglesia, tan arraigado en vuestros corazones, encuentra en María su personificación, figura y modelo. Perseverando con ella en los momentos de Calvario, sentiréis que la Iglesia es el fruto del amor de Cristo Esposo muerto en cruz, de cuyo costado brota sangre y agua (*Jn* 19, 34). Dando la vida por su esposa la Iglesia (cf. *Ef* 5, 25), Cristo Esposo le ha comunicado el agua de vida del Espíritu: Con María en los momentos de Cenáculo, sabréis comprender y vivir la naturaleza misionera de la madre Iglesia que se prepara continuamente para recibir nuevas gracias del Espíritu Santo (cf. *Hech* 1, 14) y para ser "sacramento universal de salvación" (*Ad gentes*, 1).

La Iglesia deposita pues en la vida consagrada una gran confianza. ¡Qué fermento de renovación y perennidad para la Iglesia viene de la vida silenciosa y apartada del claustro, donde almas escogidas se ofrecen a Dios en la contemplación, la alabanza, el sacrificio!

Vuestra participación en el apostolado de la Iglesia nace de vuestro amor esponsal a Cristo. Siendo fieles a la comunión con la Iglesia, siempre en colaboración pronta con los Obispos como principio de unidad en sus Iglesias particulares, sabréis y podréis colaborar con plena disponibilidad a la evangelización de todos los pueblos, ayudando principalmente a las comunidades eclesiales más necesitadas. Vosotras seréis así un estímulo eficaz en esta hora misionera de

América Latina.

7. Pido a todas las presentes que prestéis generosamente vuestra colaboración a los Pastores, según las características del propio carisma, para la animación espiritual y apostólica de toda la comunidad eclesial. Las Superiores, siguiendo las indicaciones de la Santa Sede y de los Obispos, velarán para que tan preciosa heredad del Señor, como es la vida consagrada, conserve siempre el espíritu de la vocación de seguimiento radical a Cristo. "El mundo tiene necesidad de la auténtica contradicción de la consagración religiosa... y de este testimonio de amor" (Exhort. Apost. *Redemptionis donum*, 14). Ello es un estímulo constante a prestar la más delicada atención a todas las personas consagradas, mediante la formación permanente, en la dirección espiritual y en el cuidado solícito de los carismas recibidos.

Que la Virgen María os lleve siempre de su mano, amadas servidoras del Señor, y suscite entre vosotras, anhelos de santidad evangélica como los que, a través de vuestros Fundadores y Fundadoras, dieron origen a vuestro estilo de vida consagrada y misionera en esta bendita tierra de Colombia. A todas os bendigo de corazón.

DISCURSO A LOS INTELLECTUALES EN EL SEMINARIO DE MEDELLIN

MEDELLIN, SEMINARIO
(05-07-86)

Señor Cardenal,
Excelentísimos e Ilustrísimos señores,
Señores Rectores, Consejos Directivos
y Profesores,
Responsables de la pastoral universitaria,
Amigos de la cultura y de la ciencia,
Queridos estudiantes:

Al término de una intensa jornada, ya al final de mi visita a Medellín, no puedo dejar esta entrañable ciudad sin

encontrarme con vosotros, hombres y mujeres de ciencia y de cultura. Siento esto como un obligado tributo que el Papa y la Iglesia os deben, y como un gesto vuestro de acoger como natural y obvia la presencia de la Iglesia y del Papa. Permitidme que a este motivo añada otro de orden, por así decir, vital: el encuentro con los jóvenes, los numerosos jóvenes estudiantes, de los que ahora solamente puedo encontrar a algunos

representantes; el miércoles pasado, en "El Campín" de Bogotá, tuve la alegría de sentirlos muy cercanos y en gran número.

La Iglesia necesita de la cultura, lo mismo que la cultura necesita de la Iglesia. Lo he dicho ya en otras ocasiones y lo repito ahora a vosotros, añadiendo que la Iglesia, en la elección e intercambio de bienes entre fe y cultura, piensa preferencialmente en los jóvenes (cf. *Puebla*, 1186) y espera de ellos, a su vez, una adhesión preferencial.

Heme aquí pues para compartir con vosotros algunas reflexiones sobre esta realidad fundamental en la vida de los hombres y de los pueblos, que es la cultura.

1. La Universidad, centro ideal para la maduración de una nueva cultura.

La Universidad es un centro ideal para la maduración de una nueva cultura. Los jóvenes proporcionan a este proceso la fuerza vital y la aceleración necesarias para llevar a cabo un cambio de cualidad.

Es un hecho que las Universidades como tales, sea en su acepción de conjunto de profesores y de estudiantes, sea como centros donde el saber, globalmente considerado, se hace objeto de investigación, enseñanza y aprendizaje, son un campo propicio, para orientar eficazmente la cultura y la sociedad de una nación, de un continente. Por ello también la Iglesia, con el debido respeto de las recíprocas autonomías, pretende renovar y reforzar los vínculos que la ligan a las Universidades colombianas desde la fundación misma de éstas.

Vuestro país dispone de 50 Universidades, sin contar los Institutos y los Centros de investigación, las Academias, los Museos, etc. Se trata de un importante patrimonio de

ciencia y de cultura, que es motivo de justificado orgullo, pero al mismo tiempo, es un instrumento de grave responsabilidad ante Dios y ante el pueblo colombiano para el futuro de esta noble nación. Mirad con esperanza el futuro, pero también con un ponderado sentido de realismo y lealtad. La Universidad debe servir al país en el esfuerzo común por construir una sociedad nueva, libre, responsable, consciente del propio patrimonio cultural, justa, fraterna, participativa, donde el hombre, integralmente considerado, sea siempre la medida del progreso.

En el camino hacia esta espléndida meta, habrá que superar graves dificultades, que vosotros bien conocéis. Desde la misión sobrenatural que le confió su Fundador la Iglesia os acompaña. En este sentido ella siente su propio ministerio como conatural con la Universidad y la escoge como una "opción clave y funcional de la evangelización" (*Puebla*, 1055), no por afán de dominio sino para el servicio del hombre.

La cultura, en efecto, como tuve oportunidad de indicar hace algunos años en mi visita a la UNESCO, debe llevar al hombre a su realización plena en su transcendencia sobre las cosas; ha de impedir que se disuelva en el materialismo de cualquier índole y en el consumismo, o que sea destruido por una ciencia y una tecnología al servicio de la codicia y de la violencia de poderes opresivos, enemigos del hombre. Es necesario que los hombres y mujeres de cultura estén dotados no sólo de comprobada competencia, sino también de una clara y sólida conciencia moral, con lo cual no tendrán que subordinar su propia acción a los "imperativos aparentes", hoy dominantes; sino que sirven con amor al hombre, "al hombre y a su autoridad moral, que proviene de la ver-

dad de sus principios y de la conformidad de sus actos con esos principios" (Discurso a la UNESCO, 2 junio 1980, n. 11).

La Universidad, que por vocación debe ser una institución desinteresada y libre, se presenta como una de las instituciones de la sociedad moderna capaces de defender, juntamente con la Iglesia, al hombre como tal; sin subterfugios, sin ningún otro pretexto y por la única razón de que el hombre tiene una dignidad única y merece ser estimado por sí mismo.

Dedicad, por tanto, en diálogo fecundo con la Iglesia local y universal, todo medio legítimo a esta noble finalidad: enseñanza, investigación, actitud de escucha y de colaboración, disponibilidad para cambiar y comenzar de nuevo pacientemente.

2. Servicio a la profundización de la identidad cultural.

En este noble cometido de defensa y promoción del hombre integral, vosotros prestáis un servicio a la toma de conciencia y a la profundización de la identidad cultural de vuestro pueblo. La identidad cultural es un concepto dinámico y crítico: es un proceso en el cual se recrea en el momento presente un patrimonio pasado y se proyecta hacia el futuro, para que sea asimilado por las nuevas generaciones. De este modo se asegura la identidad y el progreso de un grupo social.

La cultura, exigencia típicamente humana, es uno de los elementos fundamentales que constituyen la identidad de un pueblo. Aquí hunde sus raíces su voluntad de ser como tal. Ella es la expresión completa de su realidad vital y la abarca en su totalidad: valores, estructuras, personas. Por ello la evangelización de la cultura es la forma más radical, global y profunda de evangelizar un pueblo. Hay valores típicos que

caracterizan a la cultura latinoamericana, cuales son, entre otros, el anhelo de cambio, la conciencia de la propia dignidad social y política, los esfuerzos de organización comunitaria, sobre todo en los sectores populares, el creciente interés y respeto de la originalidad de las culturas indígenas, la potencialidad económica para hacer frente a las situaciones de extrema pobreza, las grandes dotes de humanidad que se manifiestan, sobre todo en la disponibilidad para acoger a las personas, para compartir aquello que se tiene y para ser solidarios en la desgracia (cf. *Puebla*, 1721). Apoyándose sobre estos valores indudables se pueden afrontar los desafíos de nuestro tiempo: el movimiento migratorio del campo a la ciudad, el influjo de los medios de comunicación social con sus nuevos modelos de cultura, la legítima aspiración de promoción de la mujer, el advenimiento de la sociedad industrial, las ideologías materialistas, el problema de la injusticia y de la violencia...

En este contexto del servicio a la identidad cultural de vuestro pueblo, no está fuera de lugar recordarnos que "la educación es una actividad humana en el orden de la cultura" (*Puebla* 1024); no sólo por ser "la primera y esencial tarea" de ésta (Discurso a la UNESCO, n. 11), sino también porque la educación juega un papel activo, crítico y enriquecedor de la cultura misma. La Universidad, por ser lugar eminente de educación en todos sus componentes —personas, ideas, instituciones— puede proporcionar una contribución que va más allá de la pura conciencia de la identidad cultural nacional y popular. La educación, como tal, impartida por ella, puede ofrecer una profundización y un enriquecimiento de la cultura misma del país.

3. Fe y cultura

Al dirigirme hoy a vosotros, dignos representantes del mundo intelectual y cultural colombiano, en especial, a los laicos comprometidos, deseo lanzar una llamada a que participéis activamente en la creación y defensa de una auténtica cultura de la verdad, del bien y de la belleza, de la libertad y del progreso, que pueda contribuir al diálogo entre ciencia y fe, cultura cristiana, cultura local y civilización universal.

La cultura supone y exige una "visión integral del hombre" entendido en la totalidad de sus "capacidades morales" y espirituales, en la plenitud de su vocación. Aquí es donde radica el nexo profundo, "la relación orgánica y constitutiva", que une entre sí a la fe cristiana y a la cultura humana (Discurso a la UNESCO, n. 9): la fe ofrece la visión profunda del hombre que la cultura necesita; más aún, solamente ella puede proporcionar a la cultura su último y radical fundamento. En la fe cristiana la cultura puede encontrar alimento e inspiración definitiva.

Pero la conexión entre fe y cultura actúa también en dirección inversa. La fe no es una entidad etérea y externa a la historia, que, en un acto de pura liberalidad, ofrezca su luz a la cultura, quedándose indiferente ante ella. Al contrario, la fe se vive en la realidad concreta y toma cuerpo en ella y a través de ella. "La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no acogida plenamente, no pensada por entero, no fielmente vivida" (Discurso a la UNESCO, n. 9). La fe compromete al hombre en la totalidad de su ser y de sus aspiraciones. Una fe que se situase al margen de lo humano, y, por tanto, de la cultura, sería una fe infiel a la plenitud de cuanto la palabra de Dios manifiesta y revela, una fe decapitada, más aún, una fe en proceso de

autodisolución. La fe, aun cuando trascienda la cultura y por el hecho mismo de trascenderla y revelar el destino divino y eterno del hombre, crea y genera cultura.

4. Funciones de las Universidades católicas

En este diálogo entre fe y cultura, corresponde de modo particular a las Universidades católicas colombianas un servicio especial a la Iglesia y a la sociedad. Su primera obligación consiste en reflejar, sin disimulos, su propia identidad católica, encontrando su "significado último y profundo en Cristo, en su mensaje salvífico, que abraza al hombre en su totalidad" (Discurso a los Universitarios católicos, México, 31 enero 1979, n. 20) y tratando de construir entre todos "una familia universitaria" (15).

En este marco se sitúa —con las características que le son propias— la pastoral universitaria. Apostolado difícil, pero urgente y rico de posibilidades. Lo sabéis bien vosotros, los responsables de esta importante actividad de la Iglesia local, que dedicáis a ella generosamente tiempo y energía. Os alieno vivamente a continuar en vuestro esfuerzo por llevar a cabo, en espíritu de colaboración y sentido eclesial, una eficaz presencia pastoral en las Universidades, sean éstas públicas o privadas.

Las Universidades católicas trabajen, en sano y leal espíritu de emulación con las demás Universidades, por potenciar el nivel científico y técnico de sus Facultades y Departamentos, la competencia y dedicación del profesorado, estudiantes y personal auxiliar. Colaboren activamente con los demás centros universitarios, manteniendo un recíproco intercambio; estén presentes, además, en los organismos interuniversitarios nacionales e internacionales. Mantengan frecuentes contactos con la Congregación para la Educación

Católica y con el Pontificio Consejo para la Cultura. De este modo, contribuirán, activa y eficazmente, a la promoción y renovación de vuestra cultura, transformándola por la fuerza evangélica e integrando en armoniosa unidad los elementos nacionales, humanos y cristianos.

Permitidme que, en esta ocasión, dedique un saludo de elogio a la benemérita Universidad Pontificia Bolivariana de esta ciudad de Medellín, que celebra el quincuagésimo aniversario de su fundación. Ella goza de un sólido prestigio en Colombia por sus iniciativas culturales al servicio de la región de Antioquia y de todo el país. Vaya mi cordial felicitación a todos vosotros, al Señor Cardenal y Gran Canciller, Sr. Rector, Consejo Directivo, Grupo de Fundadores, Antiguos Alumnos y Delegados de los estudiantes aquí presentes, junto con mis fervientes votos de que, como vanguardia de la Iglesia particular de Medellín, puedan alcanzar las metas que he propuesto.

5. Conclusión

Llegado ya el momento de despe-

dirnos, no puedo hacerlo sin antes expresar a todos los presentes mi agradecimiento por vuestro empeño y contribución en favor de la cultura y de la ciencia. Os pido transmitáis a todos vuestros colegas la gratitud del Papa y de la Iglesia.

¡La Iglesia tiene necesidad de vosotros! Digo más: ¡la Iglesia tiene necesidad de América Latina! A las puertas ya del tercer milenio cristiano y en la preparación inmediata del Vº Centenario de la evangelización de América, deseo expresar desde Colombia el augurio de que, en benéfico intercambio, lleguen a la Iglesia universal los dones de las variadas, ricas y originales culturas latinoamericanas, en las que el cristianismo se ha encarnado de manera profunda.

A mi palabra de aliento por vuestra meritoria labor, uno mi plegaria al Todopoderoso para que os asista en vuestras tareas, mientras bendigo de corazón a todos los presentes, las Instituciones que representáis y a vuestras familias.

HOMILIA SOBRE EL LAICADO EN BUCARAMANGA

BUCARAMANGA. CIUDADELA REAL DE MINAS
(06-07-86)

Queridos Hermanos en el Episcopado,
amadísimos hijos e hijas:

1. "La gracia y la paz sean con vosotros de parte de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo" (Gal 1, 3). ¡Recibid todos un cordial saludo de paz y de fraternidad en Cristo!

Elevo mi ferviente acción de gracias a Dios, que me ha deparado la alegría de este encuentro con tantos fieles hijos de la Iglesia, que viven y trabajan en estas tierras montañosas de Santander. Hombres y mujeres que guardan en sus corazones, como en sagrado relicario, el tesoro de la fe y del amor a Cristo. Pueblos de acendrada devoción a la Virgen María, conservada como tradición bendita en el santuario de los hogares. Que Dios bendiga a estos pueblos con hogares cristianos para que sean escuela de virtud y de trabajo, templos de fe y de oración. ¡Paz a vuestras casas! (cf. Lc 10, 5).

Vaya mi saludo a los Pastores de las Provincias eclesísticas de Bucaramanga y de Nueva Pamplona. Paz y bien al pueblo de Dios de estas dos arquidiócesis y de las diócesis de Arauca, Barrancabermeja, Cúcuta, Ocaña, Socorro, San Gil, y de la Prelatura de Tibú.

Saludo también de todo corazón a los representantes de los laicos de todo el país, convocados y reunidos en esta ciudad de Bucaramanga. Con fe y entusiasmo habéis exclamado en el Salmo responsorial: "Jesucristo, Jesucristo, yo estoy aquí". Habéis querido con ello proclamar vuestra disponibilidad y entrega a la causa del Evangelio. En la narración del evangelista San Lucas que acabamos de oír, el Señor designa y envía setenta y dos discípulos a todos los pueblos y lugares a donde él pensaba ir. Además de los doce Apóstoles y siguiendo su testimonio, muchos otros son llamados y enviados por el Señor para que a lo largo de los siglos y hasta nuestros días fueran precursores, mensajeros y testigos que anuncien la presencia y llegada de Cristo y proclamen el advenimiento del Reino de Dios.

Vosotros formáis parte de esta multitud ininterrumpida de discípulos que, de generación en generación, en todos los pueblos y ciudades, en todas las culturas, ambientes y naciones, son testigos y pregoneros de la cercanía de ese Reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz (cf. *Lumen gentium*, 36). Repetid una vez más con fuerza, aquí en Bucaramanga, para que el eco llegue a todos los rincones de Colombia: "Jesucristo, Jesucristo, yo estoy aquí". ¡Aquí estamos como discípulos; aquí estamos como "Christífideles"!

2. Este es el primer título de dignidad y responsabilidad con que el Concilio Vaticano II nombra a los laicos, es la comunión de todos los hermanos en la fe.

Con la presencia e inspiración vigorosas del Espíritu de Dios, el Concilio Vaticano II quiso ser un eco renovado y potente de ese llamado de Cristo para movilizar las energías cristianas de todos los bautizados, para convocarlos a la santidad de los auténticos discípulos, para enviarlos por los caminos del hombre con el ímpetu de una "nueva evangelización", para animarlos en el esfuerzo de creación de formas de vida más dignas del hombre hacia el horizonte de la civilización del amor.

Mas, como reconocían también los Padres Conciliares, "la mies es mucha y los obreros pocos" (Lc 10, 2). El campo de labor que se abre hoy ante los ojos del apóstol es inmenso y, al mismo tiempo, variado y complejo. No faltan las ciudades que, ayer como hoy, no escuchan y rechazan a los discípulos del Señor, enviados "como corderos en medio de lobos" (Lc 10, 3). El materialismo, el consumismo, el secularismo han obnubilado y endurecido el corazón de muchos hombres. Pero hay muchas casas y ciudades que viven en la ley del Señor, que reciben "como río la paz", según las palabras del Profeta Isaías (Is 66, 12). ¡La mies es abundante! ¡Se necesitan muchos brazos que trabajen en la construcción del Reino de Dios!

Por eso el Concilio Vaticano II destacó con claridad y fuerza particulares, que toda vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación al apostolado (cf. *Apostolicam actuositatem*, 3), invitando a todos los laicos a redescubrir su dignidad bautismal de discípulos del Señor, de obreros de la mies, y a reavivar su responsabilidad apostólica ante la magnitud de la tarea.

3. Por el bautismo y la confirmación, por la participación en el sacerdocio de Cristo, como miembros vivos de su Cuerpo, los laicos participan en la comunión y en la misión de la Iglesia. La Iglesia quiere y necesita laicos santos que sean discípulos y testigos de Cristo, constructores de comunidades cristianas, transformadores del mundo según los valores del Evangelio. Guiados por vuestros Pastores, estáis todos invitados a participar activamente en esta misión de salvación: jóvenes, ancianos, pobres y ricos, hombres y mujeres, doctos e iletrados. Para todos hay una tarea en la misión de anunciar que "el Reino de Dios está cerca" (Lc 10, 9).

El campo de trabajo del laico en la misión de la Iglesia se extiende a todos los ambientes y situaciones de la convivencia humana. Así lo afirmó mi venerado predecesor el Papa Pablo VI en la Exhortación Apostólica "Evangelii nuntiandi". "El campo propio de su actividad evangélica es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación social, así como de otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y de los jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento" (*Evangelii nuntiandi*, 70).

Los laicos, fieles a vuestra identidad secular, debéis vivir en el mundo como en vuestro ambiente y realizar allí una presencia activa y evangélica, dinámica y transformadora, como la levadura en medio de la masa, como la sal que da sentido cristiano a la vida del trabajo, como la luz que brilla en las tinieblas de la indiferencia, del egoísmo y del odio.

4. Esto se traduce, aquí y ahora, para Colombia, en el compromiso y contribución de los cristianos laicos para asegurar condiciones económicas, sociales, culturales y religiosas que favorezcan la unidad y estabilidad de las familias, que refuercen el sentido de respeto a la vida, que ataquen las causas profundas de la violencia y del terrorismo, que combatan todas las formas de corrupción del tejido social; que lleven adelante con valentía modelos y estrategias de desarrollo capaces de ir superando situaciones estridentes de injusticia, desigualdad, marginación y pobreza; que

promuevan la iniciativa, la autogestión, la corresponsabilidad y participación en la vida pública; que dignifiquen el trabajo y lo extiendan cada vez más como derecho de todos; que tengan horizontes amplios en el diálogo, solidaridad e integración de la gran familia latinoamericana.

La Conferencia de Puebla señaló la contradicción existente entre el sustrato cultural católico a nivel popular y nacional, y las "estructuras" sociales, económicas y políticas que manifiestan y generan injusticias derivadas del pecado. Urge, pues, que se ponga en práctica con más dedicación, creatividad y eficacia esa opción de Puebla en pro de la evangelización y crecimiento cristiano de los laicos "constructores de la sociedad". Los retos que se presentan en este tramo final del segundo milenio cristiano son enormes y complejos. No hemos de cesar, pues, de pedir "al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Lc 10, 2).

5. La presencia y contribución del cristiano laico en la vida multiforme de la sociedad colombiana no puede disociarse de su participación en el seno de las comunidades cristianas. ¡Todo lo contrario! La fuerza constructora liberadora de la presencia de los cristianos en el orden social, la identidad y originalidad de su aportación, se inspira y alimenta de su profundo arraigo y participación en la comunión eclesial. La fuente de todo apostolado y, en especial, de la animación cristiana de lo temporal, se encuentra en la íntima unión del creyente con Cristo.

Laico colombiano, ¡Cristo te llama! Cristo te espera para que contribuyas también en la edificación del Reino de Dios. Hay pues, que alentar la intensidad y multiplicidad de formas de participación de los laicos en las comunidades cristianas, su vida litúrgica, en sus programas y consejos pastorales, en sus ministerios laicales, en la práctica y testimonio de la caridad. Hay que superar toda separación entre la fe y la vida. La formación cristiana de los laicos requiere una pedagogía pastoral que ilumine y oriente toda su vida con la luz y la fuerza de la fe. La fe profesada tiene que convertirse en vida cristiana. Prevalezca siempre la unidad y comunión eclesiales en la verdad y en la caridad, bajo la guía de los Obispos, padres y maestros en la fe. En la obediencia a los Pastores y a la sana doctrina, sepan reaccionar los laicos contra todo intento o manipulación que trate de sembrar la división y la discordia. "Desead la paz a Jerusalén" (Sal 122, 6) rezábamos en el Salmo responsorial; que la nueva Jerusalén, que es la Iglesia, sea "como una ciudad bien unida y compacta" (Sal 122, 3) en la fraternidad y el amor.

6. Dirigiéndome a los hombres y mujeres, cristianos comprometidos de Colombia, deseo presentar un saludo particular a los miembros del Consejo Nacional de Laicos. Sé que este Organismo cuenta ya con varios años de servicio activo en íntima colaboración con la Conferencia Episcopal. A todos aliento para que el próximo Sínodo de los Obispos, de 1987, que versará sobre "la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en la sociedad", contribuya a movilizar, ya desde la visita del Papa, nuevas energías de santidad y apostolado que hagan cada vez más fecunda su misión.

Deseo dirigir también una palabra de saludo, reconocimiento y homenaje a la mujer colombiana; a la mujer de toda América Latina. Bien ha sido dicho que la mujer ha desempeñado un papel providencial en la conservación de la fe, de los pueblos latinoamericanos de generación en generación. Humildes y fuertes mujeres del pueblo cristiano han sido y continúan siendo como ángeles custodios del alma cristiana de América Latina; pedagogas de la fe, discretas, perseverantes y fieles, en la familia y en la comunidad nacional. A imitación de María, la llena de gracia, que en-

carnó el Evangelio y nos entregó a Jesús, fruto bendito de su vientre, la mujer cristiana tiene en los designios divinos una misión muy importante que cumplir en la historia de la salvación. Lo confirma la historia de la evangelización en este continente de la esperanza.

7. Queridos hijos, hermanos, amigos: me llevo en el corazón el testimonio de vuestra disponibilidad y prontitud para acoger el llamado del Señor y convertirlos en sus discípulos, conscientes de que la mies es mucha y los obreros pocos. Me llevo la resonancia de vuestro canto, que es plegaria y compromiso: "Jesucristo, Jesucristo yo estoy aquí". Me llevo el testimonio de vuestra entrega a la causa del Evangelio, para colocarlo ante el sepulcro de los apóstoles Pedro y Pablo y ofrecerlo, con toda la Iglesia, a Cristo Redentor y Señor de la historia.

Os recuerdo nuevamente la palabra del Señor que hemos escuchado en esta celebración eucarística, exhortándonos a los dos grandes amores que han de inspirar y penetrar la vida del laico cristiano, la vida del apóstol: el amor a Cristo crucificado por nuestros pecados y resucitado por nuestra salvación; el amor a la Iglesia, la Jerusalén celeste, que como madre y maestra nos acoge en su amor, nos alimenta con los sacramentos, nos acompaña en nuestro caminar hacia la patria definitiva.

Católicos colombianos, la mies es abundante en esta tierra fecunda bendecida por Dios con la semilla de su palabra hace casi cinco siglos.

Mientras elevo mi ferviente plegaria al Señor para que no falten brazos ni corazones generosos que vengán a trabajar en su mies, invoco sobre todos vosotros la protección de la Santísima Virgen e imparto con afecto mi Bendición Apostólica.

ALOCUCION SOBRE LA OBRA EVANGELIZADORA EN AMERICA

CARTAGENA. CAMPO DE CHAMBACU
(06-07-86)

Queridos hermanos en el Episcopado.
Amadísimos hermanos y hermanas:

1. ¡Qué hermoso y significativo es el canto que acaba de salir de vuestros labios y de vuestro corazón!

"Anunciaremos tu Reino, Señor, tu Reino, Señor, tu Reino".

Desde las orillas del Mar Océano, camino providencial del Evangelio, en la histórica y heroica ciudad de Cartagena de Indias, saludo con afecto a todos los que esta noche habéis querido congregaros para conmemorar y dar gracias a Dios por la evangelización de América.

Os saludo, hermanos Obispos de la Costa Atlántica, Pastores de las sedes más antiguas de Colombia y de las circunscripciones eclesíásticas que de ellas han surgido. En particular, al Arzobispo de Cartagena y a los Ordinarios de esta provincia eclesíástica: Magangué, Montería, Sincelejo y Alto Sinú.

Os saludo, sacerdotes, misioneros, religiosos y laicos comprometidos que continuáis con ejemplar dedicación la labor de llevar el Evangelio a todos sus ambientes.

Os saludo, fieles de Cartagena y de la costa, que con gozo y entusiasmo habéis esperado este encuentro de fe y amor.

Nos hallamos al pie del Cerro de la Popa, desde donde la Madre de Dios, la Virgen de la Candelaria, cuya venerada imagen vamos a coronar solemnemente, protege desde hace más de cuatro siglos al pueblo que aquí peregrina.

Este santuario, vigía de la fe de un pueblo, se erige esta noche en signo glorioso de los quinientos años transcurridos desde el comienzo de la obra evangelizadora de la Iglesia en América. Bajo la mirada de María, la Virgen fiel, Madre de todos los hombres, os invita a profundizar en lo que ya indiqué en la ciudad de Santo Domingo, esto es, en el significado y las perspectivas de la celebración de este centenario, que viene precedido de una novena de años (*Discurso en la apertura de la "Novena de Años"* 12 de octubre de 1984).

Desde hace ya casi cinco siglos, resuena en estas tierras el salmo de alabanza a Dios por haber recibido la fe en Cristo resucitado: "¡Alabad al Señor todas las naciones!... Porque es fuerte su amor hacia nosotros" (*Sal* 116, 1-2).

2. Los primeros misioneros llegaron a vuestras tierras impulsados por el celo ardiente de hacer que todos los pueblos conocieran y vivieran la redención, alabando a Dios por su bondad. A la

vista de inmensas regiones todavía no evangelizadas, se preguntaban como San Pablo: "¿cómo van a invocarlo si no creen en él? ¿Cómo van a creer si no oyen hablar de él? ¿Y cómo van a oír hablar sin alguien que proclame? ¿Y cómo van a proclamar si no los envían? (*Rom* 10, 14-15).

De este modo, los primeros misioneros fueron fieles al mandato del Señor y a la naturaleza misionera de la Iglesia. En virtud de su obediencia a Cristo, la Iglesia ha enviado incesantemente evangelizadores a todas las regiones de la tierra y a todas las situaciones humanas, para gloria de Dios y salvación de todos los hombres (cf. *Ad gentes*, 1; *Lumen gentium*, 17).

"Anunciaremos tu Reino, Señor". Sí, anunciad a Cristo en vuestra vida y en vuestra cultura, es decir, a partir del Evangelio recibido en lo más hondo de vuestro ser y en la raíz de vuestra cultura hasta el punto de hacerla expresión de los valores salvíficos para vosotros, para vuestros descendientes y también, ¿por qué no?, para otros pueblos que todavía esperan recibir el anuncio evangélico.

3. La vida de las Iglesias particulares fundadas en América Latina ha seguido un proceso de continuo crecimiento en la fe, mediante un ininterrumpido anuncio del Evangelio que ha encontrado hombres, instituciones y culturas en quienes encarnarse, hasta llegar a constituir en verdad un continente marcado por el sello de la fe católica y dispuesto a colaborar responsablemente en la evangelización universal.

Todos sabemos muy bien que "la fe viene de la predicación, y la predicación, por la palabra de Cristo" (*Rom* 10, 17). Tal fue la encomiable labor de una legión de predicadores bien organizados que, impulsados por su ardor misionero, remontaron corrientes de ríos,

atravesaron montañas y surcaron valles anunciando el mensaje evangélico. En aquellos años, las doctrinas fundamentales del Concilio de Trento se vaciaron en moldes populares, incluso con expresiones poéticas y musicales. La América hispana representa un caso peculiar de evangelización, que explica la perseverancia, a lo largo de generaciones, de una formulación doctrinal, en un mismo catecismo. De este modo, la fe se transmitió en la familia, en la escuela y en la Iglesia.

4. Hoy, como antaño, la religiosidad o piedad popular contribuye eficazmente a presentar o propagar la fe en el alma del pueblo. América Latina conoce y siente cercano a Dios y a su hijo Jesús, nuestro Redentor, que nos ha dado a su Madre María como Madre nuestra. Por ello vive en sintonía y comunión con toda la Iglesia. Las ceremonias sagradas, los sacramentos, los tiempos litúrgicos, son, para el hombre latinoamericano, algo que siente y vive como individuo, como familia y como grupo social. Si no fuera por esta acendrada piedad popular, que es eminentemente eucarística y mariana, la escasez de sacerdotes y las grandes distancias habrían sido motivos suficientes para que se desvaneciera la fe de la primera evangelización. La familia evangelizada se mantuvo firme y unida, gracias a la oración, especialmente del santo rosario, como he recordado en Chiquinquirá. Sea esta oración mariana fuente de unidad de la familia, hoy asediada por tantos peligros.

5. El Episcopado, en sus acciones individuales y en los Concilios Provinciales, característicos de la América hispana, asumió como tarea evangelizadora no secundaria, el proceso de transformar las condiciones sociales del indígena, elaborando un plan según el cual los nativos pudieran vivir la reli-

gión cristiana y asimilar los valores de una cultura foránea sin perder la propia. De ahí arranca la religiosidad latinoamericana, verdaderamente mestiza. Habría que destacar la labor de defensa de los derechos de los indios, emprendida por los religiosos y misioneros en medio de dificultades, y llevada a cabo por Obispos de la talla de Juan del Valle, Agustín de la Coruña y Luis Zapata de Cárdenas, que consiguieron una legislación social más justa.

La Iglesia fue pionera en el desarrollo de la cultura, puesto que a ella se debe principalmente la temprana creación de la universidad, la oportuna apertura a la promoción de la mujer y la iniciativa artística y científica en diversos campos.

Entre los personajes providenciales, no podemos olvidar, en esta ciudad de Cartagena, a dos sacerdotes jesuitas: Alonso de Sandoval y San Pedro Claver, que imprimieron a su labor apostólica una orientación tan nueva para su tiempo y tan atrevida ante las autoridades civiles y religiosas, que han valido a esta ciudad el título de Cuna de los Derechos Humanos.

La obra clásica del Padre Sandoval lleva un título que es ya todo un programa: *De instauranda Aethiopia Salutis*. Se trataba de una cruzada que con armas espirituales, conquistaría para Cristo una nueva raza, abriendo camino para la futura evangelización de África, para la abolición de la esclavitud en América y para el decidido pronunciamiento de la Iglesia en contra de la segregación racial.

6. Esta labor liberadora no se limitó a razonamientos escritos, sino que se llevó a la práctica en la asombrosa actividad de San Pedro Claver, que se llamó a sí mismo "Esclavo de los negros para siempre", según consta en la fórmula de su profesión religiosa. Esta ciudad de Cartagena fue testigo de su

vida, un martirio continuado de casi cuarenta años, demostrando al mundo cómo la fuerza de la fe y la gracia del sacerdocio purifica y perfecciona la entraña de una cultura, ya que los esclavos, instruidos por la palabra de Dios y renacidos espiritualmente por el bautismo, obtenían la más profunda liberación. Así, por ejemplo, cuando las naves que transportaban los esclavos se acercaban a estas costas, el primero que subía a ellas era Pedro Claver, para atender a los enfermos y necesitados. Se consagró por completo a la misión de catequizarlos pacientemente, bautizarlos y defenderlos con valentía de todos los abusos. Convirtió a miles y miles, dedicando siete horas diarias al ministerio de la reconciliación, orientándoles espiritualmente y ayudándoles a profundizar y asimilar las verdaderas enseñanzas en la catequesis. Para él, la fe tenía palabras de amor y confianza, aquella actividad era sostenida por una profunda vida de oración que duraba hasta cinco horas diarias. Verdaderamente, cuando un apóstol ama al Señor encuentra tiempo para lo que ama, es decir, para la oración y para la caridad apostólica.

El santuario que alberga su cuerpo y el convento que fuera su casa religiosa son hoy meta de peregrinación de quienes admiran su obra y desean perpetuar en la sociedad contemporánea la civilización del amor, "considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés, sino el de los demás" (Fl 2, 4), y cultivando los mismos sentimientos que tuvo Jesús (cf. *Ibid.* 2, 5).

La historia y la vida de los pueblos de América Latina han estado ligadas a la vida misma de la Iglesia. El anuncio del Evangelio ha configurado el rostro peculiar de estas amadas comunidades y ha sido motor y garantía de su progreso. Sentíos orgullosos de vuestra

historia, de lo que sois, y comprometed más vuestras energías en la tarea de una nueva evangelización.

7. Quinientos años de presencia del Evangelio significan para este continente muchas gracias recibidas de Dios; gracias de las que tiene que dar cuenta la Iglesia en América Latina respondiendo con valentía a su compromiso de evangelizar las culturas. Se recibe la fuerza divina del Evangelio para responsabilizarse de una tarea evangelizadora sin fronteras. El tercer milenio de la historia de la Iglesia espera mucho de América Latina, a quien la divina Providencia, en sus arcanos designios, podría llamar a desempeñar un papel relevante en el mundo y en toda la obra de evangelización "ad gentes". Por ello, en esta hora importante, os exhorto a un compromiso conjunto de pastores y fieles.

Este compromiso misionero tiene para vosotros una característica peculiar: *llevar el Evangelio a las culturas y situaciones humanas*. San Pablo, en el texto bíblico con que hemos dado comienzo a nuestro encuentro, nos recuerda que la fe se recibe en el corazón y se expresa con los labios y con la vida: "con el corazón se cree para conseguir la justicia, y con la boca se confiesa para conseguir la salvación" (Rom 10, 10). Los labios, la palabra, vienen a ser como la expresión de toda la cultura, el instrumento para la proclamación del misterio cristiano. Este es el verdadero proceso de "inculturación", mediante el cual la palabra de la cultura de cada pueblo se vuelve apta para manifestar y pregonar a los cuatro vientos que Cristo es el Hijo de Dios, el Salvador, que ha resucitado y que es el centro de la creación y de la historia humana. Así, pues, la fe, recibida en el corazón de cada persona y de cada pueblo, se expresa y vive de modo permanente en la propia cultura cuando

ésta ha sido impregnada por el espíritu evangélico que es el espíritu de las bienaventuranzas y del mandamiento del amor.

8. La cultura está relacionada con la religiosidad y también con las situaciones socio-económicas y políticas. Los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla, siguiendo las directrices y la práctica evangelizadora de San Pablo, contemplaron la integración de la cultura en la evangelización bajo la visión teológica original del señorío universal de Cristo resucitado (*Puebla*, 407). El discurso de San Pablo en el areópago de Atenas viene a ser el paradigma de toda "inculturación" (cf. *Act* 17, 22-31).

La Iglesia, por tanto, junto a su ineludible actitud de denuncia de los falsos ídolos, ideológicos o prácticos, presentes en ciertas manifestaciones culturales de todos los tiempos y latitudes (cf. *Ibid.* 405), ha de empeñarse sobre todo en hacer realidad el principio de la "encarnación". En efecto, Cristo nos salvó encarnándose haciéndose semejante a los hombres; por ello, la Iglesia "cuando anuncia el Evangelio y los pueblos acogen la fe, se encarna en ellos y asume sus culturas" (*Ibid.* 400; cf. *Ad gentes*, 10).

La misión, que es el dinamismo de Cristo presente en la Iglesia, implica exigencias de inserción en cada pueblo, de respuesta a sus legítimas aspiraciones a la luz del misterio redentor y de búsqueda de medios concretos para evangelizar cada situación cultural.

9. En el panorama actual de la Iglesia en Colombia no faltan incentivos y signos claros de la Providencia divina, que urgen a una acción pastoral renovada en vistas a un mejor proceso de evangelización. Recordemos algunos de estos signos de gracia, que son también exigencias de renovación.

El ansia creciente de la Palabra de Dios, que se nota en vuestras comunidades y que se convierte muchas veces en una actitud de oración y de compromiso de caridad, pide por ello mismo una dedicación prioritaria en el campo de la proclamación de la Buena Nueva, especialmente por una catequesis a todos los niveles, sobre todo en la familia y en los ambientes juveniles. Esta dedicación a la formación catequética llevará espontáneamente hacia una celebración litúrgica más consciente y participada, que debe influir en la experiencia de una vida nueva en el Espíritu Santo, a nivel personal y social. De esta manera, el pueblo sencillo, religioso por naturaleza, encontrará, en las celebraciones litúrgicas y en la práctica de la piedad popular, motivaciones suficientes para dar razón de su fe, y los ambientes descristianizados hallarán cauces culturales que los conduzcan a su reencuentro con el Señor.

10. Nunca será demasiado el esfuerzo de los Pastores por fomentar en el cristiano una mayor coherencia entre fe y vida. Ante las transformaciones culturales, políticas, económicas y sociales de la sociedad actual, nos encontramos tal vez ante uno de los mayores retos de la historia, que reclama una nueva síntesis creativa entre el Evangelio y la vida. La Iglesia en Latinoamérica, y concretamente en y desde Colombia, está llamada a dar un alma cristiana a esta situación de cambios audaces y acelerados. Todo cristiano está llamado a una participación más activa e intensa en todos los campos de la sociedad actual. Hay que redescubrir y vivir pues con más autenticidad las virtualidades que emanan del hecho de ser bautizado.

Efectivamente, en el bautismo, recibe el cristiano la virtud de la caridad que lo capacita para amar a Dios y a los hermanos. Si ejerciendo esta virtud,

coloca a Dios en el centro de su existencia, como primer valor de la escala de valores, las obras de amor al prójimo fluirán como algo espontáneo y transformarán la sociedad y la cultura haciéndolas caminar hacia la plenitud evangélica. Esta es la originalidad cristiana, reto a los creyentes de América Latina si quieren de veras contribuir con obras, y no sólo con palabras, al advenimiento de una nueva civilización.

¿Por qué hay injusticias tan grandes en nuestro continente, que es mayoritariamente católico? La denuncia evangélica de las injusticias es parte integrante del servicio profético de la Iglesia, que no puede dejar de hablar; pero sabemos que esto no basta. Todo católico, en comunión con los Pastores, ha de ser verdadero testigo y agente de la justicia en la animación cristiana de lo temporal y en todos los sectores de la sociedad. Ello es una exigencia evangélica que reclama personas abiertas humildemente a la Palabra de Dios, fieles a la acción renovadora del Espíritu Santo, dispuestas a compartir su tiempo y sus bienes para construir una comunidad basada en el mandamiento del amor, una sociedad humana que haya asimilado los valores fundamentales del Evangelio en favor de la dignidad de cada persona, de cada familia y de cada pueblo.

11. Es hermoso comprobar que una familia que crece y se difunde no pierde su unidad. La Iglesia latinoamericana es esta gran familia que, al cumplir cinco siglos de existencia, extiende cada vez más su presencia a todos los sectores y situaciones humanas, incluso más allá de este continente. Pero ha de ser celosa en mantener su unidad frente a ideologías extrañas a su propia idiosincrasia, y frente a actividades proselitistas y sectarias que intentan fragmentar la grey de Cristo. Las comunidades cristianas perseverarán en esta unidad y comunión eclesial si pro-

fundizan en la vida eucarística y mariana, con un auténtico sentido y amor a la Iglesia. El Episcopado colombiano, que ha gozado de unidad de criterio y ha vivido en edificante comunión eclesial los setenta y ocho años de existencia de su Conferencia Episcopal, sabe que la cohesión interna de Pastores y fieles hace creíble y eficaz la presencia de la Iglesia en el mundo. Esta unidad "es ya un hecho evangelizador" (*Puebla*, 633).

No olvidéis que cuanto más ligada esté una Iglesia particular a la Iglesia universal, "en la caridad y la lealtad, en la apertura al magisterio de Pedro, en la unidad de la *lex orandi* que es también *lex credendi*... tanto más esta Iglesia será capaz de traducir el tesoro de la fe en la legítima variedad de expresiones de la profesión de fe" (*Evangelii nuntiandi*, 64). Sólo a partir de esta unidad se puede pensar en una evangelización de la pluralidad cultural.

A esta unidad nos anime la oración del mismo Jesús, dirigida al Padre durante la última cena: "Que todos sean uno en nosotros; yo en tí y tú en mí; que todos sean uno para que el mundo crea que tú me has enviado" (*Jn* 17, 21).

La nueva evangelización de América Latina ha de ser pues promovida por una *Iglesia orante*, bajo la guía del Espíritu. "Nuestra difícil época tiene especial necesidad de la oración", recordaba en mi reciente encíclica "Dominum et Vivificantem" (n. 65).

A María, Madre de la unidad y Estrella de la evangelización, confío estas intenciones, mientras a todos imparto con afecto mi Bendición Apostólica.

PALABRAS EN EL SANTUARIO DE SAN PEDRO CLAVER

CARTAGENA
(06-07-86)

Queridos hermanos y hermanas:

En las postrimerías de mi visita pastoral a Colombia doy gracias a Dios que ha permitido este encuentro de oración con vosotros, queridos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos de la Provincia de Cartagena, ante la tumba de San Pedro Claver.

El Santuario que nos acoge esta noche, dedicado a su nombre, transporta nuestro espíritu a la época en la que el santo vivió, y nos conmueve con el pensamiento de la verdadera libertad cristiana. En efecto, "para ser libres nos liberó Cristo" (cf. *Gál* 5, 11).

Esta ciudad de Cartagena, ilustre por tantos títulos, tiene uno que la ennoblece de modo particular: haber albergado durante casi cuarenta años a Pedro Claver, el apóstol que dedicó toda su vida a defender a las víctimas de aquella degradante explotación que constituyó la trata de esclavos.

Entre los derechos inviolables del hombre como persona está el derecho a una existencia digna y en armonía con su condición de ser inteligente y libre. Mirado a la luz de la revelación, este derecho adquiere una dimensión insospechada, pues Cristo con su muerte y resurrección nos liberó de la esclavitud radical del pecado para que fuéramos libres en plenitud, con la libertad de los hijos de Dios.

Las murallas de vuestra ciudad fueron mudos testigos de la labor apostólica de Pedro Claver y sus colaboradores, empeñados en aliviar la situación de los hombres de color y en elevar sus espíritus a la certeza de que, a pesar de su triste condición de esclavos, Dios los amaba como Padre y él, Pedro Claver, era su hermano, su esclavo hasta la muerte.

Cuando vuestros Obispos en la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano señalaban la evangelización y el servicio a los pobres como tarea prioritaria de la Iglesia, se situaban en línea de continuidad con esa pléyade incontable de hombres y mujeres de todos los tiempos que, movidos por el Espíritu, han consagrado sus vidas a mitigar el dolor, a saciar el hambre, a remediar las más duras miserias de sus hermanos y a mostrarles, a través de su servicio, el amor y la providencia del Padre y la identificación de sus personas con la de Cristo, que quiso ser reconocido en los hambrientos, desnudos y abandonados (cf. *Mt* 25, 36 ss.).

Esa línea se extiende ininterrumpida desde la primera comunidad cristiana hasta nuestra Iglesia, la de hoy, en la que sacerdotes, religiosos y laicos en número cada vez mayor, entregan sus vidas a Cristo en el servicio a los enfermos, los incurables, los ancianos abandonados, los niños expósitos, los miserables desechados por la sociedad y toda clase de nuevos pobres y nuevos marginados.

Pedro Claver brilla con especial claridad en el firmamento de la caridad cristiana de todos los tiempos. La esclavitud, que fue ocasión para el ejercicio heroico de sus virtudes, ha sido abolida en todo el mundo. Pero, al mismo tiempo, surgen nuevas y más sutiles formas de esclavitud porque "el misterio de la iniquidad" no cesa de actuar en el hombre y en el mundo. Hoy, como en el siglo XVII en que vivió Pedro Claver, la ambición del dinero se enseñorea del corazón de muchas personas y las convierte, mediante el comercio de la droga, en traficantes de la libertad de sus hermanos a quienes esclavizan con una esclavitud más temible, a veces, que la de los esclavos negros. Los tratantes de esclavos impedían a sus víctimas el ejercicio de la libertad. Los narcotraficantes conducen a las suyas a la destrucción misma de la personalidad. Como hombres libres a quienes Cristo ha llamado a vivir en libertad debemos luchar decididamente contra esa nueva forma de esclavitud que a tantos subyuga en tantas partes del mundo, especialmente entre la juventud, a la que es necesario prevenir a toda costa, y ayudar a las víctimas de la droga a liberarse de ella.

El testimonio de caridad sin límites que representa San Pedro Claver, sea ejemplo y estímulo para los cristianos de hoy en Colombia y América Latina, para que, superando egoísmos e insolidaridades, se empeñen decididamente en la construcción de una sociedad más justa, fraterna y acogedora para todos.

Antes de concluir nuestro encuentro, deseo expresar mi agradecimiento a todas las personas que, con ilusión y generosidad, han colaborado en la preparación de esta visita pastoral a Cartagena.

A vosotros, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos os aliento en vuestras tareas de apostolado y os exhorto a una renovada fidelidad a vuestra vocación, que se traduzca en entrega total a Cristo, única fuente de felicidad, en quien se accionan todas nuestras mejores aspiraciones.

A todos los aquí presentes, a todos los que me escuchan, en particular a los enfermos, a los que sufren, imparto de corazón mi Bendición Apostólica.

CELEBRACION DE LA PALABRA EN BARRANQUILLA

BARRANQUILLA. PLAZA DE LA PAZ
(07-07-86)

Amadísimos hermanos y hermanas, hijos e hijas de esta región de la Costa Atlántica colombiana:

1. Las palabras proféticas de Isaías, que Jesús pronuncia en la sinagoga de Nazaret, resuenan hoy en medio de vosotros con la fuerza del Evangelio y la actualidad de aquel "hoy" de Cristo con el cual podemos también afirmar que hoy y aquí, entre vosotros, se cumple esta Escritura (cf. *Lc* 4, 21).

En esta última etapa de mi peregrinación por los caminos de Colombia, como mensajero de la paz de Cristo, tengo el gozo de encontrarme en esta Plaza de la Paz, cuyo nombre aúna, hoy más que nunca, los anhelos de todos los colombianos. He querido ser en todas partes pregonero de la paz de Cristo, mensajero de ese Cristo que es "nuestra paz" (*Ef* 2, 14).

Sólo él es capaz de derribar los muros de la enemistad y hacer de nosotros hombres nuevos, reconciliados con el Padre por medio de la Cruz. El ha venido a anunciarnos la paz: "Paz a vosotros que estábais lejos y paz a los que estaban cerca. Pues por él unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un solo Espíritu" (cf. *Ef* 2, 14-18).

Saludo con el abrazo de la caridad fraterna al Arzobispo de Barranquilla, al Obispo Auxiliar, a los Obispos de Santa Marta, Valledupar y a los demás hermanos en el Episcopado, junto con sus sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles de esta región atlántica.

Antes de dejar esta amada tierra de Colombia quiero proclamar en voz alta que esa paz, tan querida y anhelada por todos, exige la reconciliación: "un renovado abrazo entre el hombre y Dios, entre el hombre y su hermano, entre el hombre y todo lo creado" (*Reconciliatio et poenitentia*, 4). Y para alcanzarla hay que acudir a Cristo por cuya mediación el Padre ha querido obrar la reconciliación, ya que en él "estaba Dios reconciliando el mundo consigo" (2 *Cor* 5, 19).

2. El pasaje evangélico que ha sido proclamado contiene en síntesis ese mensaje de liberación mesiánica, que conlleva ante todo el misterio de la reconciliación, cuya realización suprema pasa a través de la cruz y la resurrección, cuando el Padre reconcilia por su Hijo amado "todas las cosas, pacificando mediante la sangre de su cruz lo que hay en la tierra y en los cielos" (*Col* 1, 20).

Por eso Jesús declara que "está sobre él" el Espíritu Santo y proclama "un año de gracia", un nuevo orden según la voluntad del Padre, que tiene su fundamento en el perdón de Dios a la humanidad, en el don del Espíritu de la Nueva Alianza que será capaz de llevar a cabo la libertad y la liberación que Cristo mismo anuncia a los cautivos y oprimidos.

"El Espíritu del Señor está sobre mí" (Lc 4, 18). En su bautismo Jesús había recibido el Espíritu y, con la fuerza del Paráclito, se manifiesta como el Mesías prometido. El es "el ungido en el sentido de que posee la plenitud del Espíritu de Dios", aquel que posee "esta plenitud del Espíritu en sí y al mismo tiempo para los demás, para Israel y para todas las naciones" (*Dominum et Vivificantem*, 17).

No es extraño que ante estas palabras los ojos de todos los presentes en la sinagoga de Nazaret estuvieran "fijos en él" (Lc 4, 21). En esta solemne manifestación mesiánica está diseñado todo su programa: Es el anuncio y el cumplimiento del tiempo de gracia del Señor, de la salvación. Jesús ha venido "a proclamar un año de gracia del Señor".

De hecho con su venida, con sus palabras y sus gestos, Cristo introduce en el tiempo de los hombres el "hoy" de la gracia; mas sólo en la cruz y en la resurrección tendrán plena realización las palabras y promesas que hace en la sinagoga de Nazaret.

3. El mensaje de liberación y de reconciliación en Cristo se proyecta en el hoy de nuestra existencia, como una luz que nos permite hacer un profundo análisis de la realidad de nuestro mundo, en el que el pecado y sus secuelas de opresión e injusticia se hacen presentes. Es un mensaje portador de fuerza sobrenatural que va abriendo los caminos de la liberación anhelada por los hombres, especialmente por los pobres, cautivos, oprimidos, y ya realizada inicialmente en Cristo. Sólo la verdad libera. Sólo el amor reconcilia. Sólo en Cristo se realiza la paz auténtica y duradera.

Ahora bien, si queremos llegar hasta la raíz de tantos males que cristalizan en estructuras de injusticia y de pecado, hemos de mirar al corazón del hombre: "Desgarrado en su interior, el hombre provoca, casi inevitablemente, una ruptura en sus relaciones con los otros hombres y con el mundo creado" (*Reconciliatio et paenitentia*, 15). El pecado, que es ruptura de la comunión, desencadena los dinámicos del egoísmo, las divisiones, los conflictos.

Llámase orgullo o injusticia, prepotencia o explotación de los demás, codicia o búsqueda desenfrenada del poder o del placer, odio, rencor, venganza, la raíz es siempre la misma: el misterio de la impiedad que separa al hombre de Dios, que lo aleja de su voluntad y levanta permanentemente muros de división.

4. La constatación de la realidad del Pecado como fuente primordial de división, por una parte, y el deseo de unidad que surge en todos los corazones de buena voluntad, por otra, son manifestación clara de que hemos de recorrer con un renovado esfuerzo los caminos de la reconciliación, tanto en el plano individual como social.

El hombre "cuando examina su conciencia, siente su inclinación al mal" (*Gaudium et spes*, 13) y descubre la raíz de su propia división interior. Pero dentro de sí mismo, bajo la mirada de Dios "que escruta los corazones" (*Sal* 7, 10), resuena también la voz que llama a la unidad con Dios y con el hermano.

La unidad, la reconciliación que pasan necesariamente por el perdón y la justicia, son como una nostalgia del corazón del hombre a todos los niveles de la convivencia humana. En medio de las tensiones familiares, los hogares viven la nostalgia de una comunión perdida y el anhelo de una reconciliación mutua, que es fuente de paz y de serenidad para todos los que componen la iglesia doméstica de cada familia.

Hay también una necesidad apremiante de superar, dentro del marco de la legalidad, las confrontaciones surgidas en esta época del desarrollo industrial, entre

el mundo del capital y el del trabajo. Dichos conflictos están pidiendo soluciones que logren reforzar los vínculos de la colaboración y la compenetración recíproca, como he expuesto ampliamente en mi encíclica *Laborem exercens* (n. 11, 13). Sin un sincero espíritu de reconciliación entre las partes implicadas, no se podrá garantizar una justa paz laboral, tan necesaria para el desarrollo del país y el reconocimiento de los legítimos derechos de las clases menos favorecidas.

5. Pero la palabra reconciliación tiene hoy en Colombia una resonancia conmovedora porque está transida de anhelos y de lágrimas, de temores y de inseguridad para tantos hijos de esta noble patria. ¡Cuánto deseáis, amados colombianos, que callen las armas, que se estrechen fraternalmente las manos que las empuñan, que llegue para todos esa paz querida e invocada, buscada con esfuerzo, esperada con afán... después de tantos años de violencia que no han dejado más que lutos de muerte y heridas dolorosas, difíciles de cicatrizar!

¡Qué sabías y proféticas fueron las palabras de mi venerado predecesor el Papa Pablo VI en su visita a Colombia: "La violencia no es cristiana ni evangélica; la violencia engendra nueva violencia"! (Alocución en la Misa del día del Desarrollo, 23 agosto 1968).

¿Cómo lograr de inmediato la paz de los campos y de las ciudades; la paz que permita al agricultor trabajar sin zozobras; al ciudadano recorrer sin sobresaltos las calles de su ciudad, de día y de noche; a todos disfrutar de una vida tranquila y serena?

Sólo mediante una sincera, profunda reconciliación de cada uno con Dios y de todos entre sí; pidiendo y otorgando el perdón, renovando un compromiso de amor solidario y justo entre todos los colombianos.

6. Con demasiada frecuencia descubrimos que existen en las personas y en la sociedad rupturas que hay que subsanar, divisiones que es necesario superar. En ellas se manifiestan las fuerzas del mal, el "misterio de la iniquidad"; pero su poder se ve sobrepujado y vencido por el "misterio de la piedad", que es Cristo mismo, "camino abierto por la misericordia divina a la vida reconciliada" (*Reconciliatio et paenitentia*, 22). Dondequiera que los hombres levanten murallas de odio, de opresión, de violencia o de injusticia, allí estará Cristo con su gracia para derribar las murallas, vencer el odio y la violencia, restablecer la comunión y la paz con un amor más fuerte que el pecado, porque es capaz de superar el mal con la fuerza del Espíritu.

En vuestra Catedral de Barranquilla se levanta majestuosa la escultura de Cristo Resucitado, que es como un canto a la reconciliación de la tierra con el cielo y de los hombres entre sí. A los pies de la imagen del Resucitado las razas india, blanca y negra, son la expresión plástica de la reconciliación entre los hombres porque en Cristo ya no hay divisiones ni separaciones: todos somos hijos de Dios, todos somos "uno" en Cristo Jesús (cf. *Gál* 3, 26-28).

En efecto, Cristo es la imagen viva de nuestra reconciliación. En la mañana de su resurrección él va a anunciar a sus discípulos la paz y los reúne para comunicarlos su Espíritu, el don de la reconciliación con el Padre, el dinamismo de la reconciliación entre los hombres.

En esa imagen de vuestra Catedral se manifiesta la infinita piedad de Dios para con nosotros en su Hijo crucificado, resucitado, fuente del Espíritu de amor. Este Espíritu penetra en las raíces más escondidas de la iniquidad y suscita en los corazones un movimiento de conversión que lleva a la reconciliación con el Padre y los

hermanos, en el seno de la Iglesia, mediante *el sacramento de la penitencia*.

7. "El Espíritu del Señor está sobre mí" (Lc 4, 18). La plenitud de los dones, fruto del sacrificio de Jesús, se ha derramado en los corazones de los fieles para que a los que confiesan sus pecados les sea otorgado el perdón y la gracia. Del corazón de Cristo nace la reconciliación perenne que ofrece la Iglesia en la efusión del Espíritu Santo.

El Espíritu de Jesús abre al diálogo de la caridad los corazones endurecidos, hace que los enemigos se estrechen la mano, mueve a los que eran rivales a buscar el camino de la concordia. Los que se sienten perdonados, experimentan el deseo de perdonar y los que han gustado la paz de Dios se transforman en constructores de la paz.

El mensaje de Jesús, su obra redentora, el don de su Espíritu están presentes en la Iglesia para realizar la reconciliación universal, para vencer el pecado y sus consecuencias, para construir *un orden nuevo en la justicia y el amor*.

Los cristianos de todos los tiempos, vosotros, amados hijos de Colombia, estáis llamados a vivir según estas exigencias evangélicas, las únicas capaces de transformar con las energías de la Resurrección de Cristo las estructuras injustas que son fruto del pecado.

8. La primera exigencia de la reconciliación en Cristo, que es don misericordioso del Padre, es la *conversión personal* como actitud previa para la concordia entre las personas. Superar la ruptura radical del pecado para reconciliarse con Dios, consigo mismo y con los demás, presupone una transformación interior que exige esfuerzo y sacrificio, renuncia y cruz, según el espíritu de las bienaventuranzas. A esta conversión radical, a esa transformación de la mente y del corazón, que culmina en el sacramento de la reconciliación, os invito a todos, para que seáis mensajeros de paz, para que seáis hombres y mujeres reconciliados y reconciliadores.

No hay reconciliación verdadera donde no hay perdón, porque el perdón es el acto más profundo del amor de Dios hacia nosotros, y es, al mismo tiempo, el acto más noble que puede realizar el cristiano, un gesto por el que se asemeja al Padre que está en los cielos (cf. Lc 6, 36). El perdón, como he expuesto en mi encíclica "Dives in misericordia", es el momento original del amor cristiano, la expresión de esa misericordia sin la cual aun las exigencias más fuertes de la justicia humana corren el riesgo de ser injustas e inhumanas, como con frecuencia la historia, incluso reciente, nos ha hecho constatar (cf. n. 7).

Por eso, sabiendo que me dirijo a hombres y mujeres fieles de la Iglesia, os alieno a que construyáis comunidades, familias, parroquias que sean signos de paz y de unidad en la caridad. Y con el apóstol San Pablo os repito: "Revestíos de entrañas de misericordia, de bondad, paciencia, soportándoos unos a otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros... y que la paz de Cristo presida vuestros corazones" (Col 3, 12-15). A esa paz he venido a exhortaros; para que entre vosotros crezca y se afiance la solidaridad en el esfuerzo de construir una patria más justa y fraterna, un gran hogar donde puedan vivir en armonía todos los colombianos.

9. Queridos hijos e hijas de esta Nación católica: ya próxima a concluirse mi visita pastoral a Colombia, vuelvo mi mirada agradecida al afecto sincero con que me habéis acogido, al entusiasmo de vuestra participación, a la profunda fe y reli-

giosidad que he podido constatar en cada una de nuestras celebraciones comunitarias.

En vuestro País, como en otras naciones de América Latina, en medio de tanta riqueza de humanidad y de fe cristiana, quedan tantos problemas por resolver. La injusta distribución de las riquezas, la insuficiente tutela de los derechos de los más débiles, la desigualdad de oportunidades, el desempleo y otras grandes cuestiones, piden un inmenso *esfuerzo solidario de todos en la promoción de la justicia social*.

Junto a estos problemas existen también esos males sociales que vuestros Obispos han denunciado recientemente: la violencia terrorista y guerrillera, la tortura y los secuestros, el abuso del poder y la impunidad de los delitos; el uso de la droga y el abominable crimen del narcotráfico. Todo ello está pidiendo a este pueblo que saque a relucir sus mejores reservas de fe y de humanidad, para erradicar esas lacras sociales que no corresponden a vuestros más auténticos sentimientos humanos y cristianos.

He percibido, amados hijos de Colombia, vuestra profunda aspiración y vuestro ardiente anhelo de paz. Ha surgido como un clamor constante de todas las gargantas, de todos los corazones. Antes de dejar este amado suelo de Colombia, quiero asumir una vez más este clamor vuestro. Hago un llamamiento a todos los colombianos, en particular a quienes están en la guerrilla, para que se pongan en consonancia con ese clamor por la paz, de todo el pueblo. Que todos, de manera especial los que han empuñado las armas, participen sinceramente en la búsqueda de la paz y se abran a las iniciativas que se han emprendido y a las que se emprenderán en el futuro para una reconciliación nacional, en el pleno respeto de la vida humana y conforme a las exigencias de la justicia.

Con palabras de esperanza y como compromiso de fe os animo a dirigir vuestra mirada a Cristo, Redentor del hombre, Salvador del mundo. El es nuestra reconciliación y nuestra paz.

Junto a él, en una *nación consagrada al Sagrado Corazón de Jesús*, todos los colombianos podrán sentirse hermanos, unidos en el perdón mutuo, en la comunión solidaria de los bienes materiales, en el esfuerzo de todos para encontrar los caminos de la reconciliación y de la paz que serán también los del progreso material y espiritual, personal y social.

En esta hora de vuestra historia os exhorto a permanecer fieles en vuestra fe y a manifestarla en vuestras obras.

Confío a Dios, infinitamente misericordioso, este llamamiento mío de Padre y Pastor, para que haga germinar la semilla que he ido esparciendo a lo largo y a lo ancho de vuestro País, en la tierra fértil de tantos corazones generosos.

Al mismo tiempo os invito a dirigiros conmigo a la Virgen María, Madre de Jesús y Madre nuestra, a quien veneráis con especial cariño en vuestra Iglesia Catedral como Reina y Auxiliadora. Bajo su amparo maternal seguid trabajando para hacer de Colombia una patria grande, una tierra acogedora para todos sus hijos, una nación católica que sepa vivir en la solidaridad, la concordia y la paz.

¡Señor, asiste con tu gracia a Colombia! ¡Consérvala para siempre unida en la fe y en el amor! ¡Tú, que eres nuestra Paz, haz que reine en los corazones de todos los colombianos tu paz! Amén.

DISCURSO DE DESPEDIDA

BARRANQUILLA AEROPUERTO
"ERNESTO CORTISSOZ"
(07-07-1986)

Señor Presidente de la República,
Amados Hermanos en el Episcopado,
Autoridades,
Queridísimos colombianos todos:

1. Llega el momento de poner fin a esta visita pastoral que, en el nombre del Señor, he tenido el gozo de realizar, cumpliendo así mi ferviente deseo, como Pastor de la Iglesia universal, de encontrarme con los hijos e hijas de la noble Colombia.

Han sido siete jornadas de intensa comunión en la fe y en la caridad, durante las cuales he tenido ocasión de sentir la presencia de una Iglesia y de una sociedad viva e ilusionada que, con su confianza puesta en Dios, mira esperanzada hacia el futuro.

En nuestros encuentros de oración y celebraciones eucarísticas, he querido llevar a cabo el mandato recibido de Jesucristo de confirmar a mis hermanos en la fe (cf. *Lc* 22, 32).

Han sido jornadas de gracia que a todos nos han enriquecido. Me acompañarán siempre en el recuerdo y en la plegaria inolvidable momentos, lugares y personas que me han hecho apreciar los valores más genuinos, humanos y cristianos, del alma noble de Colombia.

2. Doy gracias a Dios porque he encontrado aquí una Iglesia llena de vitalidad, rebotante de generosidad,

unida en la caridad, bien organizada y sobre todo bien anclada en los fundamentos, en la doctrina y las normas que le dio su divino Fundador. Esta es la base necesaria y la garantía segura para lanzarse a una *nueva evangelización* que, por medio de las celebraciones del quinto centenario de la primera evangelización, prepara a Colombia, como a toda América Latina —continente de la esperanza—, a entrar gallarda y decididamente, con la lámpara de la fe irradiando luz y calor, en el tercer milenio del cristianismo.

Sois una *nación católica*. No dejéis debilitar el orgullo legítimo ni mermar la responsabilidad que ello entraña. Los insoslayables problemas que tanto os preocupan afrontadlos con clarividencia, con espíritu de fraternidad, con plena colaboración por parte de todos y principalmente con la mirada puesta en Dios, cuya ayuda no os ha de faltar.

¡Adelante! El Papa se va, pero queda con vosotros. El Papa os conforta, os anima, quiere estar a vuestro lado, quiere acompañaros por los difíciles caminos que tendréis que recorrer. ¡Animo!, pueblo colombiano. Quiero animaros especialmente a vo-

sotros, jóvenes, que tenéis en las manos el futuro de vuestro país. ¡Adelante siempre, "con la paz de Cristo"!

Me he sentido feliz entre vosotros. He apreciado mucho vuestra proverbial hospitalidad, vuestra acogida siempre cordial; vuestro entusiasmo. Me habéis abierto sin reservas las puertas de vuestras casas y de vuestros corazones. Ahora, en el momento de la despedida, os repito la exhortación que hice al comienzo de mi pontificado: ¡No tengáis miedo! ¡Abrid de par en par las puertas a Cristo! ¡Aco- ged su mensaje de paz! ¡Dejaos reconciliar por Dios!

3. Deseo expresar mi más profundo agradecimiento al Señor Presidente de la República y a todas las autoridades de la Nación, de las que he recibido continuas pruebas de cortesía y atención en los lugares por los que he pasado. Que el Señor sostenga y premie los esfuerzos que realizan para asegurar a su patria un porvenir de paz, justicia y bienestar.

Gracias a los Obispos de Colombia. ¡Cómo me he sentido dichoso compartiendo con vosotros estos días! Pido al Pastor de los Pastores que os mantenga siempre tan unidos, tan generosos, tan entregados a vuestros sacerdotes, religiosos, reli-

giosos, seminaristas y fieles, en cada una de vuestras Iglesias locales. Al regresar a las diócesis llevad a todos el eco de mi saludo de despedida. Mi agradecimiento va también a las numerosas personas y entidades que con tanta dedicación y desprendimiento han colaborado eficazmente en la preparación y desarrollo de mi visita pastoral.

Una palabra de gratitud igualmente a los informadores, por el encomiable esfuerzo realizado en prensa, radio y televisión para informar sobre los diversos encuentros que se han llevado a cabo durante mi estancia en Colombia.

Mi última mirada desde este extremo del país se dirige a la Virgen de Chiquinquirá, en cuyo Santuario la invoqué con las palabras de Isabel: "Dichosa tú, que has creído". Hoy, desde Barranquilla, recojo las mismas palabras para referirlas a ti, Colombia: Dichosa tú, que has creído. La fe cristiana es parte de tu alma nacional, es tesoro de tu cultura, es aliento en tus jóvenes, es dinamismo en tus dificultades, es serenidad en tus hogares. Que esa fe cristiana siga iluminando y corroborando en la paz, en la justicia, en el amor recíproco a los hijos de Colombia.

¡Hasta siempre, Colombia!

MENSAJE A LOS PRIVADOS DE LIBERTAD

BOGOTÁ
(02-07-1986)

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Mi visita pastoral a Colombia, en el marco del Año Mariano Nacional que conmemora el IV Centenario de la Renovación de la venerada imagen de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá, no podrá excluir a quienes se encuentran en las instituciones penitenciarias. Por ello, hoy quiero llegar hasta vosotros de un modo particular, para manifestaros mi afecto de Pastor de toda la Iglesia y alentaros en vuestra actual situación.

¿Cómo desearía en esta hora hacerme presente en todos los lugares de Colombia donde se halle un grupo de personas privadas de libertad! ¡Cuánto quisiera poder escuchar vuestras penas y daros personalmente mi palabra de aliento y de consuelo! pero, ante la imposibilidad de hacerlo físicamente, quiero aseguraros que os tengo muy presentes en mi pensamiento y en mi corazón. A cada uno en particular dirijo este mensaje y espero así poder llegar a lo más íntimo de vosotros para compartir vuestros anhelos y esperanzas, vuestras tristezas y desilusiones, pero sobre todo para iluminar y fortalecer con la palabra de Dios el ansia de verdadera libertad que brota de lo más profundo de todo ser humano.

2. En la Carta Apostólica que dirigí a toda la iglesia "sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano" recordaba que Jesucristo ha proyectado una nueva luz sobre la realidad del dolor. "El sufrimiento humano ha alcanzado su culmen en la pasión de Cristo. Y a la vez ésta ha entrado en una dimensión completamente nueva y en un orden nuevo. ... La Cruz de Cristo se ha convertido en una fuente de la que brotan ríos de agua viva" (*Salvifici doloris*, 18). ¡El amor vence el dolor! He aquí todo un programa de vida, una fuente constante de reflexión que ilumina y da sentido a todo aquello que nos hace sufrir. Vosotros, queridos hermanos y hermanas, podéis buscar esa luz en vuestra situación presente. Muchos de vosotros seguramente conserváis con cariño una imagen de Cristo crucificado: ¡Cristo clavado en la cruz! Sí, Él es la suprema manifestación del amor divino, él es el que vence el sufrimiento con el amor; él es la expresión más radical del hombre a quien han quitado su libertad, pues allí clavado no tiene siquiera la mínima libertad de movimiento. Sin embargo, él, en ese momento, está realizando el acto más libre y liberador que jamás se haya realizado en la historia del hombre: está ofreciendo libremente su vida para salvar a toda la humanidad.

3. Contemplando a Cristo crucificado, que nos liberó del pecado y de la muerte, se comprende mejor el verdadero sentido de la libertad humana. Con el auxilio de la gracia divina el hombre puede vencer la esclavitud a que le somete el pecado, y ser reconciliado con Dios y con los hermanos. ¡Abrid de par en par las puer-

tas de vuestros corazón y de vuestra alma a la gracia de Cristo! Y si vuestra conciencia os indica que habéis incurrido en alguna falla contra el Señor, contra vuestros hermanos los hombres o contra la sociedad, vuestra situación presente os ofrece la posibilidad de reparar eventualmente las ofensas cometidas, sin perder por ello vuestra dignidad de personas, que ha de ser salvaguardada siempre.

4. Deseo de corazón que mi visita pastoral a Colombia os haga sentir parte viva e integrante de vuestra querida y bella patria cristiana, junto con vuestras familias. Ojalá que este tiempo de privación de libertad no debilite los afectos familiares ni el amor a vuestro país, sino que acreciente en vosotros el deseo de uniros a los demás colombianos en la construcción de una patria laboriosa, pacífica, justa y fraterna.

Elevo mi oración al Padre que está en los cielos, pidiéndole que mitigue vuestras penas, vuestra soledad, vuestras desesperanzas y la ausencia de vuestros seres queridos, a la vez que invoco sobre todos vosotros y vuestras familias la protección de la Virgen María, vida, dulzura y esperanza nuestra.

A todos os bendigo de corazón en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

ENCUENTRO CON LOS NIÑOS

CALI. SEMINARIO
(04-07-1986)

Amadísimos niños de Colombia:

- ¿Amáis al Señor?
- ¿Amáis a la Santísima Virgen.
- Nuestra Madre?
- ¿Amáis a la Iglesia católica?
- ¿Amáis a vuestro prójimo?

Me siento muy feliz de tener este encuentro con vosotros, que representáis a tantos miles de niños colombianos y en particular, a los que per-

tenecen a la Infancia Misionera.

La alegría que habéis expresado al recibirme, muestra claramente con cuánto entusiasmo e ilusión habéis esperado este momento. ¿No es verdad? También yo he esperado y deseado este momento para estar con vosotros.

En Roma, donde vivo habitualmente, el encuentro con los niños en mis visitas a las parroquias es siempre un momento entrañable de

alegría para mí.

Niños de Colombia, vuestra presencia en la Iglesia es importante. ¡Qué triste sería una Iglesia hecha sólo de personas mayores! ¡Qué vacío se sentiría en las parroquias y en las comunidades eclesiales sin los niños que frecuentan las catequesis, que cantan en las celebraciones y hacen sentir que la Iglesia es una familia verdadera, en la que todos —pequeños y grandes— son hijos de Dios!

Por eso el Señor, como sabemos por las narraciones del Evangelio, quiso tener cerca a los niños: "Dejad que los niños vengan a mí. . . porque de ellos es el Reino de los Cielos" (cf. Mt 19, 14). Sí, ciertamente, sois los amigos de Jesús y por lo tanto sois también los amigos del Papa Juan Pablo II.

Queridos niños de Colombia, vosotros representáis a todos los millones de niños de vuestra edad, y especialmente a los que pertenecen a la Infancia Misionera.

Es una alegría para el Papa saber que colaboráis con él en esa obra misionera que Jesús le ha encomendado para llevar el Evangelio a todo el mundo. Sí, sois mis colaboradores; mis pequeños grandes colaboradores en la difusión del Evangelio.

Colaboráis conmigo porque os unís a las influencias misionales del Papa; ante todo con la oración; después con el buen comportamiento en vuestras casas y con vuestros compañeros; y también con las limosnas para las misiones, que son fruto de privaciones y sacrificios: donde vosotros no podéis llegar con vuestra palabra, llegáis con vuestra oración y vuestros sacrificios.

Sí. Esto es lo que yo espero de vosotros y de todos los niños de Colombia. Vosotros me acompañaréis con vuestra oración y yo por mi parte, llevaré vuestro saludo, vuestros

deseos de paz y de fraternidad a todos los niños que constantemente encuentro en mis viajes apostólicos. ¿De acuerdo? Así vamos a formar una cadena de amor y de fraternidad que una a todas las personas y vamos a trabajar por la paz, esa paz que es aspiración de todos.

Vosotros sabéis que, por desgracia, tantos niños como vosotros viven el dolor de la guerra, la necesidad del hambre, el abandono de la orfandad. Y muchos, sobre todo, no conocen a Jesús, no saben que tienen en la Virgen María una Madre que vela por nosotros como veló por su Hijo Jesús cuando era Niño. También para ellos es la palabra del Evangelio y la familia universal de la Iglesia en la que vosotros os sentís como en vuestro propio hogar.

Queridos niños: Habéis dicho que amáis a Jesús, vuestro Amigo. Pues amadlo todavía más. Creed como El en edad, en sabiduría y en gracia (cf. Lc 2, 40). Decid con vuestras palabras, con vuestros cantos, con vuestra vida que El está vivo, que El está presente en la Iglesia.

Habéis dicho que amáis a la Virgen María. Pues invocadla siempre con amor rezándole el santo rosario.

Habéis dicho que amáis a la Iglesia. Pues amadla cada día más y permaneced siempre unidos a ella; pedidle al Señor por el aumento de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Rezad todos los días por los misioneros y misioneras.

El Papa os ama tanto, queridos niños colombianos, que no querría marcharse, que se quedaría siempre con vosotros. Pero ya sabéis que en Jesús y en la Iglesia todos estamos unidos, que no hay distancias que nos separen. Rezad por mí y yo rezaré por vosotros. Recibid mi Bendición Apostólica, que de corazón extiendo a vuestras familias, a la Infancia Misionera y a todos los niños de Colombia.

BREVE SALUDO DEL PAPA EN EL AEROPUERTO "MATECAÑA" DE PEREIRA

(05-07-1986)

Amados hijos e hijas:

Vuestra presencia en este aeropuerto de "Matecaña" me llena de gozo pues veo en ello una manifestación de la fe cristiana que ha animado la vida de tantas generaciones en esta querida comarca colombiana.

Como sucesor de Pedro que confirma a sus hermanos en la fe, durante esta visita pastoral a vuestro querido país os exhorto encarecidamente a que continuéis firmes en vuestra fidelidad a Cristo, nuestro Salvador, y a la Iglesia nuestra Madre.

Que esta bella tierra, que ha sido bendecida por Dios con la riqueza de sus dones en sus fértiles cafetales, sea terreno fecundo donde la semilla del evangelio produzca abundantes frutos de vida cristiana.

Que vuestras familias, a ejemplo de la de Nazaret, sean Iglesias domésticas en las que reine el amor y la paz. Y donde se eduque a los hijos en la fe católica y en la práctica de las virtudes.

Mientras invoco sobre todos vosotros la protección de la Santísima Virgen, a la que tanto amáis, os imparto con afecto mi Bendición Apostólica.

SALUDO A LA POBLACION Y ORACION EN SUFRAGIO POR LAS VICTIMAS DE CHINCHINA

CHINCHINA. EXPLANADA DE CENICAFE
(05-07-1986)

Mis amados hijos en Cristo, el Señor:

1. Este encuentro con los damnificados por la tragedia que provocó el volcán Nevado del Ruiz, resulta para mí *especialmente conmovedor*.

Como el *samaritano del Evangelio* me acerco al mundo del sufrimiento, donde Jesús está presente de una manera especial; por eso, la Iglesia entera quiere hacerse también presente conmigo entre vosotros con su palabra de consuelo y esperanza, con su caridad materna y también, dentro de sus posibilidades, con su ayuda generosa.

Aquí, en vuestra misma tierra, marcada por la cruz de Cristo, quiero saludar y manifestar mi solidaridad, la solidaridad de todo el Pueblo de Dios, a las personas y las familias que han padecido la muerte trágica de sus seres queridos, así como a los sobrevivientes que soportan la soledad, el desamparo, la pobreza. Al comparar, como *Padre y Pastor*, vuestra pena, os invito a transformar tan grandes sufrimientos en acto redentor, asociándoos a la pasión del Señor, con clara conciencia del *sentido cristiano* y del *valor salvífico del dolor*.

2. Saludo al Señor Presidente de la República, cuya presencia en este acto testimonia una vez más su interés por los damnificados. Saludo igualmente al Señor Gobernador y demás autoridades civiles y militares; todos ellos, al igual que otros muchos ciudadanos generosos, se han prodigado en atender a las víctimas, superando grandes dificultades.

Saludo fraternalmente al Pastor de esta iglesia local, al Señor Arzobispo de Manizales, a su presbiterio, religiosos, religiosas y apóstoles seculares, que con gran sentido evangélico, están siempre dispuestos a *socorrer, amar y ejercer la caridad*, sembrando la bondad y haciendo el bien.

Que el Señor premie todos vuestros afanes, particularmente aquellos más ocultos, menos conocidos, que son a veces los más meritorios y eficaces.

En la hora de la tragedia quise enviar mi contribución para los damnificados y para la obra de recuperación. Aprovecho hoy esta ocasión para manifestar mi satisfacción por la admirable solidaridad universalmente mostrada por tantas personas e instituciones. De todo corazón bendigo las obras que se vienen realizando para solucionar las consecuencias de tan dolorosa calamidad.

3. Sé, por otra parte, que hay preocupación, zozobra e incluso angustia ante el peligro de que sobrevengan nuevas catástrofes. A la deseable y oportuna previsión, a la necesaria prudencia ante el riesgo y a las eficaces precauciones hay que unir

una gran *confianza en Dios* nuestro Padre. Como discípulos de Cristo, hemos de saber captar y leer el sentido que tienen para nosotros todos los acontecimientos, incluso los más tristes, en los que siempre está escrita una llamada del Señor en orden a la renovación y conversión.

4. Mirando hacia la ciudad de Manizales, colocada sobre la montaña, pienso en su raigambre cristiana y en su tradición cultural, que le dan una *vocación de altura moral y espiritual* para irradiar a los demás la luz que brota de su vigorosa herencia de fe.

Hay que mirar al pasado pero no para vivir únicamente de sus glorias, sino para encontrar en las propias raíces respuestas adecuadas a los retos de la historia en orden a *afrontar y superar* con buena preparación religiosa y moral, con madurez y con valentía, los halagos del materialismo y del hedonismo, los peligros del secularismo y de las ideologías que siembran la división y el odio, y que hacen perder al hombre de hoy el sentido de Dios, y el sentido del pecado.

Defended la familia de la disolución y contaminaciones que la acechan; *defended la juventud* para que se conserve sana, generosa y abierta a Cristo, de forma que sea de verdad sangre nueva para forjar generaciones nuevas y para dar vida a un porvenir mejor, en el que domine la civilización de la paz, de la solidaridad y del amor.

Estas tierras, gracias a Dios, tienen en el cultivo del café uno de los grandes recursos de la economía nacional, un eje fundamental de la agricultura. Poned pues el mayor empeño en defender, organizar y promover este sector, para que sea fuente de bienestar colectivo y de progreso humano; y para que, al margen de cualquier explotación de personas o hegemonía de grupos, redunde en beneficio de todos, según los postulados de la anhelada *justicia social* que la Iglesia propone y propugna a la luz del Evangelio.

5. Queridos hijos de Chinchiná y Villamaría: *¡Animo y confianza!*; queridos caldenses y manizaleños: *¡Siempre adelante!*; que sigáis engrandeciendo a la patria con los más genuinos valores humanos y cristianos, según el ejemplo de vuestros antepasados, para acreditar así el presente e iluminar el porvenir.

En este Año Mariano Nacional, como prenda de mi afecto entrañable y como signo de esperanza para el futuro, os dejo la imagen coronada de Nuestra Madre del Rosario, a fin de que *Ella* obtenga de su divino Hijo, para toda esta hermosa región y para este noble pueblo caldense que la honra y exalta con amor, *paz, bienestar creciente, fe inquebrantable y coherente vida cristiana*.

Y ahora, como hijos que ponen en su Padre toda la confianza, dirijamos a Dios nuestra ferviente plegaria.